

ANNA CIDDOR

La runa secreta



MAGIA I VIKINGA

Lectulandia

Thora y Oddo habían sido intercambiados en la fría noche de su nacimiento por una comadrona que había temido por la vida de uno de ellos. Como resultado, la pequeña Thora había pasado los diez primeros años de su vida como la hija de los hechiceros de la casa de la colina y Oddo como el hijo de una familia campesina vikinga.

El secreto, ignorado por los chicos y sus padres, no había pasado inadvertido para las fuerzas mágicas y poderosas que rigen la naturaleza.

Entre el desorden, la suciedad y la indiferencia con el mundo real en la que vivía su despreocupada familia de brujas y magos, Thora era incapaz de conjurar hasta el más simple de los hechizos. Oddo, por su parte, tampoco podía entender cómo era posible que los trabajos de la granja fueran tan agotadores e, incluso, peligrosos, mientras que con sólo murmurar un par de palabras él era capaz de hacer que brillara el sol o de que se detuvieran las lluvias. Los destinos de ambos se cruzarán de nuevo la noche en que Thora deba hacer su primer cambio de forma a un espíritu animal, y Oddo, testigo involuntario del momento, decida acercarse a ella, seducido por la magia del ritual. A partir de entonces, una amistad a prueba de hechizos los hará inseparables. Y en su camino trillado de aventuras, los dos pequeños poco a poco descubrirán sus auténticas habilidades.

Lectulandia

Anna Ciddor

La runa secreta

Magia vikinga 1

ePub r1.0

Titivillus 13.02.16

Título original: *Runestone*
Anna Ciddor, 2002
Traducción: Joan Soler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a mis padres y a mis hermanas, que me han alentado a escribir historias desde que era niña; a mi familia, que me ha permitido seguir con mi obsesión, y a mis sobrinas y mi sobrino: la nueva generación que disfruta con mis relatos.

Mensajes secretos de las runas

Las runas son las letras del alfabeto vikingo, también llamado futhark. Tienen poderes mágicos. Si descifráis los secretos de los mensajes de las runas de este libro, aprenderéis a hacer vuestra propia



(el alfabeto futhark del final del libro seguramente os será útil).

1. Niños intercambiados



Sigrid cogió la piedra que le tendió la comadrona y frotó la runa mágica grabada en su superficie. Notó que sus dolores disminuían rápidamente.

—No le digas a mi esposo que me has dado una piedra rúnica —dijo Sigrid con voz entrecortada—. No le gusta la magia. Se enfadará.

Gyda *la Comadrona* le dio a Sigrid unos toques en la frente con un paño húmedo.

—No te preocupes, cariño. Sé cómo tratar a los maridos —murmuró con tono consolador—. En un abrir y cerrar de ojos, Bolverk no notará nada salvo su nuevo pequeño. Estará muy orgulloso como padre.

—Sólo si es chico —gimió Sigrid—. Dice que si es niña la dejará en el bosque para que se la coman los lobos.

Gyda lanzó una mirada furiosa y susurró entre dientes. Pero luego dijo en alto, con voz alegre y segura de sí misma:

—No te inquietes, seguro que es niño —dijo.

En aquel preciso momento alguien llamó desde fuera. Una mano arrugada apartó las pieles de animales que colgaban sobre la puerta y entró la abuelita Hulda, que señaló a Gyda *la Comadrona*.

—Ama Gyda —dijo—. Haces falta en la montaña. Mi nuera está a punto de dar a luz de nuevo.

—No creo que me necesite —soltó Gyda con un bufido—. ¡Le sobra experiencia! Sigrid lanzó un grito agudo, y la comadrona se volvió hacia su paciente.

—Vete, abuelita. Iré en cuanto pueda —dijo.

—Procura que Bolverk no te vea, abuelita —suplicó Sigrid.

—No —replicó Hulda con una risita—. Si yo no quiero, nadie me ve.

La abuelita Hulda era bruja. Vivía en la casa de la colina, con su hijo Runolf, el fabricante de runas, la esposa de éste y siete hijos. Bolverk había prohibido a Sigrid que tuviera nada que ver con «esos charlatanes que rayan runas y salmodian hechizos».

Cuando las pieles dejaron de oscilar y cubrieron de nuevo la puerta, un bebé escurridizo y sonrosado se deslizó en las manos de Gyda y comenzó a llorar.

—¿Es niño? ¿Es un chico? —preguntó Sigríð entre jadeos.

Gyda miró al pequeño, que chillaba y se retorció, y lo envolvió a toda prisa con un paño, que ató con un trozo de cordel rojo.

—Pues claro que es un niño —contestó—. Ahora mismo voy a mostrárselo a su padre.

Antes de que Sigríð pudiera siquiera entrever a su propio hijo, Gyda se escabulló de la estancia con el niño en brazos. En el exterior sonaban voces transportadas en el apacible aire de la noche. Bolverk estaba bebiendo con sus amigos en una granja cercana, donde ya habían empezado las celebraciones. Pero en vez de cruzar el prado de las vacas hasta la casa, Gyda se dirigió a la casa de la colina.

Un lobo aulló a lo lejos. La comadrona apretaba al pequeño contra su pecho.

La puerta de la casa de la colina estaba iluminada por una lámpara de aceite colocada en una estaca clavada en el suelo. Gyda vislumbró siluetas de niños jugando fuera. Cuando éstos vieron que se acercaba, la saludaron y entraron en la casa corriendo para anunciar su llegada.

Al cruzar la estrecha entrada, Gyda deslizó el bebé de Sigríð dentro de su capa. Los niños la asieron de la ropa y la condujeron rápidamente a una gran habitación que bullía de ruido y actividad. Unas llamas verdes y crepitantes saltaban del fuego que había en el centro del suelo, y unas ollas burbujeantes desprendían extraños olores. La paciente de Gyda, Finnhilda, se hallaba apoyada incómoda en la cama, con un niño que lloriqueaba y tiraba de su largo y despeinado cabello.

—Muy bien. Todo el mundo fuera —ordenó Gyda.

Siete pequeñas voces se pusieron a protestar.

—¡Afuera hace frío y está oscuro!

Un hombre alto y de expresión adusta se levantó de su asiento junto al fuego.

—Basta. Largo de aquí. Haced lo que os manda Gyda. —Runolf tenía la barba y el pelo desaliñados, y una nariz larga y temblorosa. Batió las palmas para indicar a sus hijos que se marcharan—. Antes de que llegara Gyda, estabais muy contentos jugando fuera.

Al cabo de unos instantes, la sala estuvo despejada. Gyda dejó el bebé de Sigríð en el suelo y se precipitó a la cama... justo a tiempo de coger al siguiente pequeño cuando éste llegaba, chillando, al mundo.

Tan pronto el nuevo niño notó que las manos firmes de la comadrona lo arropaban dejó de llorar, se metió el puño en la boca y empezó a chuparlo tranquilo y satisfecho. En ese mismo momento, el pequeño de Sigríð se despertó y se puso a berrear. Runolf y sus hijos irrumpieron en la estancia y se agolparon alrededor del bebé lloriqueante que había en el suelo. Runolf se agachó, lo cogió y lo acunó en sus brazos.

—¿Es niño o niña? —preguntó.

La comadrona dudó un instante. Nadie había reparado en el otro bebé que ella atendía a los pies de la cama. Estaban todos acariciando el que Runolf sostenía en

brazos y admirando encantados el rizado cabello y la cara mofletuda.

—Es una niña —respondió ella, deslizando el niño dentro de su capa—. ¿Qué nombre le pondréis? —preguntó mientras se dirigía a la puerta.

—Thora —contestó Runolf, orgulloso.

—Thora, Thora —cantaban sus hermanos y hermanas.

Nadie prestó atención a Gyda cuando se marchó. La comadrona, con el corazón aporreándole el pecho, dirigió sus pasos a la casa donde Bolverk aguardaba para recibir a su nuevo hijo.

SI ʝMYMS|TFS

2. Thora



Habían pasado diez años desde la noche en que nació Thora. Algunos de sus hermanos y hermanas habían crecido y abandonado el hogar, pero otros más jóvenes habían ocupado su sitio. Los rizos que tenía Thora al nacer se habían convertido en una cabellera espesa y del color de la miel que ella se trenzaba y enrollaba sobre la cabeza. Aún tenía la cara sonrosada y mofletuda, pero esa noche fruncía el ceño mientras intentaba limpiar los restos quemados de dentro de un caldero.

—Thora, deja de perder el tiempo con las ollas —gritó la abuelita Hulda—. No es normal. Acércate y presta atención a tus sortilegios.

Thora hizo una mueca. Añadió el caldero al montón de ollas sucias y quemadas y fue a reunirse con la abuelita junto a su telar.

La abuelita era tan vieja que se había apergaminado. Su pelo parecía un enredo de telarañas grises y polvorientas, y sus huesos crujían al moverse. Mientras estaba allí de pie, tejiendo en el alto telar, armaba un buen alboroto. Los codos chirriaban, los huesos de los dedos rechinaban, y los pesos de arcilla en los hilos de la urdimbre chocaban con estrépito. Los tejidos de la abuelita eran sinuosos y estaban llenos de discontinuidades, y la lana que hacía girar era apelmazada e irregular porque no se molestaba en desenmarañarla. Pero la abuelita hacía hechizos mientras tejía, por lo que, aunque las ropas parecían extrañas, sentaban muy bien y tenían poderes mágicos. En la familia todos tenían una capa-que-no-se-mojaba para ponérsela cuando llovía. La abuelita incluso podía confeccionar una prenda que salvaba a un hombre de morir ahogado si caía al mar.

Thora se arrodilló en el suelo de tierra junto al telar de la abuelita y enseguida se puso a coger algo de borra de la lana antes de que la abuelita se diera cuenta.

—No te preocupes por esto, hija —dijo la abuelita, sin volverse siquiera—. Apresúrate y ponte a hilar. Has de tejer tú sola un vestido nuevo. El que heredaste de Astrid ya te queda pequeño.

Thora enrolló la lana en la barra de la rueca y se puso en pie. Se metió la barra bajo el brazo, enroscó el extremo de la lana en el huso e hizo que éste empezara a girar. Muy concentrada, comenzó a hilar intentando que la fibra saliera lo más suave

y uniforme posible. El huso giró y giró y el hilo se fue haciendo cada vez más largo.

—Ahora —dijo la abuelita—, empieza a hacer tu hechizo. Oye, ¿cuál vas a utilizar para este vestido?

—El que me haga ser sabia —murmuró Thora.

La abuelita olfateó e hizo un sonoro chirrido.

—Bien, seguramente eso es lo que necesitas, pequeña. Cuando se trata de encantos, eres tonta de capirote.

Thora sabía que el hechizo que urdía no funcionaría. Nunca le funcionaba ninguno. Creía que le pasaba algo. Incluso su hermano pequeño, Ketil, que sólo tenía tres años, lograba desaparecer si se ponía la capucha mágica de piel de cabra. Cuando se la ponía Thora, no ocurría nada.

Mientras hilaba, Thora miraba por la estancia y esperaba que no llegara ninguna visita para pedir una piedra rúnica o un hechizo. Desde hacía una semana no le habían dejado limpiar como era preciso. Además de calderos sucios, había huesos, plumas y pies palmeados de la cena de gaviotas de la noche anterior, y el suelo estaba lleno de restos de pócimas y sortilegios. Había puntiagudos bigotes de lemmings, dientes de lobo, picos irisados de frailecillos y hojas secas de los manojos de hierbas que colgaban de las vigas. Se apreciaban también raspaduras arenosas de las piedras rúnicas de Runolf, y manchas pegajosas de savia de aliso de un rojo brillante como sangre derramada que se le pegaban a los pies al andar.

Edith, su hermana pequeña, dejaba caer bayas de enebro en el quemador de incienso.

«¿Qué hechizo estará haciendo ahora?», se preguntó Thora.

Edith estaba obsesionada con los encantos protectores. Iba cubierta de arriba abajo de hojas, ramas y piedras rúnicas que al parecer la protegían contra diversas cosas.

Cuando el incienso empezó a arder, Edith se puso a salmodiar un sortilegio y a dar vueltas alrededor del fuego, con el quemador colgándole entre los dedos. Astrid, sentada en uno de los largos bancos cerca del fuego, alejó el humo con un gesto de impaciencia.

—¿Tienes que hacer tu hechizo precisamente ahora? —preguntó—. No alcanzo a ver qué estoy cosiendo si tu incienso me da en la cara.

Thora trataba de aguantar la respiración cuando el humo le pasaba por delante. No le gustaba ese olor agridulce. Pensó con envidia en todos sus vecinos, que trabajaban al aire libre en los campos, mientras ella y su familia permanecían apiñados dentro de casa haciendo hechizos. Thora cerró los ojos e intentó imaginarse a sí misma en el exterior, plantando pulcras hileras de semillas, que regaría y observaría atentamente, y de las que un día vería surgir pequeños brotes verdes. ¿No era eso suficiente hechizo? Pero en una ocasión, tras coger una piedra e intentar remover un poco de tierra para plantar semillas, Runolf se había horrorizado.

—¡Deja esto! —gritó—. Si hurgas así, vas a hacer enfadar a la gente menuda que

vive bajo tierra, y entonces ellos se vengarán de ti. El Inframundo les pertenece a ellos, y no debemos molestar.

—Pero todos nuestros vecinos cavan la tierra y labran sus campos —objetó Thora—. ¿Cómo es que eso no molesta a la gente menuda?

—Porque los labradores son ignorantes —respondió Runolf con desdén—. Pero nosotros hacemos hechizos. ¡Hemos de cumplir las reglas del mundo mágico!

A veces Thora observaba al granjero Bolverk y a su familia trabajar en el campo. Una vez trató de hablar con el hijo de Bolverk, Oddo, un chico delgado de rostro afilado, pero Bolverk gritó a Oddo que se alejara y persiguió a Thora con un palo. Ella no volvió a intentarlo.

—Thora, estás soñando despierta. No has dicho tu conjuro.

Astrid estaba de pie frente a Thora, con gesto de suficiencia. Era dos años mayor que Thora y muy competente para los hechizos. La abuelita siempre aconsejaba a Thora «mirar cómo lo hace Astrid». En ese preciso instante, Astrid lucía una nueva capa azul adornada con piel de pelo blanco de gato que había acabado de coser. Llevaba la capucha echada sobre la cabeza, de modo que la cara aparecía enmarcada por la pelambreira blanca. Con sus ojos almendrados, parecía un gato de verdad, pensó Thora. Un gato que acabara de matar a un pájaro.

—Ahora puedes quedarte mi capa vieja —dijo Astrid—. Si quieres te la pones esta noche cuando hagas tu primer cambio de forma.

—¿Esta noche? —Thora estaba horrorizada. Miró a la abuelita con ojos suplicantes—. Es que no estoy preparada... No sé cómo... Estoy cansada...

—Mira —señaló Astrid—. Tienes el huso en el suelo.

—Basta, Thora, no seas tan timorata —dijo la abuelita, malhumorada—. El cambio de forma es muy sencillo. Simplemente te sientas en la tumba del abuelito y dejas que suceda. La primera vez no te resultó difícil, ¿verdad, Astrid?

—No —contestó Astrid—. Sólo tardé unos segundos.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Thora.

—Bueno, primero entras en trance, desde luego —explicó la abuelita—. Eso te ayuda a salir de tu cuerpo. Después evocas una forma diferente para ti: un ave, una bestia o una criatura marina, y te metes dentro de ella. Es muy práctico si necesitas volar, trepar a un árbol o nadar en el mar. Puedes escoger la forma que más te guste.

—Yo siempre me convierto en gato —dijo Astrid. Eso no sorprendió a Thora—. Iré a ver si ya ha oscurecido —añadió Astrid—. Toma, pónitela. —Arrojó su vieja capa a los pies de Thora y salió.

—Bien, no perdamos el tiempo, niña —dijo la abuelita—. Veamos cómo te sienta ir vestida como una bruja de verdad.

A regañadientes, Thora dejó el huso y se resignó a que la abuelita le atara la capucha de piel de gato bajo la barbilla. Sintió que le picaba la nariz y que empezaban a llorarle los ojos.

—¡Achís!

—Hay también una varita mágica para señalar el círculo protector, para que tu cuerpo no sufra ningún daño mientras está dentro de otra forma.

—¡Achís!

—Y una pequeña bolsa de piedras rúnicas.

La abuelita desató la bolsa de su cinturón.

—¡Achís!

—¡Aráندانos reventares! ¡Deja de estornudar de una vez! —dijo la abuelita con brusquedad, agitando la bolsa, con lo que se oyó el tintineo de las piedras como el traqueteo de los huesos de su brazo.

—No puedo evitarlo —replicó Thora, abatida, con voz gangosa—. Creo que es el pelo de gato. —Quiso el azar que fuera tan alérgica a la ropa oficial de bruja como torpe con los hechizos.

Astrid regresó enseguida.

—¡Sí, está anocheciendo, ya puedes empezar! —anunció.

El deseo de Thora de salir se iba a hacer realidad, pero no del modo que ella quería. Para realizar el cambio de forma debería sentarse fuera, sola en plena noche, sobre la tumba del abuelito. Sabía que, por mucho que esperara, jamás lo conseguiría, que simplemente se quedaría sentada, asustada y helada de frío, aguardando a que el fantasma del abuelito se levantara y le diera un susto de muerte.

Se ciñó la capa en busca de alivio, pero el pelo de gato le hacía cosquillas en la cara y volvió a estornudar.

—¿Y en qué tipo de trance crees que vas a entrar si haces este ruido ridículo? —preguntó la abuelita Hulda malhumorada. Le dio a Thora un trapo grande para que se limpiara la chorreante nariz—. Utiliza un poco de control mental —le ordenó—. Venga, vamos. Coge una lámpara.

Tomó un tronquito del fuego y encendió una de las lámparas de esteatita. Thora y Astrid también encendieron lámparas y la siguieron. Thora sostenía el trapo pegado a la nariz, intentando amortiguar los estornudos, mientras las tres caminaban en fila india por el estrecho corredor. El aceite de pescado que ardía en las lámparas echaba humo y chisporroteaba, y las llamas proyectaban largas y sinuosas sombras en las paredes.

«Como fantasmas», pensó Thora, y se detuvo. Astrid la empujó por detrás.

—Miedica —soltó burlona.

𐌹𐌺𐌰 𐌹𐌺𐌰 𐌹𐌺𐌰𐌹𐌺𐌰

3. Oddo



Oddo detestaba cortar árboles. Cuando lo hacía su padre, parecía muy fácil. Un hachazo y otro y otro y otro, siempre en el mismo sitio, y por fin el tronco acababa partido.

Sin embargo, cuando Oddo intentaba utilizar el hacha, siempre le resultaba pesada e inmanejable. Daba cada golpe en un lugar diferente. Tardaba siglos en derribar un árbol, y todo el rato tenía miedo de fallar y cortarse una pierna.

Levantaba el hacha y trataba de moverla como Bolverk. Pero, como de costumbre, pesaba demasiado para sus finas muñecas, y la hoja sólo pasaba rozando el tronco.

A Oddo le dolían los brazos y la espalda, y tenía las manos llenas de ampollas, pero por fin, con un crujido y un gemido, el árbol se desplomó despacio. Oddo sintió una enorme satisfacción hasta que recordó que aún tenía que cortar el tronco en tarugos para el fuego y llevarlos a la casa. Volvió a agarrar el hacha e intentó alzarla, pero no pudo. Le temblaban los brazos de agotamiento. Le escocían las lágrimas en los párpados. Si regresaba sin la leña, su padre se enfadaría mucho.

«¡Oddo, eres un trasto inútil!», gritaría.

Oddo miraba angustiado al sol, ahora ya bajo en el cielo. Su madre estaría esperando la leña para poder cocinar. Deslizó el hacha en su cinturón y se agachó para agarrar una rama. Era sólo un árbol pequeño. Podía arrastrarlo cerca de la casa. Quizá para entonces tendría los brazos lo bastante descansados para cortar unos cuantos trozos más.

Avanzó torpemente dando traspiés, el hacha rebotándole en la pierna, las ramas enganchándose en otros árboles. Al llegar al lindero del bosque, oyó la voz de su madre que le llamaba. Lo estaba esperando en la puerta. Los alfileres del broche de bronce destellaban en la luz del sol poniente y la blanca cofia en su cabeza parecía rosada.

—¡Aquí estoy! —dijo Oddo, soltando el árbol en el suelo.

En ese momento apareció doblando la esquina de la casa la fornida figura de su padre, con un cubo vacío en cada mano. La perra *Peluda* le seguía de cerca al trote, la boca abierta mostrando los dientes y meneando la poblada cola en señal de

bienvenida. Bolverk dejó los baldes en el suelo y clavó su mirada en Oddo.

—¿Qué diablos estás haciendo, muchacho? ¿Dónde están los tarugos? —bramó.

Oddo bajó la cabeza y dio un puntapié al árbol.

—¡Oddo, eres un trasto inútil! —Bolverk se acercó al árbol a grandes pasos. *Peluda* lo siguió y, con su nariz grande y lobuna, empujó la mano del chico—. Bueno, apresúrate y córtalos ahora. Tu madre está esperando.

Oddo meneó la cabeza.

—No puedo —dijo refunfuñando—. Tengo los brazos muy cansados.

—¿Tienes los brazos qué? —Bolverk miró incrédulo a su hijo—. No puedo creer que yo engendrara a alguien tan enclenque —resopló—. Está bien, dame el hacha, ya lo haré yo. Tú coge los cubos y ordeña las vacas. ¿O eso también es demasiado pesado?

Oddo no contestó. Agarró al instante los cubos, las mejillas ardiéndole. Empezó a caer una ligera llovizna, y le agradó sentir el frescor de las finas gotas en la cara. Del establo llegaban fuertes e impacientes mugidos. Las dos vacas estaban listas para ser ordeñadas, y los terneros, que pasaban el día en casillas separadas, reclamaban su cena a gritos.

—Bueno, bueno —dijo Oddo—. Aquí estoy.

A Oddo le gustaba aquella tarea. Todos los animales eran amigos suyos y siempre parecían entender lo que decía. Cuando las vacas oían su voz, se tranquilizaban. Una y otra permanecían quietas en su sitio mientras su tibia leche caía espumando en los baldes. Pero los terneros bramaban de celos.

—¡Tranquilos! —gritaba Oddo—. Dejaré algo para vosotros.

En cuanto soltó a los terneros, se precipitaron hacia sus respectivas madres, hurgando impacientes con el hocico las ubres llenas de leche.

Justo cuando Oddo salía del granero para dirigirse a la quesería, comenzó a llover a cántaros. En cuestión de segundos tuvo empapados la ropa y el cabello. La lluvia le recorría la cara y le anegaba los ojos, y repiqueteaba en los cubos de leche. *Peluda*, trotando a su lado, parecía encogida, con su largo pelo totalmente empapado. La tierra que pisaban se volvía barro. Oddo se metió en un charco y derramó un poco de leche.

—¡Vete, lluvia! —protestó.

En cuanto hubo hablado, la lluvia cesó. Oddo se mordió el labio y miró hacia atrás con mala conciencia, por si alguien lo había oído. Bolverk y Sigrid le habían advertido de que jamás diera órdenes al tiempo.

—¡Ni siquiera pienses en el tiempo! —había dicho su madre.

No era normal ser capaz de controlar la lluvia y el viento, y Bolverk nunca dejaba que Oddo conociera a otras personas por si éstas descubrían ese extraño poder. Sigrid le había contado a Oddo la gran inquietud que les causó cuando era pequeño. Oddo lloraba o balbuceaba e inmediatamente descargaba un aguacero sobre la casa o ésta era batida por un viento silbante. El agua empapaba las camas y convertía el seco

suelo en pegajoso lodo. El viento se llevaba todas sus pertenencias y causaba un tremendo desorden. La única manera de detener aquello era tapándole la boca al niño. En los primeros años de su vida, no permitieron que Oddo hablara dentro de la casa.

Esa noche Bolverk siguió quejándose de que Oddo era enclenque y una carga. Sigrid le dijo que se quitara la ropa mojada, y le hizo ponerse una camisa y unos pantalones secos que había calentado delante del fuego. A continuación le secó el cabello húmedo frotándolo con tanta fuerza que a Oddo acabó doliéndole la cabeza.

Después de cenar, Oddo salió enseguida de casa y echó a correr por el prado, con los pies chapoteando en la hierba verde y tierna. Varias veces resbaló y estuvo a punto de caer, pero por fin alcanzó el refugio de madera. Aspiró el olor de la tierra mojada y las agujas de pino. Mientras escuchaba los crujidos y jadeos, sintió deseos de ser capaz de acurrucarse en una madriguera bajo tierra o en un acogedor nido en el bosque.

De pronto percibió un destello de luces que se movían entre los árboles. Sintió que temblaba de emoción. ¿Acaso la gente de la casa de la colina salía para hacer un poco de magia? Se acercó despacio a las luces, con el corazón acelerado. Tres siluetas encapuchadas se dirigían al túmulo que había en el linde del bosque. Se deslizó tras un árbol para observar. En lo alto del túmulo, las tres figuras estaban enmarcadas por las torcidas ramas negruzcas de los abedules. Las parpadeantes luces de las lámparas proyectaban misteriosas sombras en sus rostros a media luz. Oddo contuvo la respiración. ¿Lo descubrirían? ¿Lo echarían de allí? ¿Lo hechizarían?

Ahora podía reconocer las figuras. La encorvada era la vieja bruja, la abuelita Hulda, y las otras eran dos hermanas de la casa de la colina. La abuelita cogió una vara de la muchacha más joven y le enseñó a dibujar un círculo grande en torno a la tumba. Mientras la vara arañaba la tierra, de ésta surgieron pequeñas llamas. Oddo tuvo que llevarse la mano a la boca para no gritar de entusiasmo. ¡Estaba sucediendo! ¡Estaba viendo magia de verdad!

FKI M5TF

4. Magia en el túmulo



Cuando el círculo estuvo terminado, la chica se quedó sola dentro de un anillo de fuego de poca altura. Su hermana y la abuelita Hulda la dejaron allí y regresaron a la casa. La muchacha extendió los brazos. Con aquella capucha puntiaguda en la cabeza y la capa ondeando como un par de alas, parecía un águila. Bajo la capa llevaba un vestido largo y de color claro que a la luz de las llamas despedía un resplandor amarillo.

Oddo se quedó esperando. ¿Qué pasaría después? Inesperadamente, la chica estornudó y se sonó la nariz; luego se sentó y se arropó con la capa. También parecía estar esperando. Muy lenta y silenciosamente, Oddo se fue apartando del árbol. Entonces se quedó paralizado.

Desde la tumba, detrás de la muchacha, se estaban alzando la cabeza, los hombros y los brazos de un hombre. El cabello, la piel y la ropa no tenían color; eran simplemente del frío gris de las cenizas de un fuego que lleva mucho tiempo apagado. Ahora era visible un cuerpo entero que se inclinaba hacia la chica. Oddo quería gritar, pero de su garganta no salía ningún sonido.

La cabeza espectral se agachó y le habló a la muchacha al oído. Con gran sorpresa de Oddo, ella no prestó atención. Volvió a estornudar, y luego alzó los brazos y se quitó la capucha y la capa. Oddo sintió náuseas al ver la capa penetrar en el brazo del fantasma, como si lo cortara. Éste pareció sorprenderse y se inclinó para agitar la mano frente al rostro de la joven, pero evidentemente ella no la veía. El fantasma levantó ambas manos en el aire y miró perplejo de un lado a otro. A continuación se fue haciendo cada vez más borroso hasta desaparecer.

Oddo caminó hacia delante, ahora más seguro de sí mismo, sin preocuparse del ruido de las hojas y las ramas que crujían bajo sus pies.

—¿Quién es? —dijo ella con tono gangoso—. ¿Eres tú, abuelito? Soy Thora, tu nieta.

Se puso en pie, buscó a tientas la capa y se la puso. Oddo advirtió que la capa le había quedado torcida, con la capucha asomando por un lado. Era gracioso. Oddo empezó a reír entre dientes al tiempo que se acercaba al anillo mágico.

—Ah, eres tú —dijo la chica—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú —contestó Oddo—. Llevas la capa torcida y creías que yo era un fantasma, pero cuando había un fantasma de verdad que te tocaba y te hablaba, ¿no lo has visto!

La muchacha lo miró furiosa y arrojó la capa al suelo.

—¡Cuidado! —exclamó Oddo—. ¡Se va a quemar!

—Ja, ja —soltó Thora con sarcasmo—. Te ríes de mí porque soy una bruja. Y hablas de fuego y fantasmas... Bueno, pues no te creo.

Le volvió la espalda y se sentó. Oddo la miraba.

—Hay un fuego alrededor de ti —dijo señalándolo—. ¿No lo ves?

La muchacha se volvió poco a poco hacia él y lo miró a la cara con sorpresa.

—¿Qué fuego? —preguntó—. ¿A qué te refieres?

Oddo dejó de reír. Se aproximó más al anillo de llamas y comenzó a caminar alrededor, señalando hacia abajo.

—Aquí —le indicó—. Donde tu abuelita ha dibujado el círculo con el palo.

Thora lo observó.

—No lo veo —refunfuñó—. Los hechizos no me salen bien. Pero tú no eres brujo..., ¿cómo puedes verlo?

Oddo miró a un lado y a otro para asegurarse de que estaban solos. Acto seguido se arrodilló y se inclinó hacia ella a través del fuego.

—Escúpete en las manos y promete que no se lo contarás a nadie —le susurró.

Solemnemente, sin apartar la mirada de la cara de él, Thora se escupió en las palmas de las manos y se las frotó.

—Creo que soy un poco mago —dijo él en voz baja.

Tras un breve silencio, se miraron con cara seria.

—¿Qué magia sabes hacer? —preguntó Thora.

—No muchas cosas. Sé que puedo controlar la lluvia y el viento, pero...

—¿Qué? —exclamó Thora—. ¡Pero esto es una de las cosas más difíciles! Mi padre sólo sabe hacerlo un poco, y mis hermanos lo han estado intentando durante años y dicen que es demasiado complicado. ¿De veras puedes hacerlo?

Oddo asintió.

Thora rió soltando un bufido.

—Es absurdo —dijo—. Yo soy de una familia de magos y no sé hacer magia. Tú eres hijo de Bolverk, un hombre que detesta la magia, y en cambio sí sabes.

Oddo volvió a asentir.

—Has de guardar el secreto. No debe enterarse nadie.

—¡Bueno, ahora lo sé yo! —señaló Thora—. Me pregunto qué otras clases de magia sabes. Ven aquí y a ver si puedes hacer el cambio de forma —dijo echándose a un lado en el círculo y haciéndole sitio.

—¡Te vas a quemar! —avisó de nuevo Oddo.

—No creo. La abuelita realizó un conjuro en este vestido para impedir que pueda prender el fuego.

—Lacre viscoso, ¿de veras sabe hacerlo? —preguntó Oddo. Pasó con cuidado por encima de las llamas bajas y se sentó al lado de Thora—. ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Si fueras una chica llevarías esta capa —explicó Thora—. No sé bien qué se ponen los hombres para los cambios de forma, pero puedes coger mi bolsa de piedras rúnicas.

Se quitó el cinturón y lo ató en la cintura de Oddo.

—En casa tengo una piedra rúnica —dijo Oddo—, pero es un secreto. Mi padre no sabe nada. La comadrona se la dio a mi madre cuando nací, para quitarle el dolor, y a veces, cuando me hago daño, mi madre me la deja. Siempre me estoy lastimando —añadió pesaroso—. El trabajo del campo no es lo mío.

—Bueno, quizá te salgan mejor los hechizos —observó Thora con tono alentador—. Ahora estate sentado ahí muy quieto e intenta entrar en trance. La abuelita dice que hay que hacer aparecer un animal, marino, terrestre o lo que sea. Y después dejar tu cuerpo humano en el círculo y marcharte con otra forma...



5. Haciendo planes



Al sentarse, Oddo notó la helada humedad de la tierra bajo las piernas. Clavó los ojos en el anillo de llamas, consciente de la negra y susurrante noche y de los árboles gesticulantes a su alrededor. El fuego bailaba cada vez más alto. Detrás de la luz parecía haber una sombra borrosa y dorada, casi tan misteriosa como las llamas. Poco a poco se fue haciendo más nítida, hasta adoptar la forma de un enorme gato que le daba la espalda. Mientras Oddo observaba, aparecieron motas oscuras en el costado del animal así como en el extremo de su corta cola. Después el animal se volvió para mirarle con ojos achinados y feroces y movió nervioso las puntiagudas orejas rematadas por mechones de pelo.

«¡Un lince!», pensó Oddo.

Sabía que los lince cazaban de noche en los bosques de las montañas, pero sólo había visto uno en una ocasión, junto al cadáver de un ciervo. Se estremeció de miedo. La criatura alargó una pata. Oddo notó que era su propio brazo que se movía. Era como si algo en su interior fluyera hacia el lince, fundiéndose con él. Un instante después se sorprendió a sí mismo cruzando las llamas, aunque sin sentir calor alguno.

En el otro lado del fuego podía ver con claridad, pese a que era de noche. Distinguía todas y cada una de las piñas y agujas en los oscuros y altísimos pinos al pie del túmulo. Apreciaba todas las ramas y las pálidas hojas nuevas de los abedules.

Notó el impulso de correr, un enorme caudal de energía por todo el cuerpo, y antes de entender qué sucedía ya estaba brincando colina abajo. Llegó a un pino muy alto, se agachó y dio un ágil salto para atrapar un verderón posado en una de las ramas más bajas. El pájaro voló presa del pánico, chillando y batiendo las alas, y Oddo se quedó en la oscilante rama, procurando mantener el equilibrio.

Entonces reparó en que saltar a los árboles era algo muy extraño. Se miró las manos. Ya no eran manos. ¡Eran garras con largas uñas y pelo dorado y moteado!

«Estoy en un árbol. Tengo garras y estoy cubierto de pelo —pensó—. ¡Me he convertido en un lince!».

Echó una mirada al túmulo. Veía el anillo de fuego y dos figuras borrosas sentadas dentro. ¡De modo que su verdadero cuerpo seguía todavía allí!

«¿Cómo puedo volver a entrar?», se preguntó.

Miró hacia abajo. Se sintió un poco mareado. ¡Y entonces saltó de la rama! Por un instante le invadió el terror al ver que el suelo se abalanzaba sobre él, y luego sintió la tierra bajo sus grandes patas y dio un brinco hacia delante: aquellos poderosos músculos le permitían desplazarse con movimientos gráciles y elegantes.

Mientras se acercaba al fuego, resplandecía luminoso y deslumbrante. Sin detenerse, su cuerpo se precipitó de lleno hacia las llamas. Un instante después estaba otra vez sentado dentro del anillo.

Oddo se miró las manos. ¡Eran humanas de nuevo! Al volverse, vio que Thora lo contemplaba con los ojos como platos.

—¿Qué ha pasado? —susurró ella.

Al principio fue incapaz de responder. Sentía un hormigueo por todo el cuerpo y el pelo erizado como las orejas de un lince. Se puso en pie con cuidado. Tenía el trasero entumecido y las piernas frías y rígidas. Se aferró el cuerpo tembloroso con los brazos y miró alrededor. Ni rastro del animal. La noche estaba tocando a su fin y el fuego apenas era un ligero fulgor. Mientras lo observaba, el fuego se fundió por fin con la tierra y desvaneció.

—¿Qué ha sucedido? —repitió Thora—. ¿Ha salido bien?

—¿No me has visto? —preguntó Oddo sorprendido.

—No, sólo te has quedado totalmente rígido, como paralizado.

Oddo notó que en la boca le aparecía una amplia sonrisa, una mueca felina. Se sentía tan colmado de felicidad y poder que era incapaz de estarse quieto. Soltó un sonoro «hurra» y se echó a correr cuesta abajo.

—¡Vuelve aquí! —gritó Thora enfadada—. No puedes largarte así. Además, ¡tienes mis piedras!

Oddo alcanzó el final del túmulo. Cuando consiguió detenerse, se quitó el cinturón con la bolsa de piedras rúnicas y lo hizo girar sobre su cabeza.

Thora llegó hasta él jadeando y le arrebató el cinturón. La bolsa se abrió, y las piedras se derramaron alrededor. Una rebotó en la cabeza de Oddo, pero se reía tanto que no se dio ni cuenta.

Thora se puso a recoger las piedras desperdigadas.

—¿Quieres que te cuente lo que ha pasado? —preguntó Oddo, de pie junto a ella.

Thora asintió y se sentó sobre los talones.

—Me he convertido en un lince —dijo él con orgullo.

—¿Y cómo es?

—Esto es lo extraño —explicó Oddo—. Al principio no he notado ninguna diferencia. Pero de pronto pude saltar a los árboles y correr muy rápido, tan rápido como un lince. ¡Ojalá me hubieras visto! ¿Cómo es que no me has visto? ¡Pues los pájaros sí! ¡He asustado a todos los del árbol!

—Los animales y los pájaros pueden ver a las criaturas mágicas —aclaró Thora—. Pero yo no, porque la magia no me sale bien.

Thora parecía a punto de llorar. Desconcertado, Oddo se arrodilló para ayudarla a recoger las piedras.

—¡Ésta es igual que la que tenemos en casa! —exclamó él—. Es la que quita el dolor, ¿verdad?

Entusiasmado, colocó las piedras en fila y empezó a examinarlas.

—¿Qué hacen las otras? —preguntó.

Thora se encogió de hombros. Sólo quería amontonarlas cuanto antes y meterlas en la bolsa.

—¡Un momento! —Oddo puso las manos sobre el montón—. ¡Explícame lo que hacen! —dijo.

—No lo sé —respondió Thora—. Son mi padre y mis hermanos quienes hacen las runas.

—¡Pero tú debes de saber algo! —dijo Oddo.

Por lo que podía recordar, Oddo se había visto obligado a mantener ocultos sus extraños poderes. Y, ahora, por fin había conocido a alguien que podía enseñarle a utilizarlos.

—Deja que las guarde —dijo Thora, apartando las manos de él y contando las piedras a medida que las dejaba caer en la bolsa—. Diecisiete, dieciocho, diecinueve...

—¿Podría una piedra rúnica hacer que mi padre me quisiera más? —preguntó Oddo.

—Por supuesto —contestó Thora—. La gente pide constantemente runas de amor.

—Pues entonces has de enseñarme a hacer una de esas.

—Ya te lo he dicho —dijo Thora suspirando—, yo no se hacer runas. Pero si insistes, quizá pueda enterarme de algo. Ahora cállate y déjame contarlas. Veinte, veintiuna...

—¿Lo averiguarás pronto? —insistió Oddo.

—¡... veintidós, veintitrés, veinticuatro! —Thora dejó caer la última piedra en la bolsa y se levantó rápidamente y miró alrededor.

—Cuando tenga que decirte algo, dejaré una piedra rúnica aquí —dijo, señalando el hueco de un viejo olmo.

—De acuerdo —dijo Oddo—. No tardes mucho, ¿eh?

Pero le hablaba a la espalda de Thora, que ya corría a su casa.

MSTF RNTF

6. Fácil, no



—Hola, Thora, ¿qué hay para desayunar?

Unas manos menudas daban palmaditas en las mejillas de Thora, que abrió los ojos soñolientos. La cara de Ketil estaba tan pegada a la suya que sólo le veía las pestañas y los grandes ojos azules. Harald llegó al galope a la habitación y se lanzó sobre su hermana.

—¡Vamos, Thora, estamos muertos de hambre!

Thora soltó un gruñido. Cocinar era una de las cosas que los miembros de su familia no podían hacer mediante hechizos, y no pensaban en la comida hasta que se morían de hambre. Ella era la única que tenía alguna aptitud para los quehaceres domésticos. Se incorporó y miró alrededor, a los rostros expectantes y hambrientos. Y entonces cayó en la cuenta de que la noche anterior había olvidado poner la avena en remojo antes de salir. Desde luego nadie más había pensado en hacerlo, así que para desayunar no habría gachas.

—Haré un poco de pan —dijo Thora suspirando.

Pero al levantarse advirtió que el cuenco de la harina estaba medio vacío. Extrajo de un saco unos puñados de granos de cebada y los echó en el molinillo manual.

—Haz algo útil, Arni —dijo señalando el molinillo.

—Esto lo hacen las niñas —refunfuñó Arni, mientras se arrodillaba y comenzaba a darle a la manivela, muy despacio.

Thora, con las manos en las caderas, observó a su hermano mayor.

—Si hoy quieres comer, tendrás que esforzarte un poco más —dijo.

Se puso los zapatos y salió con paso firme. En el almacén de gruesos muros de piedra, donde guardaba las provisiones cuidadosamente dispuestas, hacía frío. En los estantes había sacos de cebada y avena, un plato con mantequilla amarilla y un pedazo de queso desmenuzado: todo de campesinos vecinos en pago por hechizos y

piedras rúnicas. Apestosos pescados salados colgaban de unos ganchos, y algo de grasa animal relucía en un cubo. No había muchas frutas ni verduras, sólo unas cuantas cebollas silvestres, ristras de algas y zarzamoras amarillas. Como de costumbre, Thora pensó con anhelo en lo práctico que sería tener su propio huerto. ¡Ojalá le permitieran cavar!

Al poco rato, la familia se hallaba sentada a la mesa dando buena cuenta de un desayuno de pan frito y crujiente. Ya estaban todos terminando cuando las cortinas de la puerta se descorrieron para revelar la imagen de una mujer rechoncha con una papada bamboleante y el cabello gris recogido en un moño.

—¡Gyda! —gritó la abuelita, poniéndose en pie con un sonoro crujir de huesos—. ¿Qué te trae por aquí?

La vieja comadrona entró en la estancia caminando como un pato.

—Bueno, últimamente no salgo mucho —dijo resollando—. ¡Pero he venido a ver cómo han crecido mis niños! —Se dejó caer en un asiento—. Y a pedirle a Finnhilda que me lea el futuro.

La madre de Thora inclinó su cofre de madera, sacó un bulto envuelto en suaves pieles de zorro y se dirigió a la mesa. Thora, molesta por el desorden, intentó limpiar algunas migajas de pan.

—Tú eres Thora, ¿verdad? —preguntó Gyda, sonriéndole y acariciándole la cara—. Recuerdo cuando naciste. Aún conservas las mismas mejillas regordetas. Qué buena ama de casa te has vuelto. ¡Seguro que ayudas mucho a tu madre!

«¡Ayudar!», pensó Thora. Le vino a la mente la imagen de Finnhilda sacando huesos de gaviota del estofado y lanzándolos al suelo por encima del hombro.

Finnhilda dejó el bulto sobre la mesa y quitó la envoltura para poner al descubierto un pequeño cuenco de plata; el cuenco de la buena ventura.

—Necesito agua fresca y buena luz —declaró.

Runolf cogió del suelo uno de los portalámparas de hierro claveteado y lo acercó a la mesa. Edith se apresuró a salir en busca de un cubo de agua.

Mientras todos andaban ajetreados, la comadrona hizo señas a Thora de que se acercara.

—¿Cómo van tus hechizos, cariño? —preguntó en voz baja y ronca—. ¿Ya te salen?

Thora miró fijamente aquel rostro inquieto. ¿Por qué le hacía aquella pregunta tan extraña? No supo qué contestar. Volvió la cabeza y sus ojos se posaron en el plato de la mantequilla, que se estaba fundiendo.

—¡Oh! —exclamó—, debería volver a guardar esto en la despensa. —Y estiró el brazo para coger el plato.

—Buena idea —dijo Finnhilda mientras se sentaba a la mesa—. Ya podéis iros todos fuera y dejarnos tranquilas.

En la puerta, Thora miró hacia atrás. El cuenco de plata se hallaba lleno de agua hasta el borde y su madre tenía los ojos fijos en él y hablaba entre dientes. Gyda se

había olvidado de Thora por completo. Estaba inclinada hacia delante, escuchando a Finnhilda con impaciencia.

Thora se encogió de hombros.

«Qué vieja más curiosa», pensó.

Fuera, Arni, que andaba arrastrando los pies, encontró una piedra plana y se puso en cuclillas para grabar una runa. Thora se arrodilló a su lado.

—¿Para qué es? —preguntó pensando en Oddo.

Arni estaba a punto de responder cuando Astrid se entrometió.

—No se lo digas, Arni. No es asunto suyo. A las chicas no nos está permitido saber sobre runas.

Thora suspiró; no iba a ser fácil.



7. Primero de mayo



Oddo recorría los surcos arriba y abajo, con la cabeza gacha y la espalda dolorida. Buscaba cualquier mala hierba lo bastante insolente para arraigar en los magníficos acres de su padre. De vez en cuando se arrodillaba y arrancaba una mata verde, rezando desesperado para que no fuera ninguna planta buena.

Poco a poco fue consciente de voces lejanas que cantaban y de un rumor en la tierra. Alzó la vista y vio que llegaba un carro adornado con flores, rodeado por una multitud que salmodiaba. Un hombre que lucía una túnica blanca se apartó del grupo y se acercó a Oddo a grandes zancadas.

Levantó el brazo y derramó una lluvia de pétalos sobre la cabeza del chico.

—¡Bendito seas! —exclamó.

Hubo un ruido de fuertes pasos, y Oddo oyó el familiar bramido de enfado de su padre.

—¡Largo de aquí! —gritó—. ¡Fuera de mi tierra! ¡No nos ensuciéis los oídos con vuestras tonterías!

Oddo se encogió azorado y miró al hombre como pidiendo excusas. Éste hizo una reverencia.

—Os deseamos una buena cosecha —dijo.

La multitud reanudó la marcha, en dirección a la siguiente granja.

—¡Imbéciles! —soltó Bolverk—. ¡Pensar que las canciones y la magia tienen que ver con la cosecha! ¡La cosecha sólo depende del trabajo duro!

Oddo creía que su padre tenía razón; pero si todo era trabajo duro, la vida podía ser muy aburrida.

—Cuando aparecen estos tontos de las flores es señal de que ha llegado el verano —prosiguió su padre—. La época de sacar a los animales de los establos y llevarlos de nuevo a los pastos. Época de tenerlo todo a punto para venderlo en el mercado.

A Oddo se le cayó el alma a los pies. Detestaba las frenéticas y ajetreadas semanas previas al viaje al mercado de cada año. Bolverk se volvía más gruñón que de costumbre mientras se afanaba por encontrar otras tareas que hacer además del

trabajo habitual en la granja. Había que esquilarse todas las ovejas. Había que revisar si la barca, amarrada todo el invierno, tenía alguna vía de agua y, en tal caso, arreglarla. Había que salar pescado. Pero lo peor de todo era recoger los huevos de las aves marinas. En el mercado los huevos y las plumas eran algo muy apreciado, pero trepar por los acantilados para atraparlos era un cometido que Bolverk aborrecía. Y eso le ponía siempre de mal humor.

El verano era una época de días duros y largos y de dormir poco. Bolverk quería aprovechar todas las horas de luz diurna, que en esa estación del año se hacían interminables.

—¡En invierno podrás tumbarte en la cama todo lo que quieras! —decía Bolverk.

Pero eso no era verdad, desde luego. También en invierno encontraba un montón de tareas para su familia.

Esa noche, tan pronto oscureció, Oddo, Sigrid y Bolverk se acostaron fatigados. Nadie presenciaría la extraña ceremonia que se celebraba en el bosque.

Toda la familia de Thora estaba congregada en torno a una gran hoguera. En el cielo había luna llena. La abuelita alzó un chirriante brazo y arrojó al fuego tres ofrendas.

—Hay una manzana silvestre para el amor —explicó—. Hojas de serbal para alejar los malos espíritus. Y una piña para la buena suerte.

Las llamas resplandecían y crepitaban. Finnhilda se balanceaba. Su capa de plumas brillaba con luz trémula en la lumbre, y el largo y rubio cabello se le ondulaba en la espalda. Tañó suavemente su laúd y todos se pusieron a cantar. Las primeras notas eran graves y lentas, como los mugidos del ganado, pero enseguida fueron ascendiendo hasta que el aire quedó colmado de alborotados chillidos que apagaron la música del instrumento. Todos comenzaron a golpear el suelo con los pies y a agitar los brazos. Runolf cogió un tizón ardiente del fuego y trazó un gran arco sobre su cabeza.

—¡Ha terminado la mitad oscura del año! —gritó—. ¡Ha vuelto la época del calor y la luz!

Empezó a correr y saltó hacia el fuego.

—¡Seguidme, por la salud, la riqueza y el amor!

Por un instante, su alta silueta desapareció en la luz dorada. Pero resurgió enseguida, atravesando de súbito las llamas. Uno tras otro, todos los miembros de la familia lo siguieron hacia el fuego, los mayores llevando a cuestas a los más pequeños.

—Vamos, Thora. Te toca a ti.

Astrid se plantó junto a su hermana de un brinco y tiró de su brazo, pero Thora meneó la cabeza. Lucía una túnica nueva que había confeccionado para la ocasión. La abuelita le había enseñado el hechizo que la protegería del fuego, pero Thora sabía que no funcionaría porque lo había hecho ella misma.

El canto se fue desvaneciendo y todos se quedaron en su sitio jadeantes y sonrientes.

La ceremonia había acabado.

—Thora aún no ha saltado —protestó Astrid.

Pero nadie escuchaba. Se volvieron para regresar a la casa. Runolf pasó el brazo por encima de los hombros de su esposa y empezó a cantar una canción de amor.

—¡Claro, es mayo, el mes del amor!

Thora reparó en ello con un sobresalto.

Si Oddo quería hacer una piedra rúnica para que su padre le quisiera, ésa era la mejor época. ¡Pero aún tenía que averiguar cómo se hacía!

Parecía que Runolf le había leído el pensamiento. En cuanto estuvieron en la casa, batió palmas y dijo en voz alta:

—Erik, Harald, ha llegado el momento de emprender vuestro estudio de las runas. Es costumbre que el primero de mayo los brujos y hechiceros transmitan sus secretos a la generación siguiente.

—¡Yo también, yo también! —chillaba el pequeño Ketil, pero su padre negó con la cabeza.

—No hasta dentro de dos veranos —señaló—, cuando seas lo bastante mayor para manejar el cincel.

—¡No es justo! —gimoteó Ketil.

Thora se apresuró a cogerlo en brazos. Los suaves mechones del pelo del niño le hacían cosquillas en la nariz.

—Vamos a sentarnos a mirar —le susurró ella al oído.

Erik, Harald y Runolf se apiñaron en torno a la luz que proyectaba la lámpara, y el padre abrió su bolsa de piedras rúnicas. Thora estaba agachada en las sombras tras ellos, con el pequeño Ketil revolviéndose en sus brazos, intentando ver qué sucedía.

—Psst —le advirtió ella—. Si se dan cuenta de que estamos mirando, nos echarán.

También Thora quería ver mejor. Oía lo que decía su padre, pero no veía lo que enseñaba a los chicos. Al cabo de un rato, Ketil se acurrucó y se quedó dormido. A Thora se le entumecían los brazos y las piernas de permanecer inmóvil sosteniendo a su hermano en brazos, pero no quería levantarse y despertar la atención sobre ella.

—Y ésta es la runa del amor —dijo Runolf colocando otra piedra en el suelo.

Thora notó que el corazón le latía más deprisa y se ladeó un poco para intentar distinguir la piedra.

—¡Padre, Thora está espiando! —gritó Astrid de repente.

Con Ketil dormido en sus brazos, Thora se puso torpemente en pie y se alejó, pero no sin antes entrever las tres piedras y grabar a fuego en su memoria la forma de las runas.

MAXIKOS

8. La piedra rúnica de Oddo



Frente a la casa de Thora, Oddo iba de un lado a otro entre la hierba que le llegaba a la rodilla, sin saber qué hacer. Apretaba en la mano la piedra rúnica que ella le había dejado en el hueco del árbol, tal como había prometido. Entonces había corrido hasta allí, embargado de emoción, pero ahora no sabía cómo localizarla. Nunca había estado en una casa desconocida.

Un niño pequeño bailaba delante de la puerta agitando una capucha de piel de cabra, que se puso en la cabeza. Con gran asombro de Oddo, el niño se esfumó, pero un instante después reapareció, riendo alegremente, con la capucha en las manos. Se detuvo en seco y miró fijamente a Oddo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Está... está Thora? —preguntó Oddo tartamudeando.

—No lo sé —dijo el niño, que se puso la capucha en la cabeza y volvió a desaparecer.

Oddo entró en la casa, indeciso. Tenía un corredor, como la suya, con una puerta al final. Al descorrer la cortina, estalló en torno a él un derroche de colores girando, cuerpos saltando, chillidos y traqueteos. Entrevió a un chico dando volteretas sobre una mesa y a una chica haciendo cabriolas con los ojos cerrados y blandiendo un palo. Objetos misteriosos rodaban y se movían a sacudidas por el suelo y ondeaban desde las vigas. Del fuego se alzaban llamas purpúreas; de pronto una muchacha alta y de ojos almendrados vertió algo en ellas, y las llamas tomaron un color verde brillante. Un humo acre formaba remolinos en la habitación.

Oddo notó que una mano se posaba en su brazo y la voz de Thora le hablaba al oído.

—Vamos fuera otra vez —dijo.

Oddo cruzó la puerta y respiró hondo. Sostenía la piedra rúnica que había encontrado en el hueco del árbol.

—¿Es ésta la piedra rúnica del amor? —preguntó agitado.

—No estoy segura. —Thora miró alrededor para asegurarse de que no la habían seguido, y después abrió la palma de su mano para mostrar otras dos piedras—. No sé cuál es la verdadera —aclaró—. Intenté ver cómo mi padre se lo explicaba a mis hermanos. Una es la piedra rúnica del amor, pero no sé cuál.

—¿Cómo? —Oddo, decepcionado, puso mala cara—. ¡Esto no me sirve! ¡Tengo que saber cuál es la buena!

—Es todo lo que he podido hacer —replicó Thora, enfadada—. Si no la quieres, devuélvemela.

Y alargó la mano para coger la piedra que sostenía Oddo.

—¡No, espera! —Oddo se llevó rápidamente la mano a la espalda—. Déjame pensar. —Miró ceñudo las otras dos piedras que Thora tenía en la palma de su mano—. Tal vez podría probar con una esta noche, y si no va bien, intentarlo mañana con otra —sugirió—. ¿Qué he de hacer?

—Sólo esconderla en la cama de tu padre —respondió Thora—. Irá a dormir, y cuando se despierte te querrá. Pero no puedes llevarte estas piedras a tu casa. Se las quitó a la abuelita cuando dormía y he de ponerlas otra vez en su sitio antes de que se dé cuenta. Tendrás que fabricar las tuyas.

—¡Pero yo no sé! ¡Soy muy torpe para hacer cosas! —exclamó Oddo. Entonces advirtió el semblante exasperado de Thora—. ¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Lo intentaré!

Antes de devolvérselas, examinó las piedras una a una, pasando el dedo por cada runa.

De súbito se oyó una explosión de risitas alrededor, a la altura de sus rodillas. La mano de Thora se cerró de golpe.

—¡Ketil —gritó Thora—, dame esta capucha y vete o no te daré de cenar!

Ketil se hizo visible y le lanzó la capucha a Thora.

—¡Thora tiene novio, Thora tiene novio! —cantaba mientras se alejaba corriendo.

Thora parecía ruborizada y molesta, y Oddo temió que saliera en persecución de su hermano.

—Eh, ¿por qué no hacemos la piedra rúnica ahora? —preguntó él—. Se supone que estoy recogiendo bayas, pero en vez de eso podría ir en busca de algunas piedras y traer las herramientas para fabricarla. ¿Nos vemos en el bosque y me echas una mano?

—De acuerdo —respondió Thora—, pero antes has de pronunciar un conjuro para que sean mágicas.

—¿Qué conjuro?

—Cada uno tiene los suyos. Si quieres, te ayudaré a inventar uno. A continuación, después de hacer el grabado has de frotar la runa con algo rojo. Si quieres que tu padre sienta cariño por ti, debes frotarla con un poco de tu sangre.

—¡Mi sangre! —exclamó Oddo, dirigiéndole una mirada feroz e indignada y poniéndose en jarras—. Muy gracioso —dijo—. ¡Ja, ja!

—No —insistió Thora—. ¡Es verdad!

«Me pregunto si vendrá», pensaba Thora mientras buscaba las pequeñas campanillas blancas de los lirios de mayo entre la alta hierba. Había ido a la casa en busca de un

candil y se había internado en el bosque.

Al poco rato apareció Oddo, presuroso entre los árboles, con un cesto de bayas colgado del brazo.

«No parece un mago ni por asomo —pensó Thora—. ¡Tan limpio y ordenado!».

Los hermanos de Thora llevaban pantalones muy holgados y blusas hechas de lana basta hilada de manera desigual... y de un color sucio y moteado de manchas. Nunca se lavaban ni cortaban el pelo. ¡De hecho, casi no se aseaban! El pelo de Oddo brillaba como la hebilla de bronce de su cinturón, y su fina y limpia camisa era de un espléndido color verde mar.

—¡Lo tengo todo! —gritó emocionado.

Se agachó y volcó el cesto, que contenía una serie de guijarros redondeados, piedras planas, toscas lascas y un buril puntiagudo. Sostuvo éste en alto.

—¿Servirá esto? No he tenido tiempo suficiente para buscar en el cajón de las herramientas. Tenía miedo de que mi padre me pillara y me preguntara qué estaba haciendo.

Thora miró el buril y torció el gesto.

—Parece una herramienta distinta de las nuestras —señaló—. Pero podemos probar.

—¿Y qué hay del hechizo? —inquirió Oddo.

—Ha de ser un poema que rime —dijo Thora—. Como:

Que estas piedras se conviertan en hiedras.

Sólo que no queremos esto. ¿Qué más rima con piedras?

—¿Quiebras?

Thora frunció el ceño y meneó la cabeza.

—¡Ya lo sé! —dijo Oddo—. A ver qué te parece:

Magia del suelo, magia del viento,
¡toca este buril y dale tu aliento!

—¡Muy buena! —exclamó Thora.

Entonces ella dejó el candil en el suelo, al lado de las piedras, y tendió el ramo de lirios de mayo.

—Los pondremos alrededor, formando un círculo. En principio refuerzan los hechizos —aclaró.

Recogió un puñado de agujas de pino del suelo y las esparció sobre la lámpara; humearon y crepitaron en el aceite caliente. A continuación, se puso a dar palmas despacio y a cantar:

—*Magia del suelo, magia del...* Venga, Oddo, tú también. Tú tienes que hacer el

9. Hechizo



Cuando Oddo llegó a casa, resollando y sin aliento, su madre le esperaba en la puerta. Las arrugas en su cara redonda y sonrosada delataban su irritación.

—¿Qué demonios has estado haciendo? —preguntó Sigrid—. ¿Dónde están las bayas?

Oddo se quedó aterrorizado cuando vio aparecer a su padre en el umbral tras ella.

—¿Has vuelto a olvidarte de tus tareas? —preguntó Bolverk indignado.

Cuando vio el buril en la mano de Oddo, su voz se transformó en un rugido.

—¿Qué has estado haciendo con mi buril? —bramó—. ¡Eres incapaz de utilizar un hacha y pretendes manejar un buril! Devuélvemelo ahora mismo, inútil.

Nervioso, Oddo le entregó la herramienta al tiempo que llevaba la otra mano a la espalda y dejaba caer la piedra rúnica al suelo. ¡No quería ni pensar qué diría su padre si la veía! En ese momento, *Peluda* llegó corriendo para dar la bienvenida a Oddo y se puso a olisquear la tierra.

«Puede oler la sangre», pensó Oddo. Se volvió y la agarró por el largo pelaje del codo.

Bolverk pasó el dedo por la punta del buril y examinó el polvo que soltaba.

—¡Has usado esto con una piedra! —vociferó—. ¡Y lo has despuntado, claro! —Agitó el buril en su enorme puño—. ¿No tenías bastante con holgazanear toda la tarde sino que además tenías que echarme a perder las herramientas?

Oddo era incapaz de mirar el furioso ceño de su padre y el defraudado rostro de su madre.

—Pues te vas a quedar sin cenar —prosiguió Bolverk—. Mientras los demás cenamos, ponte a limpiar el buril. A ver si otra vez que se te ocurra hacer una estupidez te acuerdas de tu estómago vacío y eres más responsable.

Así que al poco rato Oddo se hallaba acurrucado en un rincón, afilando y sacando brillo al buril mientras sus padres permanecían sentados a la mesa cenando en un silencio embarazoso. La estancia estaba impregnada de un delicioso olor a estofado de cebollas y cebada, y el estómago de Oddo gruñía de hambre. De vez en cuando, *Peluda* apoyaba su barbilla en la rodilla del chico, como para consolarlo.

Por fin Bolverk se aflojó el cinturón y suspiró satisfecho. Cogió un trozo de pan, lo mojó en la salsa y se lo llevó a la boca. Entonces echó un vistazo a Oddo desde sus pobladas y amenazadoras cejas.

—Mmm. —Cerró la boca y tendió el pan a Oddo—. Toma, come esto. Si te pasas la noche sin comer, puedes desvanecerte.

Oddo se precipitó junto a su padre y devoró el pan. Después se limpió la cara con el dorso de la mano mientras Bolverk se quitaba las migas de su barba cuidadosamente trenzada.

—¿Guardo ya el buril? —preguntó Oddo tímidamente.

Bolverk asintió con un gruñido.

Peluda se levantó para ir con Oddo.

—¡Quieta ahí! —chilló Bolverk.

La perra se marchó cabizbaja a un rincón.

Afuera soplaba un viento fuerte y frío que agitaba la camisa de Oddo. La llama de su lámpara chisporroteaba y se retorció. Encorvado y dando traspiés, Oddo farfulló al viento que lo dejara tranquilo, y al instante todo alrededor fue como un remanso de paz. En el bosque las ramas y las hojas seguían agitándose, pero el viento se había calmado donde él se encontraba. Tuvo un ligerísimo sentimiento de orgullo. Thora había dicho que cambiar el tiempo era muy difícil, pero él lo conseguía sin dificultad.

Dentro del cobertizo, la lámpara proyectaba sombras oscuras que bailaban en las paredes. Oddo dejó raer el buril en el cajón de las herramientas y se encaminó de nuevo hacia la casa. En la puerta se agachó para buscar la piedra rúnica. Escarbó cuidadosamente con los dedos entre la pinaza y las hojas abatidas por el viento y encontró un montón de piedras, pero no su piedra rúnica.

«Esto no sirve —pensó—. Necesito la nariz de un perro para poder husmear».

De pronto se le ocurrió algo.

«Me pregunto...»

Oddo aplicó el oído a la cortina de la puerta y escuchó. Sus padres hablaban en voz baja. Parecían cómodos y tranquilos. Dejó la lámpara en el suelo y trazó un círculo grande a su alrededor entre las hojas. Luego se puso en cuclillas para mirar fijamente la llama. Evocó en su mente una imagen de *Peluda* y se concentró todo lo que pudo. No pasó nada. Miró furioso la lámpara. De súbito, la llama brotó con fuerza y el fuego empezó a propagarse como un torrente por la marca que había hecho a través de las hojas. Al cabo de unos instantes, estuvo rodeado por un muro elevado de luz dorada. Y al otro lado de las llamas surgió la forma de un animal. ¡La forma de un perrito!

Oddo sintió como si se derritiera. Fluyó al otro lado atravesando las llamas. Entonces sintió que se volvía más denso y se hinchaba de nuevo hasta convertirse en una forma sólida con cabeza y cuello, cuerpo y miembros. Advirtió que la cabeza se inclinaba, y que olfateaba ruidosamente, hurgando entre las hojas, donde hallaba olores de sangre y boñigas de vaca, leche fresca y lana de oveja. Repentinamente reparó en que corría hacia la casa y aspiraba el olor a hierba y tierra de los bloques de turba con que estaba construida. ¡Y entonces levantaba la pata y orinaba en la pared!

Antes de alejarse olió el charco, acercando la nariz a la tierra. Después siguió el rastro salado de la sangre. Toqueteó las hojas con las patas, apartándolas. ¡Por fin, allí estaba la piedra rúnica! Notó una sensación de placer en la garganta. Pero entonces un olor más interesante se interpuso en su camino. Parecía algo bueno para comer y procedía del interior de la casa. Se volvió, dejó la piedra donde estaba y empezó a correr hacia la puerta.

De pronto se oyó una voz de hombre que venía del otro lado de la cortina. El perrito resbaló hasta pararse. Miró hacia atrás y advirtió la forma de un chico agachado tras una barrera de fuego. Temblando de miedo, cerró los ojos con fuerza, se volvió y se arrojó a través del enorme y danzante fuego. Por un momento se sintió ligero y etéreo como las llamas. Después recuperó el peso de su verdadero cuerpo. Abrió los ojos. La piedra rúnica estaba a sus pies. La asió al instante con el puño y se levantó. Bolverk salió súbitamente por la puerta y lanzó a su hijo una mirada feroz.

—Es inútil pedirte que compruebes si los animales van a estar seguros por la noche —le espetó—. ¡Seguro que serías capaz de abrir la puerta e invitar a los lobos a entrar!

Se alejó caminando pesadamente.

Dentro, Sigrid estaba aclarando los cuencos de la cena en un balde. Al ver a Oddo meneó la cabeza, apenada.

—Deberías acostarte —le dijo.

Oddo dejó la lámpara de aceite en su sitio, se sentó en su banco de barro, donde dormía, y empezó a desatarse los zapatos. Miró hacia atrás. Sigrid seguía observándolo. Tenía que hallar el modo de meter la piedra rúnica en la cama de madera de sus padres antes de que Bolverk regresara.

Por el rabillo del ojo vio que su madre cogía el cubo de agua sucia y lo sacaba fuera. ¡Era su oportunidad! Corrió a la cama e introdujo la piedra bajo el colchón. Oyó el ruido del balde vaciándose y pasos que se acercaban. Saltó a su cama y se tapó hasta los hombros en el preciso momento en que Sigrid aparecía en el umbral. Con gran consternación, vio que *Peluda* cruzaba la habitación y comenzaba a olisquear el colchón de sus padres.

—¡Aquí, *Peluda*! ¡Ven aquí! —susurró Oddo.

La perra no hizo caso.

Entonces entró Bolverk y Oddo se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, fingiendo dormir.

—Deja de ensuciarme la cama, estúpida perra —gruñó Bolverk a *Peluda*.

«Ella no es estúpida —pensó Oddo—. ¡Tú sí que lo eres!».

Por fin Oddo oyó el conocido chirrido de la cama de sus padres y el crujido del colchón. Abrió los ojos con cautela. Sus padres estaban echados en la cama. Oddo aguantó la respiración. ¿Notaría Bolverk el bulto de la piedra en el colchón? No, no se oían gemidos quejumbrosos.

La casa fue quedando en silencio. Pronto los sonoros ronquidos de Bolverk tomaron posesión de la estancia. Sin embargo, Oddo seguía despierto, el corazón latiéndole con fuerza.

«¡Hoy no voy a poder dormir!», pensaba. Estaba demasiado agitado. Hasta la mañana siguiente, la espera para averiguar si el hechizo había salido bien iba a ser larga.

N

10. Uno que sobra



Thora y su familia se reunieron en torno al fuego charlando excitados. Runolf batió las palmas.

—¡Atención! ¡Es hora de empezar! —Se inclinó hacia Ketil—. Primero el más pequeño.

Todos se fueron callando.

—¡Yo no soy el más pequeño! —declaró Ketil enojado—. ¡Es ella! —Y señaló al bebé que Finnhilda sostenía en brazos. Todo el mundo rió.

—Vamos, Ketil, la pequeñina aún no sabe hacer magia —dijo Edith.

—No estés tan seguro —indicó Finnhilda en voz baja—, creo que sí sabe. Que alguien me dé una ramita.

Runolf se agachó y cogió del suelo un trozo de rama.

—Ahora pónsela en el puño —explicó Finnhilda.

Runolf sostuvo la ramita cerca de la manita sonrosada. Los dedos de la niña la agarraron y se cerraron con fuerza.

—¡Mirad! —dijo Finnhilda.

Durante unos instantes no pasó nada; luego, con gran regocijo de todo el mundo, apareció un brote en el extremo de la ramita. Mientras observaban, el brote fue desarrollándose hasta transformarse en una hoja. Todos gritaron y rieron, entusiasmados.

—Y ahora, Ketil, te toca a ti.

Runolf miró hacia su hijo varón más pequeño, pero no había ni rastro de él.

—Vaya, ¿por dónde se ha esfumado ese niño? —preguntó enfadado.

En el otro lado del fuego, Thora notó que alguien tiraba ligeramente de su vestido. Imaginando lo que sucedía, retrocedió en silencio unos pasos. No veía nada, pero se percató de una figura menuda que la rozaba y se quedaba frente a ella. Los demás iban de un lado a otro, buscando a Ketil y llamándole.

—¡Estoy aquí!

De pronto el niño se quitó la capucha de piel de cabra y apareció frente a Thora, sonriendo abiertamente con descaro. Todos volvieron a chillar de entusiasmo.

—¡Muy bien, Ketil, nos has engañado de verdad!

Ahora era el turno de Harald. El muchacho, que estaba de pie muy erguido, sacó todo el aire de los pulmones y se volvió para quedar frente a la pared. Respiró hondo, gruñó ruidosamente y agitó el puño. Poco a poco se formó una grieta, y al final cayó

al suelo un pedazo de muro. Harald hizo una reverencia. Todos aplaudieron. Thora miraba con pesar el agujero y sintió el frío viento que soplaba a través de él.

—¿Qué vas a hacer tú, Erik? —preguntó Finnhilda.

Erik colocó una ramita sobre la mesa y después dejó a cada lado una gran hoja de la colección de hierbas de la abuelita. La habitación estaba en silencio. Entonces dijo:

La rama, cuerpo.

Las hojas, alas.

Mariposa obtengo

con tan humildes talas.

Las hojas muertas y secas temblaban mientras se filtraban en ellas la fuerza y la vida, y poco a poco se convirtieron en alas. Al cabo de unos instantes, Thora vio una mariposa verde y marrón revoloteando en la mesa, la criatura logró elevarse en el aire unos segundos y dar vueltas con torpeza. De pronto se deshizo. El cuerpo volvió a ser una ramita, las alas se convirtieron de nuevo en hojas, y todo cayó al suelo.

—Si persistes en este hechizo —dijo Runolf—, un día te será de gran provecho.

—¡Ahora me toca a mí! —gritó Edith muy nerviosa—. Abuelita, ¿me puedes vendar los ojos?

Jugueteara con su varita entre los dedos y se movía sin dejar de dar pequeños saltos.

—¡Estate quieta! —dijo la abuelita—. Te meneas más que un pez en un anzuelo. ¡Ya está!

—Muy bien. Que todo el mundo se disperse por la habitación —ordenó Edith—. ¿Estáis listos?

Con los ojos vendados, Edith caminó hacia delante, sosteniendo la vara al frente como si fuera una varilla de zahorí.

Primero se dirigió hacia Runolf. Cuando la vara estaba a punto de darle en el estómago, gritó convencida:

—¡Padre!

Después se volvió y fue hacia su madre. Y así fue recorriendo la estancia, acercándose a cada uno de los presentes y diciendo su nombre en voz alta. Al final lo había hecho con todos menos con Thora. Dio media vuelta, con la perplejidad pintada en su rostro.

—¿Aún está Thora aquí dentro? —preguntó.

—Sí —contestó Astrid.

—Bueno —dijo Edith—, pues es muy extraño porque no consigo sentirla.

Se quitó la venda y buscó a su hermana. Los demás también miraban fijamente a Thora, que se percató del sonrojo en su cara. En la habitación se produjo un largo y embarazoso silencio.

—Ah, sí, ahora es mi turno —dijo Thora con voz temblorosa.

Había estado temiendo ese momento desde el comienzo del juego. Era la única de la familia que no sabía hacer hechizos. Sólo se le ocurrió una cosa. Colocó la sartén en el fuego y sostuvo un huevo en alto. Azorada, inclinó la cabeza, cascó el huevo en la sartén y esperó. Los demás también aguardaban. La clara del huevo se fue volviendo blanca poco a poco.

—Ya está —proclamó Thora, alzando la sartén y tratando de dar una imagen victoriosa—. ¡Ha cambiado de color!

Todos la miraban asombrados, sin reír ni decir nada.

Astrid fue la primera en hablar.

—Esto no es ningún hechizo —dijo con desdén—. Cualquiera puede hacerlo. Incluso los campesinos.

A Thora se le llenaron los ojos de lágrimas, pero la atención de todos no estaba puesta en ella sino en Astrid. Thora se secó los ojos con el dobladillo del delantal. Por los preparativos, parecía que Astrid iba a realizar una gran actuación. Se puso la capa de pelo de gato y se ató la bolsa de piedras rúnicas.

—¡Voy a hacer el cambio de forma! —anunció.

Todos retrocedieron para que ella pudiera trazar el círculo mágico. A continuación se sentó y se quedó con la mirada vacía. Thora siguió la dirección de los ojos de Astrid y procuró concentrarse. Edith soltó un grito y señaló, pero Thora, por mucho que lo intentaba, no conseguía distinguir forma ni movimiento alguno en el suelo vacío.

—Oh, ¿puedo acariciarlo? —preguntó Edith.

Todos se apiñaron alrededor, tocando algo que Thora no alcanzaba a ver.

—Eh, Thora, ven a acariciar al gatito —dijo Ketil.

Pero Thora negó con la cabeza.

—Bueno, Astrid, ya vale con eso —dijo Arni—. Tu turno ya se ha acabado.

—¡Oh! —se lamentaron Ketil y Edith cuando el gatito desapareció de golpe y Astrid volvió a incorporarse.

—Bien, ¿qué vas a hacer tú, tontorrón? —preguntó Astrid a su hermano mayor.

—Haré una piedra rúnica para descubrir cosas escondidas —explicó Arni—. ¡La próxima vez que Ketil se ponga la capucha de piel de cabra, podremos encontrarlo!

Todos rieron.

—¡Eso no es justo! —protestó Ketil.

Arni cogió una piedra de las que había apiladas en un rincón y se sacó un cincel del cinto. Ketil agarró a mi hermano del brazo, pero éste se lo quitó de encima.

El pequeño se sentó, ofendido. Arni empezó a grabar la runa con cuidado.

—¡Vigila, no la hagas al revés! —avisó Runolf.

—¿Por qué? —preguntó Thora, pensando en la piedra rúnica que había hecho Oddo—. ¿Es importante?

—Pues claro —respondió Arni—. Si lo haces mal, sale magia dañina.

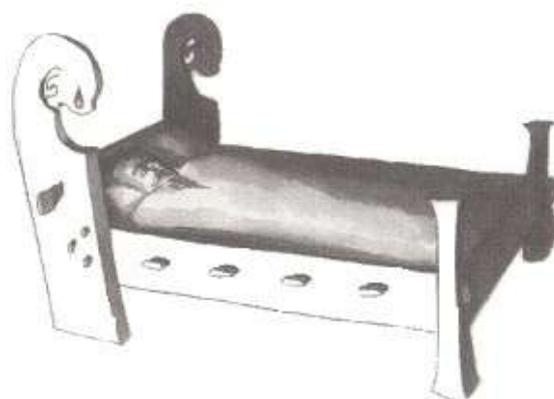
—¡Todo el mundo lo sabe! —dijo Astrid con un tono burlón.

Thora se sintió mal. En la imaginación podía ver la zigzagueante pequeña runa que había grabado Oddo al revés.

Cuando Arni terminó su pulcra runa de formas ganchudas, Thora fue alejándose despacio hacia atrás hasta tenderse en la cama. Nadie se daría cuenta de que había dejado de jugar, y aunque así fuera, no les importaría. Sin ella lo pasarían mejor. Hacía que se sintieran incómodos. Oía a Ketil vociferar enojado y a los demás reír y bromear mientras ponían a prueba la piedra rúnica de Arni. Thora se tapó con la ropa de cama hasta las orejas, intentando ahogar los sonidos de la fiesta.



11. Magia al revés



Oddo fue poco a poco consciente de los sonidos de primera hora de la mañana: el ruido sordo de un cubo de agua al ser vaciado en la tierra, el chirrido del fuego al ser atizado para reavivarlo, los golpes rítmicos de la pasta al ser amasada. De repente recordó que aquella mañana era especial. Se incorporó y miró en la habitación. Con gran asombro suyo, su padre seguía tumbado en la cama, roncando ruidosamente. Oddo no recordaba haberse despertado nunca antes que él.

Sigrid advirtió que Oddo estaba despierto y movió bruscamente la cabeza en dirección a Bolverk.

—No sé qué le pasa a tu padre esta mañana. Nunca ha dormido hasta tan tarde. ¿Por qué no te levantas y lo despiertas? —sugirió.

Con el corazón palpitándole con fuerza, Oddo puso pie a tierra y cruzó la estancia. Se inclinó sobre Bolverk y susurró impaciente:

—Padre. Padre...

Los ronquidos no se interrumpieron. Oddo alargó la mano y le dio unos golpecitos vacilantes en la mejilla.

—¡Padre! —repitió alzando la voz.

Bolverk siguió roncando. Oddo miró impotente a su madre. Sigrid se acercó y observó a su esposo, las manos en las caderas y el rostro ceñudo. Después se inclinó y le sacudió el hombro.

—¡Esposo, despierta! —dijo.

Mientras Sigrid lo zarandeaba, la cabeza del esposo se balanceó de un lado a otro, pero no abrió los ojos ni despertó. Para entonces, *Peluda* ya se había incorporado al grupo en torno a la cama; levantó las patas delanteras hacia el pecho de Bolverk y empezó a lamerle la cara.

Si hubiera estado despierto, Bolverk le habría soltado un grito a la perra y se la habría quitado de encima. Daba miedo verlo tendido ahí, sin darse cuenta de nada de lo que sucedía a su alrededor.

—¡Bolverk!

La voz de Sigrid denotaba alarma. Agarró a su esposo por los hombros y casi lo

sacó de la cama a tirones. *Peluda* se cayó hacia atrás y empezó a ladrar.

Oddo miró a su madre con ojos asustados y abiertos de par en par. ¿Era a causa de la piedra rúnica? ¿Algo había salido mal?

—Trae agua y un paño —ordenó Sigrid.

Oddo agarró el balde y miró desesperado alrededor en busca de un trapo. En el banco de trabajo, junto al telar de su madre, había una tela de colores vivos. La cogió y lo llevó todo a Sigrid.

Sigrid mojó el paño en el agua del balde y lo dejó gotear sobre la cara de su esposo. En la frente de Bolverk se formaron regueros de color rojo que bajaron hasta sus mejillas.

—¡Aaagh! —gritó Sigrid, mirando el trapo—. ¡Serás tonto, Oddo! Este tinte aún no estaba fijado. ¿No puedes hacer nada como es debido? Busca en el baúl del rincón y trae un trozo de una de tus viejas camisas.

Sigrid intentó todo lo que se le ocurrió para despertar a su esposo. Cuando el agua fría demostró su ineficacia, trató de incorporarlo y ponerle los pies en el suelo. Incluso llegó a pincharle con una aguja. Pero Bolverk continuaba roncando y con los ojos cerrados.

Oddo no dijo una palabra. Se mantuvo al margen y procuró pensar en algo que pudiera ser útil. Lo primero, desayunar. ¡Se moría de hambre! Pero al dirigirse al hogar observó que las gachas se habían quemado hasta convertirse en una costra oscura y que el pan era un bulto negro en la plancha. Oddo tiró el pan quemado al fuego y asó otro trozo. Dejó una parte en la mesa para su madre y salió a ver qué tareas podía hacer.

Ordeñó las vacas y llevó los pesados cubos a la quesería. Consiguió vaciarlos en las cubas subterráneas sin derramar demasiada leche. Después, descremó la leche del día anterior y removió la nata en la mantequera hasta que le dolieron los brazos. Y con un orgullo inmenso observó que en la parte inferior se formaba una pequeña masa de mantequilla amarilla, que sacó cuidadosamente con una paleta de madera. Pero mientras la llevaba a través de la estancia, resbaló de la paleta y cayó al suelo de tierra con un triste «paf».

Decepcionado, Oddo volvió a entrar en la casa. Sigrid estaba sentada en un taburete con la cabeza entre las manos, intacto el pan del desayuno en la mesa. *Peluda* se hallaba tendida a los pies de la cama, gañendo. Bolverk seguía dormido. Oddo cogió el trozo de pan y se lo alcanzó a su madre.

—Has de comer algo —dijo.

—¿Y qué pasa con tu padre? ¿Cómo va a comer él? Si no se despierta, morirá de inanición. ¿Y qué será de nosotros? —se lamentaba Sigrid—. ¿Quién esquilará las ovejas? ¿Quién trepará por los acantilados en busca de huevos de aves marinas? ¿Quién llevará nuestros productos al mercado?

—Yo podría hacerlo —señaló Oddo tímidamente.

—Oh, Oddo. —Sigrid meneó la cabeza y escondió la cara entre las manos.

Oddo le puso amablemente el pedazo de pan en el regazo. *Peluda* alzó la cabeza y lanzó un aullido lastimero.

—Llévate de aquí a este maldito animal —soltó Sigrid—. Me está volviendo loca con sus aullidos.

Unos instantes después, Oddo y *Peluda* corrían por el bosque hacia la casa de Thora.

X R F B F

12. «Hemos de ser capaces de arreglarlo»



Cuando Oddo se acercaba al lindero del bosque, vio a Thora que bajaba la colina. Ella le saludó con la mano y corrió hacia él.

—Oddo, si esa runa estaba hecha al revés...

—Thora, algo ha salido mal...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Thora jadeante.

Él le contó lo de Bolverk.

—¿Crees que es por culpa de mi runa? —preguntó.

—Seguramente —respondió ella—. He descubierto que si se graba una runa al revés, hace magia perniciosa. Y estoy segura de que una estaba al revés.

—¿Se recuperará si saco la piedra de la cama? —preguntó Oddo.

—No lo sé —respondió Thora—. No creo que sea tan sencillo. Si quieres deshacer un hechizo, hay que ir con cuidado; si no, puede suceder algo incluso peor. —Thora se mordió el labio inferior y frunció el entrecejo—. Lo mejor será que dejes la piedra donde está mientras yo trato de averiguar qué podemos hacer.

—¡Date prisa! —dijo Oddo.

—No será fácil —le advirtió Thora—. No puedo decirle la verdad a nadie. Si mi familia se entera de que te he estado enseñando a hacer runas... me veré en un buen lío. No nos está permitido revelar secretos mágicos.

—Yo sólo quería hacer un poco de magia buena —musitó Oddo con tristeza.

—No te preocupes. Conseguiremos arreglarlo —señaló Thora—. Quedamos aquí mañana por la mañana. A ver si para entonces he averiguado algo.

De nuevo en la casa, Oddo vio a su madre intentando introducir un poco de caldo entre los labios de Bolverk.

—Si quieres, he hecho algo de sopa —observó ella con voz apagada, señalando con la cabeza hacia una olla en el fuego.

Oddo llenó un cuenco y se sentó a la mesa. Comenzó a sorberla con ansia.

—Cuando termines —dijo Sigrid—, sería mejor que fueras a la casa de la colina para ver si Runolf el Fabricante de runas quiere venir y echar un vistazo a tu padre.

—¡No! —gritó Oddo. El cuenco dio contra la mesa y se derramó sopa por el borde—. Quiero decir que no podemos hacer esto. Padre detesta la magia.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó ella.

Cuando la gente estaba herida o enferma, iba a la casa de la colina a comprar

hierbas, pócimas o hechizos. Pero Bolverk no había estado malo en su vida, y si se hacía daño trabajando en la granja, lo atendía Sigrid.

Oddo no podía dejar que viniera Runolf y viera la piedra rúnica en la cama. Supondría que la había hecho él y descubriría que Thora estaba implicada... Pero ¿qué podía hacer? Thora le había advertido que dejara la piedra donde estaba.

—Esperemos un poco más —suplicó Oddo—. No parece que padre esté enfermo o que le duela algo. Sólo está durmiendo. Se enfadará de veras si se despierta y ve a Runolf aquí.

—Me imagino —dijo Sigrid, aunque no parecía muy convencida—. Oh, si al menos despertara...

Oddo terminó la sopa y se levantó.

—Voy a esquilar unas cuantas ovejas —anunció, tratando de parecer adulto y seguro de sí mismo.

—No te preocupes —señaló Sigrid—. Déjalas, se desprenderán de la lana ellas solas antes de que acabe el verano.

—¡Pero padre nunca hace esto! —exclamó Oddo—. La lana que cae al suelo a trocitos no es buena para llevarla al mercado.

Sigrid se encogió de hombros.

—¿Y qué? De todos modos este año no podremos ir al mercado.

—¡Pero padre se pondrá bien antes de que tengamos que ir! —chilló Oddo horrorizado. ¿Duraría tanto el hechizo?

Las ovejas estaban aún en su establo, aguardando a ser esquiladas. Cuando Oddo se acercó y se apoyó en la puerta baja, balaron con insistencia.

—Bien, que una de vosotras venga conmigo al cobertizo de esquilar —ordenó Oddo.

Abrió un poco la puerta, y una oveja grande de expresión orgullosa se abrió paso entre las otras. Parecía saber lo que se esperaba de ella y se puso en camino hacia el cobertizo.

Oddo había observado muchas veces a su padre mientras esquilaba. Lo primero que tenía que hacer era subir la oveja al banco, tumbarla de espaldas y atarle las patas. Oddo cogió al animal envolviéndolo con los brazos y trató de levantarlo. Como cabía suponer, pesaba demasiado. Lanzó un suspiro y cayó hacia atrás hasta quedar en cuclillas.

Oddo y la oveja se miraron con atención.

—Tendré que hacerlo en el suelo —dijo él.

Al coger las grandes tijeras de hierro las notó pesadas y poco manejables.

—Muy bien, amiga mía —explicó Oddo—. Sólo quiero recortarte la lana. Si te estás quieta, no te dolerá.

La oveja pareció entender y se quedó muy quieta cuando él se agachó. Oddo deslizó la mano bajo el vientre del animal, donde éste ya había perdido la lana, y echó hacia atrás los largos y ondulados mechones que le colgaban de la espalda. Aferró las

tijeras con cuidado. Con gran alivio suyo, la lana empezó a desprenderse con facilidad y rapidez.

Cuando hubo terminado, la oveja presentaba porciones sueltas de lana que sobresalían aquí y allá, pero el vellón casi cubría el suelo.

—La próxima quedará mejor —se prometió a sí mismo.

Fue como si la oveja supiera que habían terminado. Oddo tuvo la extraña sensación de que el animal le dirigía un gesto de asentimiento antes de volverse y disponerse a salir. Regresaron al establo y él se quedó mirando por encima de la puerta. ¡Había un montón de ovejas que esquilarse! ¡Si tenía que hacerlo él solo, tardaría una eternidad!

Aquella noche, Oddo se acostó recordando la noche anterior, cuando se había sentido tan satisfecho y entusiasmado con su piedra rúnica. Ahora lamentaba haberla hecho. A la mañana siguiente, en cuanto se despertó miró esperanzado hacia la cama de sus padres. Bolverk aún seguía allí tendido con los ojos cerrados. Oddo notó la pesada carga de la culpa y la desdicha. Salió a toda velocidad para encontrarse con Thora y aguardó impaciente en el linde del bosque. Por fin vio que ella se acercaba andando.

—¿Y bien? —preguntó.

—He averiguado cómo deshacer el hechizo —respondió ella—. Pero los efectos no desaparecerán hasta dentro de unas semanas...

Oddo la miraba con ojos desorbitados.

—¿Quieres decir que, aunque anulemos el hechizo, seguirá en cama durante semanas?

Thora asintió abatida.

—Me temo que sí.

—¡Es culpa tuya! —estalló Oddo—. ¡No deberías haberme inducido a hacerlo!

—¡Habrase visto! —exclamó Thora—. Yo no te dije que hicieras nada. ¡Tú me obligaste a espiar a mis hermanos y contarte sus secretos!

Se miraron enfadados.

—Bueno, ¿y cómo anulo el hechizo? —preguntó Oddo.

—Ahora no sé si explicártelo —respondió Thora.

—Por favor —dijo Oddo—. Lo siento. Tienes razón: es culpa mía. ¡Y además, tengo que arreglarlo! —añadió desesperado.

—De acuerdo —dijo Thora—. Quita la piedra rúnica de la cama, raspa la runa y quémala en lo más vivo de una hoguera. Pero después, para ayudar a tu padre a recuperarse, has de hacer una runa sanadora.

—Ah, no —dijo Oddo con firmeza—. Yo no hago más runas. ¡Ni hablar!

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso más tarde —señaló Thora—. De momento has de deshacerte de la que está allí.

—¿También tengo que decir un conjuro? —preguntó Oddo.

—No lo sé. No haría ningún mal —contestó Thora.

Oddo la miró incrédulo.

—¿Estás segura de todo esto? A ver, ¿cómo lo has averiguado? Tenía entendido que a las chicas no se les permitía saber todas esas cosas.

—Soborné a Harald. Está aprendiendo a hacer runas. Le prometí prepararle la cena que quisiera si averiguaba algo y me lo contaba. Harald haría cualquier cosa por la comida. Es voraz como un aguilucho.

Cuando Oddo regresó a casa, advirtió que Sigrid parecía algo más animada.

—He tenido una idea —le explicó—. Runolf el Fabricante de runas no tiene por qué venir aquí. ¡Podemos ir a su casa y pedirle que haga una runa sanadora para tu padre!

A Oddo le pareció magnífico. Podrían poner la runa sanadora en la cama de Bolverk después de que se hubieran librado del hechizo dañino.

Mientras su madre preparaba unas gachas para Bolverk, Oddo se acercó a la cama grande y se arrodilló al lado de su padre. Sin perder de vista a Sigrid, deslizó la mano bajo el colchón. No estaba seguro de dónde había dejado la piedra, así que empezó por los hombros de Bolverk y fue bajando hasta los pies de la cama. Palpó el bulto de la piedra en el preciso momento en que Sigrid se volvía. Sacó rápidamente la mano del colchón, con la piedra oculta en el puño.

—¡Voy a esquilar un poco más! —dijo en voz alta, y salió disparado de la habitación.

Oddo dejó atrás el establo con las ovejas esperando. Corrió hacia el bosque y cogió la primera piedra que vio. Se puso en cuclillas y comenzó a restregarla desesperadamente contra su piedra rúnica. La runa que había grabado no era demasiado profunda, de modo que al cabo de unos minutos ya no quedaba ni rastro de ella.

Oddo hinchó los carrillos y soltó un suspiro de alivio. «Esta noche —pensó—, encenderé una pequeña hoguera en el bosque para quemar la piedra».

No tenía un zurrón como el de Thora, de modo que se guardó la piedra en el zapato. No podía arriesgarse a perderla. Toda la tarde le estuvo rozando el pie mientras trabajaba. Por la noche, después de cenar, cogió una lámpara de aceite.

—Voy a echar un vistazo a los animales —dijo.

Cuando estuvo en el bosque, dejó la lámpara con cuidado en el suelo y amontonó unas cuantas ramitas. Puso la piedra en el centro y acercó la lámpara a la leña, las ramas se encendieron formando una llamarada viva y crepitante.

Oddo había estado toda la tarde pensando en un conjuro. Ahora se sentó sobre sus talones y se puso a salmodiar calladamente:

Magia de la runa, desaparece.

Haz lo que te digo, obedece.

Se quedó esperando hasta que el fuego se apagó. Después se levantó entumecido y regresó a la casa.

MSTF RNF

13. Una mano auxiliadora



Thora estaba en el bosque recogiendo ortigas para la cena. Tenía que hacerlo con cuidado para evitar las malditas picaduras. Estaba pensando precisamente si ya tenía bastantes cuando vio a una mujer que se acercaba entre los árboles. Lucía un primoroso y largo vestido azul. Los grandes broches que sujetaban su delantal estaban relucientes. En la cabeza llevaba una cofia blanca de seda.

La mujer no reparó en Thora. Andaba deprisa, con los ojos fijos en la casa de la colina y una expresión de angustia en el rostro. De pronto, Thora la reconoció. ¡Era la madre de Oddo! Decidió que ya había cogido suficientes ortigas así que agarró el cesto y se apresuró a ir tras ella.

Cuando Thora entró en la casa, Sigrid se hallaba sentada a la mesa con Runolf. Se quedó parada en la puerta, impaciente por saber de qué estaban hablando.

—Puedo hacer runas sanadoras a montones —decía Runolf—. Pero, en mi opinión, Bolverk está embrujado. El mejor consejo que te puedo dar es que me dejes buscar en tu casa hasta descubrir de qué tipo de encantamiento ha sido víctima. De todos modos, haré lo que tú mandes.

Thora aguantó la respiración.

—Primero probaremos con las runas sanadoras —dijo Sigrid—. ¿Cuándo podrían estar listas?

En ese momento sonó en la estancia la voz de la abuelita.

—¡Thora! ¿Qué estás haciendo? ¿No tienes piernas para andar? Acércate y enséñame qué llevas en esa cesta.

Thora se dirigió de mala gana hacia la abuelita.

—He cogido algunas ortigas para la cena —dijo mostrándoselas.

—¡Vaya pérdida de tiempo! —exclamó la abuelita—. ¡Cocinar esto es un despilfarro! Con las ortigas se puede conseguir una magnífica pócima para las quemaduras y los sarpullidos. Ya va siendo hora de que aprendas a preparar algunos hechizos sanadores. Éste lo puedes hacer tú misma.

Thora soltó un suspiro. Con lo que le había costado coger las ortigas y ahora las

iban a malgastar en un absurdo hechizo que no funcionaría. De mala gana, vertió las ortigas en un caldero.

—A ver, no pongas demasiada agua —avisó la abuelita—. ¡Y no te olvides de pronunciar el conjuro!

«Eso servirá de mucho», pensó Thora con escepticismo.

Pero bajo la severa mirada de la abuelita, comenzó a decir entre dientes:

Tal vez pican, tal vez pican,
pero las ortigas los picores quitan.

Por el rabillo del ojo advirtió que Sigrid se ponía en pie y se marchaba. Runolf eligió dos piedras del montón y empezó a trabajar en las runas. Thora quería estar a su lado cuando él terminara y necesitara a alguien para llevarlas. Removía impaciente, mirando en el caldero a la espera de que el agua hirviera de una vez.

Runolf dejó una piedra a un lado y cogió otra.

—Vamos —gruñía Thora junto al caldero.

Por fin empezó a salir humo.

Runolf escogió algunas bayas, las estrujó y frotó las runas con el jugo rojo. Thora sabía que las runas estaban acabadas. Apartó el caldero de las llamas y lo dejó en el suelo, cerca del hogar, donde seguiría cociendo a fuego lento.

Thora se precipitó al lado de Runolf. Éste alzó los ojos sorprendido.

—Pensaba que estabas ocupada hirviendo algo en el caldero.

—Bueno, ya casi está. Puedo dejarlo ahí —explicó Thora, mirando alrededor en busca de la abuelita. Pero ésta se hallaba admirando algo que había hecho Astrid.

—En ese caso —dijo Runolf señalando las runas teñidas de rojo que había en la mesa—, ve a entregar estas piedras a Bolverk el Bramador.

—Pensaba que Bolverk no creía en la magia —comentó Thora, haciéndose la ingenua.

—Quizá no crea en ella —dijo Runolf—, pero está en cama y su esposa se ha decidido por este remedio. Así que date prisa, y asegúrate de que te pagan. Los honorarios pactados son dos porciones de mantequilla.

—¡Qué bien! —exclamó Thora—. La mantequilla que nos quedaba está rancia.

Thora echó a correr por el bosque, y sólo aminoró el paso para recuperar el aliento al divisar la granja de Bolverk.

No había nadie por allí. Gritó un saludo y se adentró en el pasillo. Descorrió la cortina de la puerta y vio a Sigrid inclinada sobre una figura dormida en una gran cama labrada. La mujer alzó la vista.

—¡Entra, entra! —dijo en señal de bienvenida—. Siéntate y ponte cómoda.

Thora tomó asiento en un banco y observó con envidia que en toda la habitación no había nada sucio ni fuera de su sitio. El suelo, liso y duro, estaba limpiísimo, y los estantes en las paredes, llenos de cuencos y pucheros colocados con esmero. Incluso

la lana del huso parecía lavada y peinada. Sigrid estaba ocupada en algo junto al fuego. Vertió un cucharón de agua caliente en una jofaina y a continuación cogió un paño blanco como la nieve de uno de los arcones de madera. Llevó la jofaina y el paño a Thora y se los dio.

—Limpiate la cara y las manos —le indicó.

—Gracias —dijo Thora. Mojó un extremo del paño en el agua caliente y se frotó la cara—. He traído las runas.

Abrió el pequeño zurrón y dejó las dos piedras sobre la mesa.

Sigrid las contempló con los ojos abiertos de par en par.

—¿Las pongo ya en la cama? —preguntó.

—Emm... —Thora no sabía si Oddo ya había quitado la piedra mala.

En aquel preciso instante se oyeron ladridos y el sonido de pies que corrían. Oddo y *Peluda* aparecieron de golpe.

—Oddo, esta chica nos ha traído las piedras rúnicas de Runolf —explicó Sigrid.

—Tu madre me estaba preguntando si ya podía ponerlas en la cama —explicó Thora, intentando que Oddo captara la pregunta en su voz y sus ojos.

Él comprendió de qué se trataba. Dio unos pasos hasta colocarse detrás de su madre y asintió con la cabeza. Thora sonrió abiertamente.

—¡Cuanto antes mejor! —dijo.

Sigrid parecía nerviosa cuando cogió las piedras con cuidado y las llevó en los cuencos de las manos hasta la cama.

—¿Las pongo debajo del colchón? —preguntó.

Thora lo confirmó con un movimiento de cabeza.

Sigrid se arrodilló junto a la cama y metió las piedras. Miró esperanzada el rostro de su esposo. *Peluda* se acercó rápidamente a su lado.

—¿Te explicó mi padre que podían tardar unas semanas en surtir efecto? —inquirió Thora.

—Sí —respondió Sigrid, suspirando—. Y no sé cómo vamos a arreglárnoslas. Normalmente, para llevar la granja hacemos falta los tres. Sobre todo ahora, en verano... —Le temblaba la voz.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Thora—. Siempre he querido trabajar en una granja.

A Oddo se le iluminó la cara.

—¿Puede, madre? ¡Por favor!

—Bueno, si tus padres te dejan... —dijo Sigrid. Se levantó y se sacudió la falda con las manos—. Desde luego sería una gran ayuda.

—¡Bieeen! —gritó Oddo.

—Seguro que no habrá ningún problema —señaló Thora.

—Pues iré a ver a Ulf a su granja —explicó Sigrid—. Si logramos tener listo el queso, la lana, el pescado y todo lo demás, quizás él pueda cargarlo todo en su barca cuando vaya al mercado. Eso si Bolverk no está restablecido para entonces. —Se

volvió hacia la puerta—. Vamos, Thora, le debo a tu padre dos porciones de mantequilla.

Salió de la habitación y se dirigió a la quesería.

Thora empezó a seguirla, pero Oddo la agarró de la muñeca.

—Hice todo eso con la piedra rúnica, tal como me dijiste —le susurró—. ¿Estás segura de que era lo correcto? ¿Y si Harald se lo inventó?

—No le creo capaz.

—¡Más vale que no nos hayamos equivocado! —soltó Oddo.

FF RMBMS

14. La gente menuda



Sigrid estaba arrodillada en el suelo, abriendo un saco. Alzó los ojos hacia Thora cuando ésta apareció.

—¡Así que finalmente has venido! —exclamó.

Thora se puso en cuclillas a su lado.

—¿Qué haces? —preguntó—. ¿Te echo una mano?

—Estoy plantando —contestó Sigrid.

Puso el saco al revés y al agitarlo cayeron a tierra varios paquetitos envueltos cada uno en un paño.

—Semillas de guisante, alubia y col —informó.

Thora se mordió el labio. Cuando se ofreció para ayudar en la granja, no había pensado en cavar ni plantar. Sigrid desató el primer paquete. Dentro había un montón de alubias amarillas secas.

—¿Son semillas? —preguntó Thora—. Cuando la gente nos da algunas, yo las uso para cocinar.

Sigrid sonrió.

—Bueno —explicó—, son comida y semillas. Puedes sacarlas de sus vainas y comértelas, o secarlas y utilizarlas como semillas. ¡De una pequeña semilla puede crecer una planta entera llena de vainas de alubias!

Cogió otro paquete y se lo dio a Thora.

—Mira dentro —dijo.

Estaba lleno de guisantes secos.

—¿Se convertirán en plantas de guisantes?

Sigrid asintió.

—¿Y las coles? —preguntó Thora—. ¡No crecerán a partir de hojas secas de col!

—No —respondió Sigrid, divertida—. Si necesitamos semillas de col, dejamos algunas coles en el suelo todo el invierno, cubiertas con tierra. Cuando hace más calor, les crecen por arriba vainas con semillas.

Mientras hablaba, desenvolvió el envoltorio con las semillas de col.

—Si quieres, puedes plantar éstas. No tienen por qué ponerse a mucha profundidad. Se trata sólo de apretarlas con la punta del dedo.

Thora se arrodilló en la tierra, meneando las semillas en la mano. Miró el surco de

tierra negra y en su cabeza resonó la advertencia de su padre: «El Inframundo pertenece a la gente menuda, y no debemos molestarles. Hemos de cumplir las reglas del mundo mágico».

«Pero yo no sé hacer magia», pensó Thora enojada. Sin pérdida de tiempo se inclinó hacia delante e introdujo su primera semilla con la yema del dedo, pero acabó demasiado hundida. Se sintió culpable y miró hacia atrás. Sigrid estaba plantando. No miraba. Thora sacó la semilla, alisó la tierra y lo intentó de nuevo con más cuidado.

Plantó tres hileras de coles; luego se levantó para estirar la espalda y miró alrededor. Al lado de las filas desnudas que había acabado de plantar, ya florecía un arbusto. Lo observó curiosa, pues no reconocía las pequeñas y puntiagudas hojas.

—¿Qué planta es ésta? —preguntó.

—Ah —dijo Sigrid con tono satisfecho—. Es una hierba que tenemos en...

—¿Una hierba? —interrumpió Thora sorprendida—. ¿Qué haces con las hierbas? Creía que sólo se usaban en los hechizos.

—Pues no —aclaró Sigrid—. Yo las utilizo a menudo para cocinar.

Arrancó unas cuantas hojas del arbusto, las trituró entre los dedos y las acercó a la nariz de Thora.

—Huele esto —dijo—. Anoche lo puse en el estofado. Se llama romero. El año pasado compramos las semillas en el mercado. Proceden de una tierra lejana. No estaba muy convencida de que aquí llegaran a crecer... ¡pero mira!

Thora observó con atención el pequeño arbusto y pensó en la ilusión que le haría a la abuelita tener en sus manos una hierba como aquélla.

—¡Ojalá tuviéramos un huerto en casa! —exclamó Thora con anhelo.

—¿Por qué no plantas uno? —preguntó Sigrid sorprendida.

—Yo... —Thora estuvo a punto de explicar lo de la gente menuda y el peligro, pero cerró la boca y se encogió de hombros.

—Bueno, cuando hoy vuelvas a tu casa te daré algunas semillas para que tengas tu propio huerto —dijo Sigrid—. Ahora deberíamos dar de beber a estas plantas.

Fue a la casa en busca de dos jarras de agua y le dio una a Thora. Ambas caminaron a lo largo de las hileras de semillas recién plantadas echando agua para que corriera por la sementera.

—¿Qué hace hoy Oddo? —inquirió Thora.

—Está quitando malas hierbas con la azada.

Thora advirtió en la voz de Sigrid cierto temblor de inquietud.

—Ha dicho que todo iría bien —prosiguió Sigrid—, pero no sé... Su padre nunca le deja. La última vez que Oddo cogió la azada, le dio por error a una piedra y casi se rompe el brazo. Y la vez anterior cayó en un hoyo y se torció el tobillo. Bolverk tuvo que llevarlo a cuestas todo el camino hasta casa.

Thora se quedó en silencio. Si Oddo hacía magia, ¡no era de extrañar! Claro, la gente menuda se enfadaba con él por cavar en su terreno. Apuró las últimas gotas de su jarra y se la devolvió a Sigrid.

—Creo que voy a ver cómo le va a Oddo —dijo.

Antes de que Sigrid pudiera responder, se remangó el dobladillo de su largo vestido y echó a correr. Divisó la pequeña silueta de Oddo en medio del campo grande, sentado en el suelo con el cuerpo doblado. Thora siguió corriendo todo lo que pudo hasta que aterrizó a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó resollando.

Oddo la miró con cara afligida. Se agarraba fuertemente un pie con ambas manos.

—Habré pisado una piedra puntiaguda —explicó—. Me he lastimado el pie.

Thora asintió. No le sorprendía.

—Mi padre tiene razón —añadió él—. Soy un trasto inútil. No puedo usar la azada ni siquiera unos minutos sin hacerme daño.

—Pero tú no te has hecho daño —señaló Thora.

Oddo la miró fijamente.

—¡Claro que sí! ¡Mira!

Apartó las manos para que ella pudiera ver la sangre que se filtraba por la suela del zapato.

—Quiero decir que no ha sido culpa tuya —aclaró Thora—. Ha sido la gente menuda. Seguramente son ellos quienes te han atacado.

—¿La gente menuda? —Oddo le lanzó una mirada de extrañeza—. Estás chiflada.

—Tenéis que saber una cosa sobre la gente menuda —dijo Thora—. El primero de mayo se les dejan regalos para que no hagan travesuras.

Oddo meneó la cabeza.

—Nosotros no. Mi padre no cree en estas tonterías.

—Entonces no me extraña que se enfaden contigo. La gente menuda vive bajo tierra y al usar la azada les molestan, y por eso te atacan.

—No me vengas con cuentos. Lo único que sucede es que soy más torpe que un monigote. Todo el mundo sabe manejar la azada sin hacerse daño.

Thora miró alrededor, y acto seguido se inclinó para estar más cerca y hablarle en un susurro.

—Es porque eres mago —le dijo siseando—. A la gente normal no le pasa nada porque nada cabe esperar de su ignorancia. Pero tú eres diferente.

Pareció que Oddo reflexionaba un instante sobre aquello; a continuación se volvió y recorrió el campo con la mirada, como si esperara ver a la gente menuda allá de pie, agitando el puño contra él.

—No los verás —le advirtió Thora—. Son muy discretos.

Oddo la observó, ladeando la cabeza.

—¿Runolf no trabaja la tierra por eso? —inquirió.

Thora asintió.

—¿Qué hago entonces? —dijo Oddo contrariado—. ¡Tengo que labrar este campo y sembrar la cebada!

—¡Yo puedo hacerlo por ti! —exclamó Thora—. Acabo de plantar algunas cosas en el huerto y todo ha salido bien. A la gente menuda yo le traigo sin cuidado. — Respiró hondo y dijo en voz alta aquello que había creído y temido durante tanto tiempo. Ahora sabía por fin que era cierto—. ¡No tengo poderes mágicos! —declaró.

Pero Oddo no estaba escuchando.

—¿Sabes cómo curar este pie? —preguntó—. Si pudiera andar, esparcería las semillas mientras tú arrancas las malas hierbas.

Thora se sintió molesta unos instantes, pero entonces miró el zapato empapado de sangre y enseguida se puso a repasar mentalmente la lista de remedios de la abuelita.

—Si tienes un poco de miel en casa —explicó—, puedo hacer algo. No servirá de nada que diga un conjuro, pero tal vez las hierbas hagan su magia por sí solas. Espera aquí.

Thora se precipitó al bosque, buscando con los ojos las blancas y estrelladas formas de las flores de las pamplinas. En cuanto las vio, arrancó un puñado de hojas pálidas y jugosas y se las llevó a Sigrid, que estaba agachada en el huerto.

—Oddo se ha lastimado el pie —dijo—. Voy a preparar un remedio.

—¡Lo sabía! —gritó Sigrid. Se levantó agitada y miró las hojas que Thora tenía en las manos—. ¿Qué más necesitas?

Unos minutos después, Thora estaba aplicando en el pie de Oddo un emplasto de hojas y miel. Se sentó sobre sus talones y examinó su obra. La herida había dejado de sangrar. Envolvió el pie con un paño limpio y se incorporó.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

Oddo se levantó con cuidado y dio unos cuantos pasos de tanteo.

—¡Con esto ando bien! —exclamó con una gran sonrisa, enseñando los dientes.

Thora estaba emocionada.

—¡Puedo curar sin los hechizos!

Canturreando feliz, Thora empezó a desherbar el campo con la azada. Oddo cojeaba tras ella, esparciendo las semillas de cebada. De pronto soltó un grito de enojo. Una bandada de estorninos se había posado en tierra y picoteaba alegremente las semillas recién sembradas.

—¡No! —protestó Oddo—. ¡Dejad en paz estas semillas! —Se acercó a los pájaros renqueando, agitando las manos y chillando. Las aves alzaron la cabeza y gorjearon en su dirección, pero no parecieron asustarse—. ¡Aquí! —añadió, echando un montón de semillas en un rincón del campo—. Venid aquí y comeos éstas.

Y con gran asombro de Thora, los pájaros le obedecieron.

Cuando terminó el día, Sigrid le dio a Thora un paquete de semillas tal como le había prometido. Camino de su casa, Thora iba meditando sobre el problema de dónde plantarlas.

I X MS

15. Huevos y plumas



Oddo y Thora se dirigían a la playa, balanceando las cestas que llevaban en las manos. *Peluda* corría tras ellos.

—¿Cómo está tu pie? —preguntó Thora.

—¡Muchísimo mejor! ¡Curas de maravilla! —respondió Oddo—. ¿Le preguntaste a tu padre sobre el huerto?

La sonrisa se esfumó del rostro de Thora.

—No fui capaz —dijo, meneando la cabeza—. Pero ya he decidido qué hacer. Lo plantaré en un espacio que despejaré en el bosque. Si voy con cuidado, no me verá.

Llegaron a la playa. *Peluda* corría entusiasmada, persiguiendo pájaros y ladrando a las olas. Thora sacó varias madejas de lana de su cesta y se las enrolló alrededor de los pies para que éstos se agarraran mejor a las resbaladizas rocas cubiertas de algas. Oddo la imitó.

Thora enseguida se puso a saltar de roca en roca y a tararear una canción.

Oddo se movía más despacio y precavidamente, con expresión concentrada.

Thora gritó algo y dejó la cesta en el suelo. Después, con las manos en las caderas, examinó la pared del acantilado. Oddo llegó a su lado y de mala gana siguió la mirada de ella. La costa rocosa se elevaba sobre sus cabezas. Todas las grietas estaban llenas de aves marinas, cuyos chillidos alborotaban el aire.

—Bien —dijo Thora.

Llevaba una cuerda enrollada al hombro. Ató un extremo a la cesta y las manos le quedaron libres. Se inclinó a un lado y gritó al oído de Oddo:

—Primero voy yo.

Oddo asintió. No se había atrevido a confesarle que nunca había trepado a un

acantilado. Bolverk siempre le decía que, si lo intentaba, se caería y se partiría la crisma, y Oddo sabía que era verdad.

Thora puso un pie en un diminuto saledizo de la pared del acantilado, probando el peso, y al mismo tiempo pasó las manos por la superficie de la roca buscando dónde aferrar los dedos. Mientras Oddo miraba, ella empezó a subir. De agarradero en agarradero, fue ascendiendo poco a poco. Por fin llegó a un saliente de la roca y se subió a él. Las gaviotas que allí anidaban graznaron indignadas y se fueron.

Oddo miró hacia arriba para ver qué pasaba. De súbito, la cesta de Thora apareció por el borde y descendió rápidamente hasta él. En el fondo había una pequeña provisión de huevos y plumas. Sin pausa y con cuidado, Oddo los trasladó a su cesta y dio un tirón a la cuerda. La cesta subió de nuevo dando bandazos y Thora volvió a aparecer, avanzando a tientas hacia arriba en busca de otro saliente.

La cesta bajó otras dos veces; después Thora comenzó a descender despacio. Por fin estuvo de nuevo en tierra, al lado de Oddo. Tenía la ropa, la cara y las manos cubiertas de estiércol de ave, manchas de hierba y polvo rocoso.

—¡Ahora te toca a ti!

Thora le dio a Oddo la cesta con la cuerda y aguardó con expectación.

Oddo inspeccionó la pared del acantilado y alcanzó a ver un hueco donde quizá podría poner el pie. Lo metió allí, y con la mano derecha se agarró a un saledizo. La roca se rompió. Oddo vaciló un instante, y acto seguido cayó hacia atrás y aterrizó sobre su trasero.

Thora se arrodilló a su lado y le preguntó al oído.

—¿Habías trepado alguna vez?

Oddo negó con la cabeza. Tenía las mejillas coloradas de bochorno.

—Nunca me han dejado. Estas cosas no me salen bien.

—En ese caso, volveré a subir yo —dijo ella—. ¡Estoy acostumbrada! Siempre trepo por los acantilados para coger huevos y aves marinas. ¡Si no, mi familia no comería casi nunca! Venga, devuélveme la cesta.

Thora alargó la mano para coger la cuerda.

—¡Un momento! —dijo Oddo, tirando de la cuerda bruscamente—. Puedo hacerlo yo.

—No, para ti es demasiado peligroso. ¡Te caerás y te harás daño!

Oddo no le hizo caso. Se levantó enfadado y miró de nuevo hacia la pared rocosa. Le seguía pareciendo muy alta, imposible de escalar. Colocó el pie en la misma grieta y se dio impulso con poca convicción.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Thora—. ¡Comprueba bien cada agarradero antes de apoyar todo el peso del cuerpo!

Oddo no miraba arriba ni abajo. Presionaba el cuerpo contra la superficie de la roca y apretaba los dientes. Y así fue avanzando poco a poco. Un frailecillo voló cerca de él y le sobresaltó con su sonoro chillido y el roce de sus alas. Oddo prefirió no pensar en qué pasaría si se caía ahora.

Entonces resbaló.

Su grito de horror quedó ahogado en una confusión de aire revuelto y agitación de plumas. Con gran asombro de Oddo, parecía que todas las aves del precipicio se lanzaban en picado hacia él, asiéndole la ropa y el pelo con los picos y las garras, batiendo el aire con las alas. ¡Lo sostenían! Pero pesaba demasiado para ellas... los dedos le resbalaban... De pronto el pie que tanteaba desesperadamente encontró un punto de apoyo en la roca. Lo puso allí y se impulsó hacia arriba, e inmediatamente alcanzó con la mano una espesa mata de hierba.

Oddo se arrastró hasta el saliente y allí quedó exhausto boca abajo. Oyó que las aves le decían adiós mientras se marchaban. Poco a poco fue percibiendo el mal olor de los excrementos de alrededor. Se incorporó con sumo cuidado y examinó el saledizo. Advirtió encantado que estaba lleno de nidos. Cogió un huevo y lo acunó en su mano. Todavía desprendía el calor del cuerpo de su madre. Durante unos instantes, Oddo se sintió culpable, pues sabía que las aves le habían salvado la vida, pero luego recordó las desdeñosas palabras de su padre: «No seas estúpido, chico, a las aves no les importa que les quitemos los huevos. ¡Ponen más y ya está!» Se descolgó la cesta de la espalda, la llenó con todos los huevos y plumas que pudo, y la dejó en el suelo. Después exhaló un suspiro.

«Con esto bastará —pensó—. ¡No treparé más arriba!».

Bajar fue más rápido que subir. ¡Era casi como deslizarse! Oddo sintió un gran alivio cuando notó que tocaba otra vez con los pies en tierra. *Peluda* saltó hacia él y casi lo derribó al intentar lamerle la cara.

Oddo se volvió hacia Thora. Ella lo observaba con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué estaban haciendo esas aves? —preguntó.

Oddo se encogió de hombros.

—Sólo asegurarse de que no cayera —contestó, intentando quitarle importancia. Luego apareció en su boca una enorme sonrisa socarrona—. Bueno, ¿qué te ha parecido? —preguntó, orgulloso.

Thora cruzó los brazos y puso un semblante severo.

—Qué suerte la tuya —dijo—. Cuando has empezado a caer, me he pegado un buen susto. —A continuación se agachó para coger su cesta—. Venga —añadió—, vamos a enseñar esto a tu madre.

Camino de la casa, Thora cogió unas cuantas hojas y llores de las hierbas que la abuelita necesitaba para sus brebajes, pero de repente se le ocurrió una idea mejor.

—¡Espera! —Se arrodilló en el suelo junto a una planta joven—. ¿Me dejas el cuchillo?

Oddo llevaba un pequeño puñal en el cinturón. Thora lo utilizó para cavar hábilmente alrededor de la planta y sacarla. Después la dejó con cuidado en la cesta, sobre los huevos.

—Voy a plantarla —anunció—. Mañana me tomaré el día libre y haré mi huerto.

IF RDTF DMT FMQR

16. El huerto secreto



A la mañana siguiente, Thora corrió a primera hora hacia el bosque, con su querida bolsa de semillas y su plántula entre los brazos. Sin embargo, unos minutos más tarde su entusiasmo ya se había desvanecido. No encontraba un solo lugar donde poder plantar las semillas. Sus hermanos y hermanas vagaban todo el día por el bosque recogiendo hierbas, varas y piedras para sus hechizos. Dondequiera que fuera, sabía que recibiría visitas. No podía ir a ninguna parte, a ningún sitio. Thora arrojó al suelo su precioso paquete y después se dejó caer pesadamente, triste y decepcionada.

Se quedó tan quieta que una liebre que salía de pronto de una zarza no reparó en ella. Thora volvió la cabeza y el animal se escondió asustado desapareciendo de su vista. En ese momento le hubiera gustado ser pequeña como una liebre para poder deslizarse bajo una zarza.

«Si pudiera cambiar de forma como Oddo, encontraría un lugar oculto para plantar un huerto», pensó.

Se puso en pie y se acercó al zarzal. Nunca se había dado cuenta de la gran superficie que abarcaba.

«¡Mayor que nuestra casa!», pensó.

Cogió una baya casi madura, pero hizo una mueca de desagrado al notar su sabor ácido.

«Si consiguiera despejar un espacio entre estas zarzas, podría hacer un huerto secreto —pensó Thora—. Nadie atraviesa por entre estas plantas llenas de pinchos. Pero ¿cómo lo haré para pasar yo?».

De súbito se acordó de cuando la liebre se escondió debajo. ¿Sería ésa la respuesta? Se agachó y buscó impaciente el lugar por donde había desaparecido el animal. Y al final lo encontró, un espacio entre las ramas y una parte del suelo más plana. Era demasiado pequeño para ella, desde luego, pero quizá pudiera agrandarlo.

«Si tuviera alguna herramienta...»

Thora recordó el pequeño puñal de Oddo y el hacha que utilizaba para cortar árboles, y al instante echó a correr por el bosque hacia la granja. Llegó en el preciso momento en que Sigrid cruzaba el patio. La mujer, sorprendida, miró a Thora.

—Creía que hoy no vendrías —dijo—. ¿No ibas a empezar con tu huerto?

17. El Cormorán



Como no había nadie que hiciera las labores domésticas, la casa de la colina estaba cada día más sucia y desordenada. Al cabo de poco tiempo todo el mundo iba cubierto por una espesa capa de grasa y porquería. Cuando se cayó la cortina de la puerta, nadie se molestó en poner otra. Todos los utensilios de la cocina acabaron con un revestimiento de mugre quemada. Para garantizar que dispondría de un puchero limpio para el desayuno y la cena, Thora debía esconder un caldero en el bosque mientras se ausentaba.

Algunas noches, Thora llegaba a casa y se encontraba a Finnhilda removiendo un brebaje negro y maloliente en uno de los calderos sucios; alzaba la vista con una sonrisa y decía: «¡Esta noche he hecho yo la cena!». Cuando sucedía esto, Thora fingía estar demasiado cansada para comer y se acostaba hambrienta. No quería arriesgarse a ingerir alguna seta venenosa ni ningún otro ingrediente incomedible que su madre arrojara a la olla. Antes de comer, la familia salmodiaba un hechizo que los protegería a todos contra los venenos y las enfermedades. Si eran demasiado pequeños, la abuelita les ponía las manos en la cabeza y pronunciaba el conjuro protector por ellos. Sin embargo, Thora recordaba nítidamente que la primera ocasión que tuvo que decir el hechizo, cuando cumplió seis años, sufrió después unos atroces dolores de estómago. Esa noche sospechó por primera vez que no tenía los mismos poderes mágicos que el resto de su familia.

A partir de aquel día, Thora se encargó de preparar las comidas.

Nadie le había enseñado a cocinar, así que fue aprendiendo sobre la marcha. Se consideraba afortunada por el hecho de que los miembros de su familia no repararan en lo que comían. No hacían comentario alguno sobre los gusanos en las setas, los picores de la ensalada de ortigas o la arena que les rechinaba en los dientes cuando comían algas mal lavadas.

Con el tiempo había ido haciendo progresos, y al final ya nadie se molestaba en decir un hechizo protector antes de tragar algo que hubiera cocinado ella. Hasta que comió en la casa de Oddo, pensaba que lo estaba haciendo bastante bien. Pero Sigríð le enseñó cómo conseguir que la comida fuera realmente sabrosa. La madre de Oddo conocía las hierbas adecuadas para echar en el estofado, de tal modo que uno ya se sentía satisfecho con el olor sin probar siquiera un bocado.

Todos los días que iba a la granja, Thora observaba cómo cocinaba Sigríð, y ésta, complacida por el interés de la muchacha, comenzó a enseñarle. Un día dejó que

Thora preparara un plato ella sola, y la elogió por el resultado.

—¡Aprendes muy deprisa! —dijo—. Además, para mi es una gran suerte que me ayudes en la cocina. Así puedo descansar un poco.

Thora resplandecía de contenta.

Ahora, Thora se despertaba todas las mañanas pensando ilusionada en el día que tenía por delante. Antes de ir a la granja iba en busca de una bolsa de agua y la llevaba al huerto. Examinaba impaciente la tierra, y el día que vio los primeros brotes verdes gritó alborozada. Se acostumbró a llevar encima una piedra afilada, a modo de cuchillo, para desarraigar las plántulas que encontraba en el bosque y llevarlas al huerto. El sol brillaba, y la tierra, cuando ella la acariciaba, parecía cálida y viva.

Un día, cuando llegó a la granja, observó que Sigrid vertía agua de mar en una ancha cacerola plana de esteatita y que después la ponía a calentar a fuego lento.

—¿Para qué es? —preguntó Thora.

—Fíjate.

Con gran sorpresa de Thora, el agua de la cacerola fue desapareciendo poco a poco, dejando una capa brillante de sal.

—Si Oddo pesca algunos peces, así podremos salarlos —explicó Sigrid.

A Thora le gustaba que Sigrid empezara a tener más confianza en las cosas que podía hacer su hijo. Éste y Thora le habían llevado varias cestas de huevos y plumas que habían recogido en los acantilados (no le dijeron que había sido Thora quien había hecho casi todo el trabajo). Oddo había acabado de esquilar las ovejas, y ahora éstas pacían alegres en los pastos de la montaña.

—Es un buen chico —decía Sigrid—. Pero no sé qué voy a hacer con todos estos huevos y plumas.

—¡Pensaba que eran para vender en el mercado! —exclamó Thora.

—Esto es lo que cree Oddo —dijo Sigrid, meneando la cabeza—. Pero Bolverk todavía está en cama, así que él no va a llevarlos, y cuando he preguntado a otros granjeros me han dicho que este año no van al mercado. En vez de eso, van a hacer una incursión con un *drakkar*^[1] que han conseguido. Así que ya ves, no hay modo de enviar nada al mercado. —Suspiró profundamente—. Aún no he tenido valor de decírselo a Oddo. Se está esforzando tanto...

Thora se quedó callada. Sabía, más incluso que Sigrid, lo desolado que se sentiría Oddo si veía que todos sus esfuerzos habían sido en vano.

Cuando llegó el chico, Thora le mostró la sal.

—¿Podemos ir a pescar esta tarde? —sugirió.

—Primero hemos de tener listo *El Cormorán* —dijo Oddo.

Durante los largos meses de invierno, la pequeña barca de remos permanecía varada en la orilla. Estaba cubierta con un montón de ramas y pieles de animales. Oddo empezó a quitar la protección, y Thora le ayudo entusiasmada. No había visto nunca un barco. *Peluda* también intentó participar.

Oddo se arrodilló junto a la barca. Thora le observaba deslizar los dedos a lo

largo de la madera combada y palpar bajo las tablas superpuestas.

—¡Uf! Noto un par de grietas —dijo, y se sentó sobre sus talones, con la decepción reflejada en el rostro.

—¿No puedes repararlas? —preguntó ella.

—Tenemos mucha lana para rellenar los agujeros, pero necesito brea para que quede pegajosa y sea impermeable. Mi padre siempre hace brea quemando leña de pino en un hoyo especial. Pero yo no sé hacerlo.

—¡Algo pegajoso! —exclamó Thora.

Pensó en el suelo de su casa, siempre cubierto de sustancias pringosas procedentes de pócimas y de varitas goteantes. Las ramas de aliso que se usaban como varitas mágicas a menudo exudaban una savia pegajosa. Thora tuvo una idea. Inspeccionó atentamente los árboles que los rodeaban. Sí, había un aliso, los reveladores glóbulos rojos destellando en el tronco.

—Ven aquí.

Oddo se reunió con ella.

—Si cortamos este árbol, obtendremos savia pegajosa —explicó—. ¿Podemos usarla en lugar de brea?

Oddo sacó el pequeño puñal de su cinturón y alargó la mano para dar un tajo al aliso.

—¡Un momento! —chilló Thora, asiéndole el brazo. Oddo la miró extrañado.

—¡Me acabas de decir que lo corte! —dijo él.

—Sí, pero primero has de preguntarle al árbol —aclaró Thora—. Si le haces exudar sin permiso, te traerá mala suerte.

Oddo echó una mirada de alarma al árbol.

—Eso no puede ser verdad —dijo—. Los campesinos cortan árboles cada día. — Pero entonces su semblante se tornó pensativo—. ¿Es otra de esas cosas que sólo pasan a la gente con poderes mágicos? —preguntó—. ¿Como lo de cavar la tierra y molestar a la gente menuda? ¡Tal vez por eso tengo tan mala suerte!

Thora se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo.

Oddo se volvió de nuevo hacia el árbol.

—Bueno, ¿qué he de decir?

Thora se hincó de rodillas y colocó las manos suavemente contra el tronco. Alzó la vista hacia Oddo, que estaba de pie mirándola.

—Ven —susurró ella—. Haz lo mismo que yo.

Oddo se arrodilló junto a ella, algo cohibido.

—Señor Árbol Aliso —dijo Thora—, perdónanos por el daño que vamos a hacerte. Por favor, ¿nos das un poco de tu savia?

Oddo repitió solemnemente las palabras de Thora. Pero cuando se puso en pie y aplicó la hoja del puñal contra el tronco del árbol, parecía nervioso.

—Ahora me siento como si fuera un asesino —gruñó.

—Adelante.

Apretó la hoja contra el árbol y logró atravesar la corteza. Después retrocedió. Ambos observaban la hendidura.

—No pasa nada —advirtió él.

—Espera.

En efecto, de la raja comenzaron a manar unas cuantas gotas de savia de color rojo y oro. Oddo fue corriendo a la casa en busca de unos mechones de lana. Después los hizo rodar en la savia, y a continuación, con la punta del puñal, los introdujo en las grietas que había entre las tablas de la barca.

—Parece que funciona —dijo Oddo—. Pero para comprobar si hay más vías de agua tendremos que sumergirlo.

En cuanto la savia se hubo endurecido, arrastraron *El Cormorán* a la orilla, donde se deslizó con un chapoteo convincente.

—¡Muy bien, todos arriba! —gritó Oddo.

Sujetó la barca mientras Thora subía a bordo con cuidado. *Peluda* la siguió, ladrando excitada. Por último, Oddo fue detrás y valiéndose de un remo alejó *El Cormorán* de la ribera.

—Te enseñaré a remar —dijo.

Thora aprendió enseguida, pero era difícil sincronizar las paladas, y los remos entraban y salían del agua a destiempo.

—¡Más deprisa! —gritaba Oddo.

—¡Más despacio! —decía ella.

Los remos se sumergían y salpicaban y la embarcación empezó a dar vueltas en círculos. Los dos amigos reían a carcajadas. *Peluda* retrocedió todo lo que pudo hasta la popa y los miraba atónita.

—¡Basta! —gritó por fin Oddo.

Descansaron los brazos y se quedaron quietos, intentando sosegar y recuperar el aliento. *El Cormorán* siguió lentamente la corriente río abajo. Poco después llegaron al lugar en que el río desembocaba en un fiordo. Oddo cogió la red de pesca y la lanzó al agua.

Al poco rato, Thora observó que había un charco en el fondo de la barca. Empezó a chapotear el agua con los pies, salpicando a ambos otra vez, y le dio de nuevo un ataque de risa tonta. En lugar de participar en la broma, Oddo comenzó a palpar inquieto las tablas.

—Me parece que hace agua —indicó—. Creo que tendré que reparar el casco un poco más. Será mejor que regresemos antes de que nos vayamos a pique.

Tiró de la red hasta tenerla en el suelo de la barca. Dentro había un montón de arenques plateados que no paraban de moverse. *Peluda*, asustada, soltó unos cuantos ladridos.

—¡Es fabuloso! —gritó Oddo exultante—. Tendrás que hacer mucha más sal. Voy a pescar todos los peces de este río. ¡Podremos comprar todo lo que queramos en el

mercado!

Thora no supo qué decir.

Ya con la barca varada, Oddo se echó la red a la espalda y la llevó a la casa. La arrastró dentro, vació los arenques en el suelo y se quedó junto a ellos con una mueca de orgullo, la ropa chorreando y apestando a pescado.

—¡Me estás poniendo el suelo perdido! —gritó Sigrid, aunque en realidad no parecía demasiado enfadada.

—Habría cogido más, pero he tenido que volver con *El Cormorán*. Hacía agua —explicó Oddo—. Lo arreglare y mañana saldré otra vez.

Sigrid echó un vistazo a los peces esparcidos por el suelo.

—No necesitaremos muchos más —dijo.

Oddo se quedó boquiabierto.

—¡Pues claro que necesitamos más! ¡Padre siempre lleva al mercado montones de pescado salado!

Thora vio que Sigrid respiraba hondo y le pasaba a su hijo un brazo por los hombros.

—Oddo —dijo con voz pausada—, tu ayuda ha sido muy valiosa. Has hecho mucho más de lo que yo hubiera imaginado jamás. Cuando despierte, tu padre estará muy orgulloso de ti. Pero no sirve de nada disponer las cosas para el mercado, pues no podremos llevarlas de ningún modo. Este año, ni Ulf ni los otros granjeros van a ir. Se han hecho con un *drakkar* y van a tomar parte en una correría.

Thora observó la mirada de consternación e incredulidad en el rostro de Oddo. Sabía que él estaba recordando el duro trabajo realizado durante las últimas semanas. El corazón le dio un respingo.

—¡Pues entonces tendremos que ir con nuestra barca! —proclamó Oddo resueltamente.

—Tu padre no se recuperará a tiempo, y yo tengo que quedarme aquí para cuidarlo. ¿Quién remarás?

—¡Yo! —contestó Oddo—. Conozco el camino. Todos los años he ido con padre y contigo.

—Vamos, Oddo, sé razonable. Para conducir remando *El Cormorán* hacen falta dos adultos —dijo Sigrid, que ya empezaba a impacientarse.

—Hoy Thora y yo lo hemos hecho —razonó Oddo.

Thora se acordó de los desacompañados golpes de remo y del modo en que la embarcación se movía en círculos.

—¡Pero Oddo, para ir al mercado no basta con navegar río abajo! —gritó Sigrid—. Está lejos. ¡Hay que recorrer el fiordo y luego bordear la costa!

—Sé que puedo hacerlo —insistió Oddo con profunda terquedad.

Thora percibió el dolor y el enfado de Oddo y se acercó a él.

—No seas ridículo, Oddo —dijo su madre.

El chico rechazó bruscamente el brazo de ella.

—¡No me crees capaz de hacer nada! —le reprochó, y salió corriendo de la habitación.

Sigrid se volvió hacia Thora.

—Habla con él —dijo—. A ver si entra en razón.

Thora siguió a Oddo de mala gana. Estaría molesto porque ella había visto la poca confianza que su madre tenía en él. Pero Sigrid estaba en lo cierto: Oddo carecía de la fuerza y la experiencia necesarias para hacerse a la mar con *El Cormorán*. Aunque... Thora pensó en el pasto lleno de ovejas toscamente esquiladas. Recordó la cara pálida de Oddo mientras estaba aferrado a la pared del acantilado, los ojos cerrados y los dientes apretados. Pensó en sus poderes mágicos. Quizá si lo hicieran juntos...

«Tal vez podría ir con él en la barca», se dijo.



18. La decisión de Thora



Pasaban los días y no daba la impresión de que Bolverk fuera a despertar. A la hora de comer, Sigrid le trituraba un poco de comida y se la metía entre los labios para mantenerlo con vida. Cada mañana, en cuanto se despertaba, Oddo miraba hacia la cama de sus padres con la esperanza de ver a su padre abrir los ojos. Pero eso no ocurría nunca.

—Antes quería que dejara de gritarme —le confesó a Thora—, y ahora daría cualquier cosa por oírle gritar de nuevo. ¡Esto significaría que se encuentra mejor! Cuando lo veo ahí tendido me siento fatal, y además sé que es culpa mía. Oh, ¿por qué me pondría a enredar con los hechizos? ¡Ojalá no tuviera poderes!

—¡No digas eso! —exclamó Thora—. Es una suerte tener poderes mágicos. Permite hacer toda clase de cosas.

—¿Qué cosas? ¿Usar la azada sin problemas? ¿Cortar un árbol sin sufrir represalias? ¿Que mi padre esté enfermo?

—¿Y qué hay del cambio de forma? ¿No estás contentó cuando lo haces?

—¡No! ¡Si no hubiera hecho un cambio de forma cuando perdí la piedra rúnica, no la habría encontrado, y no habría pronunciado ese infame hechizo! No voy a hacer magia nunca más.

—Eso ya lo veremos —dijo Thora.

Pero Oddo era testarudo. Cuando un día apareció empapado por el chaparrón que estaba cayendo, Thora lo miró atónita.

—¿Por qué no has hecho parar la lluvia? —pregunto.

—Ya te lo dije. No voy a hacer más magia —contesto malhumorado.

No obstante, Oddo siguió preparando cosas para llevar al mercado. Volvió a navegar por el río, y las manos de Thora acabaron enrojecidas y doloridas de salar los montones de peces que él cobraba. Oddo trabajó con ahínco en la barca, tapando las más diminutas vías de agua, engrasando la madera y los remos. Sigrid lo miraba con semblante severo.

—Oddo, no dejaré que vayas al mercado —le decía una y otra vez—. Es demasiado peligroso.

Los días estivales se alargaban cada vez más. Thora trabajaba todas las tardes en

su huerto secreto. Arrancaba malas hierbas, iba y venía por el angosto túnel con su bolsa de agua, y se quedaba maravillada ante las minúsculas hojas que iban brotando de los frágiles tallos de las plántulas.

Mientras trabajaba, pensaba en los planes de Oddo de ir al mercado. Si le decía que iría con él, quizá Sigrid le diera permiso. Pero Thora no quería dejar solos a sus preciosos retoños, que morirían si se quedaban muchos días sin agua. Además, navegar en aquella pequeña embarcación en medio del mar... Thora recordó las fuertes olas que azotaban los acantilados de la costa. Entonces pensó en la actitud resuelta de Oddo, e imaginó cómo sería verle sonreír con todos los dientes al descubierto si ella se ofrecía a acompañarle.

—He de hallar un modo de ir —dijo, y arrancó una mala hierba y la hizo pedazos.

Una tarde, mientras estaba arrodillada en el huerto, con la mirada fija en las plantas y preguntándose qué hacer, oyó las voces de sus hermanos más pequeños que jugaban en el bosque, al otro lado de las zarzas. De pronto se le ocurrió una idea.

—Padre —dijo Thora por la noche durante la cena—, ¿has estado alguna vez en el mercado?

—No. —Runolf negó con la cabeza—. El destino jamás me ha deparado la posibilidad de surcar los mares.

—Estoy pensando en ir con Oddo en su barca —soltó Thora sin darle importancia.

—¿Puedo ir? —preguntó Erik animado.

—No habría sitio para ti —explicó Thora, que estaba atenta a la reacción de su padre. ¿Le daría permiso para ir?

—Puesto que posees poderes mágicos —señaló Runolf mientras masticaba un trozo de alga seca—, no tienes que preocuparte por los peligros del mar. Puedes recurrir a conjuros para protegerte.

Finnhilda asintió.

—¡Te lo pasarás muy bien, Thora!

Thora los miró fijamente. ¡Ni siquiera les pasaba por la cabeza que ella no tuviera poderes!

Intentó seguir comiendo, pero apenas podía tragar. Reparó en que, de hecho, había estado deseando que sus padres no le dieran permiso. Ahora no tenía ninguna excusa para no ir.

Como de costumbre, la abuelita mostró su lado práctico.

—Necesitarás una capa mágica, para no ahogarte en caso de que te caigas por la borda. Después de cenar te enseñaré el conjuro y esta noche ya puedes empezar a tejer.

Thora soltó un suspiro. ¡Si el hechizo lo hacía ella no serviría de nada! Ojalá la abuelita se hubiera ofrecido para confeccionarle la capa. Entonces sí tendría algo mágico para protegerla.

La noche siguiente, antes de que la abuelita pudiera ponerla a trabajar de nuevo

en la inútil capa, Thora agarró a Ketil de la mano y lo sacó de la casa.

—Ven al bosque conmigo —le susurró—. Te enseñare un secreto.

Lo condujo por el túnel y le mostró orgullosa su querido jardín.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

La reacción de él fue decepcionante.

—¿Qué tienen las plantas de especial? ¡El bosque está lleno!

Lo que él quería era volver a meterse en el túnel.

—¡Qué divertido! —exclamaba, serpenteando hacia delante y hacia atrás y ensuciándose cada vez más.

Estaba muy orgulloso de que Thora le hubiera confiado su secreto y prometió regar el huerto diariamente cuando ella se marchara.

«Ahora puedo hablar con Sigrid», pensó Thora.

N

19. Un hechizo para la barca



Sigrid estaba de pie en la orilla observando cómo Oddo y Thora cargaban *El Cormorán*. Mientras ellos subían a bordo un bulto tras otro, meneaba la cabeza con perplejidad.

—¡Menuda cantidad de cosas que habéis preparado! —exclamó—. Aquí hay suficiente para comprar todo lo que necesitemos... si logras llegar. Oh, ¿cómo me convenciste de que te dejara ir?

Se llevó las manos a los labios con inquietud. *Peluda* había estado dando saltos arriba y abajo por la orilla, ladrando agitada. De pronto saltó a bordo y comenzó a curiosear por todas partes. Olfateó un barrilete de pesca salada, se frotó la cabeza contra los fardos de lana y trató de morder los quesos.

—¡Lárgate! —chilló Oddo.

Él y Thora intentaban a duras penas colocar el pesado arcón de madera que les serviría de bancada.

—¡*Peluda*, ven aquí! —gritó Sigrid.

Casi estaban listos para partir. Thora volvió a la orilla a buscar el saco de cebada y el puchero para cocinar durante el viaje. De repente se quedó inmóvil con los brazos cargados, la cabeza ladeada y el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó Oddo.

—Que no hay ningún hechizo pintado en el casco —contestó ella.

Oddo se encogió de hombros.

—Ya conoces a mi padre —explicó él—. No cree en conjuros mágicos.

—Podríamos pintar alguno nosotros —propuso Thora—, pero tardaríamos un poco y además tendríamos que esperar a que se secara la pintura. —Entonces se le iluminó la cara—. ¡Ya sé, en vez de eso podemos pronunciar un conjuro protector!

Volvió a subir a bordo y murmuró algo al oído de Oddo para que Sigrid no pudiera oírlo.

—Si lo hago yo, el hechizo no saldrá bien —susurró—, pero si lo haces tú, seguro que sí.

Sigrid había cogido a *Peluda* y la estaba alejando de la barca.

—¿Llevas teas para encender el fuego? —gritó.

Oddo asintió con la cabeza y dio unos golpecitos a la bolsa nueva que le colgaba del cinturón. Después le musitó a Thora:

—Ya no voy a hacer más magia, ¿recuerdas?

—Sólo es un hechizo protector —dijo Thora en voz baja—. Le preguntaremos a la abuelita cómo hacerlos para no equivocarnos. Ahora ayúdame a encontrar un sitio para esto. —El pesado puchero de hierro se le tambaleaba en los brazos.

Instantes después, Oddo y Thora corrían colina arriba.

Ketil salió chillando de la casa y se abrazó a las rodillas de Thora.

—Thora, ¿has cambiado de idea? ¿Te quedas? —preguntó lleno de excitación.

—¡Cuidado, que me vas a tirar! —exclamó ella, agarrándose a Oddo para no caerse.

Alertados por los chillidos de Ketil, los demás miembros de la familia fueron saliendo de la casa. Thora se agachó y le susurró a su hermano pequeño:

—No te olvides de regar las plantas... y asegúrate de cerrar la trampilla cada vez.

Un instante después estaba rodeada por toda la familia.

—Menos mal que has vuelto —exclamó Finnhilda—. No recordaba cuánta agua hay que ponerle a las gachas.

—¡Cabeza de chorlito, te has olvidado la capa para no ahogarte! —refunfuñó la abuelita, esgrimiendo un trozo de tela colorada. Le crujieron los huesos con estrépito.

—No te vayas —lloriqueaba Harald, tirando de su vestido.

—Sólo he venido a informarme sobre un conjuro —dijo Thora, alzando la voz por encima del alboroto—. Vamos a hechizar la barca.

—¡Traeré el pebetero! —gritó Erik mientras se precipitaba dentro.

—¡Yo te ayudaré con los ingredientes! —añadió Edith—. ¿Qué te hace falta?

Thora miró interrogativamente a la abuelita Hulda.

En cuestión de segundos, la paz del bosque saltó por los aires. Los niños correteaban entre los árboles, lanzando gritos de alegría cuando encontraban las hojas y los musgos que buscaban. La abuelita Hulda esperaba en el claro, señalando con el bastón los árboles y arbustos idóneos.

A Oddo se le escapaba la risa al ver la cara de Sigrid cuando una multitud de niños despeinados y mal vestidos descendió atropelladamente la colina hacia ella. *Peluda* ladró una emocionada bienvenida y empezó a bailar sobre sus patas traseras. Los niños llegaron a *El Cormorán* y saltaron a bordo pese a las protestas de Sigrid. La abuelita Hulda les dio órdenes con tono severo. Entonces salieron atropelladamente y empezaron a arrastrar la barca hacia la orilla. Cuando hubieron terminado, corrieron al bosque y se quedaron rondando por allí, susurrando y observando entre los árboles.

La abuelita entregó a Thora una cesta llena de hojas de zarzamora y de olmo.

—Desparrámalas alrededor de la barca —indicó.

Thora le pasó la cesta a Oddo.

—¡Serás cabeza de chorlito frito! ¡No sirve de nada que lo haga el muchacho! —dijo la abuelita—. ¡Él no sabe de hechizos!

Thora miró a Oddo alzando las cejas, pero no replicó.

—Lo haremos juntos —dijo—. Al fin y al cabo es su barca.

«En realidad es de mi padre —pensó Oddo—, que me mataría si me viera haciendo esto».

Sigrid parecía pensar lo mismo, y miraba inquieto hacia la casa. Oddo hundió la mano en la cesta pero la sacó al instante de un tirón.

—¡Ay! ¿Por qué hemos de utilizar hojas espinosas? —preguntó.

—Porque son las que protegen mejor, bobo —explico Thora.

—Pues yo no vuelvo a meter la mano ahí. Vaciémosla directamente.

—Bueno, supongo que también valdrá —dijo ella, indecisa.

Cuando hubieron terminado, la abuelita gritó:

—¡Edith!

La pequeña salió disparada del bosque.

—Hay que atar estos helechos en algún sitio de la barca —dijo la abuelita, e indicó el manojito que tenía Edith en la mano.

Thora sacó un mechón de lana de uno de los fardos y ató con él las plantas a la proa de *El Cormorán*.

—Y ahora el hechizo —dijo la abuelita alargando la mano.

En su palma había restos de musgo de un viejo abedul. Los echó con cuidado en el pebetero y lo balanceó con un lento movimiento circular. Una oscura espiral de humo y un fuerte olor a bosque impregnaron el aire.

Con olmo y zarzamora
y con musgo, y con helecho,
navega, barquito, ya es hora:
será un viaje de provecho.

La voz de la abuelita parecía más rota que de costumbre.

—Te toca a ti —le dijo a Thora, dándole el pebetero.

Thora dio un paso al frente, sin dejar de balancear el quemador.

—Vamos —le dijo a Oddo, y ambos dieron la vuelta alrededor de la barca salmodiando el conjuro al unísono.

—¿Habéis terminado? —preguntó la abuelita cuando los dos aparecieron de nuevo—. La barca ya está lista para zarpar.

Ávidos ayudantes se apresuraron a empujarla de nuevo al río. Gritaron de júbilo al entrar en el agua entre salpicaduras, que les mojaron a todos.

Pero cuando Oddo se dirigió a la embarcación, Sigrid lo agarró por los hombros.

—Oddo, no puedo dejar que lo hagas —dijo llorando—. No serás capaz de manejar *El Cormorán*. A tu padre y a mí ya nos resultaba difícil remar, y eso que te

doblamos en resistencia y tamaño. No, niños, vosotros no podéis hacerlo solos. Acabaráis arrastrados al mar o estrellados contra las rocas. —Lo abrazó con fuerza—. Oddo, no quiero perderte.

—Todo irá bien —dijo Oddo, la voz amortiguada por el delantal que le apretaba la boca—. Además, ahora la barca está hechizada.

—Oh, Oddo —dijo Sigrid con voz llorosa—. Ya sabes que tu padre no cree en esas tonterías.

Oddo se liberó como pudo del abrazo de su madre.

—He de ir al mercado —señaló—. Si no, no tendremos todas las cosas que necesitamos para el invierno.

—Nos las podemos arreglar —replicó ella—. Nos queda todo el pescado salado y el queso.

—¡No estoy dispuesto a comer todo el invierno sólo queso y pescado salado! —exclamó Oddo—. No te preocupes, todo saldrá bien.

Hacía lo posible para parecer tranquilo y seguro de si mismo, pero por dentro estaba hecho un manojo de nervios. Sabía que su madre tenía razón. Sabía que era una idea absurda y peligrosa, que él y Thora no podrían remar sin ayuda durante todo el camino hasta el mercado, y sin embargo... tenía que hacerlo. Por culpa suya ahora su padre se hallaba imposibilitado, de modo que le tocaba a él encargarse de aquello que su padre no podía hacer.

—¡Vamos! —Thora tomó a Oddo de la mano—. No te apures, Sigrid. Todo irá bien.

Al tomar asiento en la barca, Oddo echó un vistazo a la orilla. Los hermanos de Thora saltaban sin parar, agitando las manos y gritando entusiasmados. Y en medio de ellos se veía a Sigrid, con expresión triste y preocupada.

—Marchémonos ya —gruñó Oddo.

Agarró su remo y lo hundió resuelto en el agua.

Pero Thora agitaba el suyo en una alegre despedida mientras *Peluda* brincaba de un lado a otro, ladrando excitada. *El Cormorán* trazó un arco incontrolado y chocó contra la orilla.

—¡Sentaos! ¡Los dos! —chilló Oddo, desatracando de nuevo la barca.

Lágrimas de turbación le escocían los ojos. Esta vez no se atrevió a mirar atrás mientras la pequeña embarcación daba bandazos río abajo.

TF3 <Q>SFS

20. Contratiempo en el mar



Thora y Oddo no necesitaron mucho tiempo para aprender a sincronizar sus paladas y mantener un ritmo regular y suficiente. Cuando Oddo hundía el remo en el agua y *El Cormorán* respondía deslizándose sin sacudidas, se sentía embargado por una sensación de poder y orgullo. Brillaba el sol de última hora de la tarde y hacía calor, el agua chispeaba y *Peluda* permanecía imponente en la proa como un mascarón vivo. De vez en cuando descansaban un poco y dejaban que la corriente arrastrara la embarcación.

—¿Qué es aquello? —preguntó Thora, indicando algo que ondeaba a lo lejos por encima de los árboles.

—¡Parece una bandera! —dijo Oddo.

Doblaron un meandro del río.

—¡Atiza! —exclamó Thora—. El *drakkar*.

La bandera negra y dorada flameaba en un alto mástil. Una vela recogida, de color rojo sangre, se extendía a lo largo del botalón. El barco estaba pintado de negro; era largo, estrecho y siniestro como la hoja de una espada. La proa estaba adornada con una gran cabeza de dragón.

Ulf y sus compañeros estaban embarcando escudos, lanzas, alabardas y picas. Llevaban yelmos metálicos puntiagudos y, en vez de las habituales ropas para trabajar el campo, jubones de piel. Oddo y Thora se quedaron callados. Él se preguntaba cómo sería participar en una incursión guerrera. Cruzar el mar e ir a tierras extrañas sería emocionante, pero amenazar a la gente con espadas y robarles sus objetos de valor... no, prefería el comercio.

Arrastrado por la corriente, *El Cormorán* pasó por delante del barco del dragón y Oddo empuñó el remo con decisión.

—Vamos —dijo—. A moverse. Nosotros vamos al mercado.

El río desembocó en el fiordo, y muy pronto tuvieron el mar ante ellos.

—¡No es nada difícil! —gritó Thora con alegría.

Pero en cuanto se hallaron en el mar, comprendieron por qué Sigrid estaba tan

preocupada. Las olas eran como ogros furiosos azotando *El Cormorán*. Una y otra vez alzaban la pequeña barca como si la quisieran lanzar contra los rocosos acantilados para dejarla caer de nuevo con una zambullida que les producía náuseas. Parecía inútil remar; por mucho que se esforzaran desesperadamente por avanzar, un viento fortísimo los echaba hacia atrás, y sufrían sin descanso los azotes del agua salada.

Oddo miró a Thora, que se había puesto muy seria.

Peluda soltó un gañido, vomitó a los pies de Thora y se refugió asustada entre los fardos de lana.

Oddo estaba impaciente por tener un momento de reposo, pero sabía que sólo remando con todas sus fuerzas tenían alguna posibilidad de dirigirse al sur, donde querían ir. Si se daban por vencidos, serían arrojados a las rocas o barridos en la dirección contraria.

Por fin, Oddo divisó un tramo llano de playa.

—Desviémonos a ese lado —dijo resollando.

Levantaron los remos y dejaron que el oleaje los arrastrara a la playa. La pequeña embarcación resbaló sobre la superficie arenosa y chirrió hasta detenerse cuando el mar retrocedía. Oddo se precipitó por la borda y gritó a Thora que se bajara. Arrastraron la barca playa adentro, fuera del alcance de las olas, y se desplomaron exhaustos. Oddo tragaba aire en bocanadas ásperas y ruidosas. Las manos le ardían de dolor.

Peluda asomó una tímida nariz por la borda de la barca y lo observó inquieta. Entonces saltó a tierra y comenzó a lamerle la cara. Él se la quitó de encima.

Thora se puso en pie, tambaleándose, y miró a su alrededor.

—¡Nunca había estado tan lejos de casa! Esto no parece muy distinto.

Oddo se la quedó mirando, boquiabierto.

—Es que no estamos muy lejos de casa —puntualizó.

Thora frunció el ceño.

—¿Cómo que no estamos muy lejos? ¡No hemos parado de remar!

Oddo soltó un bufido.

—Sí, para no llegar a ningún sitio. El viento y la corriente nos empujaban en la dirección contraria. Mi madre tenía razón. Nunca lo conseguiremos. ¡Sería más fácil ir al mercado nadando que con una barca de remos!

Se levantó refunfuñando y se dirigió a la pequeña embarcación con andar vacilante. Notaba los pies pesados, y parecía que la tierra subía y bajaba como las olas.

—Creo que tendremos que pasar la noche aquí. Mañana intentaremos regresar.

—¿Quieres abandonar?

Oddo estaba demasiado preocupado para contestar. Alzó el brazo por encima de la borda y sacó su manta de piel. Arrugó la nariz asqueado. Estaba mojada de agua y apestaba al vómito de *Peluda*. También su ropa estaba empapada. Lo más razonable

era sacar ropa seca del arcón, pero le faltaba el ánimo necesario. Dejó caer la manta en la playa, se envolvió con ella y se quedó dormido.

En su sueño remaba otra vez. Ahora no había tierra la vista, sólo el mar infinito. No podía dejar de remar. Tenía que seguir, para siempre jamás...

—¡Oddo! ¡Oddo!

Unas manos lo zarandeaban con brusquedad para despertarlo.

Oddo abrió los ojos. El cabello de Thora le hacía cosquillas en la mejilla, y notaba su aliento cálido en la oreja.

—¡Oddo, tengo una idea!

Una luz gris impregnaba el aire. El muchacho cerró los ojos y meneó la cabeza.

—¿Es por la mañana o por la noche? —preguntó—. ¿Cuánto he dormido?

—Es por la mañana, y has dormido toda la noche. Escucha, dijiste que sería más fácil ir al mercado nadando...

—¡No lo decía en serio! —Oddo abrió los ojos de golpe, consternado.

¿Qué absurda idea se le había ocurrido a Thora esta vez? Ella era consciente de que él no sabía nadar. Sólo había estado en el agua una vez, el día que se cayó por la borda. Se le representaron las imágenes con aterradora viveza: la asfixiante oscuridad, el pavor, y el súbito alivio cuando la poderosa mano de Bolverk lo agarró del pelo y tiró de él hasta la superficie. Su padre, con sus gruñidos y cara ceñuda, que estaba allí para cogerlo cuando cayó... Bolverk, que yacía en cama como un muerto por la insensatez de Oddo...

—¡Oddo, no me estás escuchando! —La voz chillona de Thora interrumpió sus pensamientos—. Sé que tú no sabes nadar —prosiguió—, pero ¿si fueras un pez, una foca o algo así? Entonces sí podrías nadar hasta el mercado. ¡Es fácil!

—Pero yo no soy un pez ni una foca ni... —De repente Oddo cayó en la cuenta de lo que Thora quería decir— ¡ni una medusa danzarina! ¿Te refieres al cambio de forma? —preguntó.

Empezó a incorporarse y, acto seguido, gruñó de dolor. Tenía todos y cada uno de los músculos del cuerpo entumecidos y doloridos.

—Si te mueves, te sentirás mejor —aconsejó Thora—. Bueno, ¿qué te parece mi idea?

Oddo vaciló.

—¿Cómo llevaremos las cosas? ¿Y qué pasa contigo y con *Peluda*?

—¡Vamos en la barca y tú nos remolcas!

Thora parecía muy orgullosa de sí misma.

Oddo frunció el entrecejo. ¿Podía salir aquello realmente bien?

—Encendamos una hoguera y desayunemos; después probamos —dijo Thora.

En la playa había diseminados unos trozos de madera de deriva, pero estaban demasiado húmedos para hacer fuego con ellos. Oddo y Thora se metieron tierra adentro. En poco rato recogieron un haz de leña y hojas secas que llevaron a la playa. Conforme al ceremonial de costumbre, Oddo sacó de la bolsa sus herramientas para

hacer fuego. Con los dedos doloridos y agarrotados, golpeó el hierro contra el pedernal. Al tercer intento, una chispa diminuta cayó en una de las hojas secas y se convirtió en una llama trémula. Thora la sopló suavemente para hacerla crecer. Una ramita crepitó y cobró vida, y pronto el montón entero ardía alegremente.

Oddo se apoyó satisfecho en los talones. En ese preciso instante apareció *Peluda* dando brincos, con un pescado podrido colgándole de la boca. Dejó caer su presa a los pies de Oddo y trató de lamer la cara de Thora con la apestosa lengua oliendo a pescado. Oddo y Thora se pusieron en pie de golpe, soltando exclamaciones.

—¡Aaag!

—¡Puagg!

—Eres asquerosa, *Peluda* —dijo Thora.

Oddo mandó el pescado podrido al fuego de un puntapié. Pronto el olor a asado impregnó el aire y los ruidos del estómago le avisaron de que tenía hambre.

—¿Qué hay para desayunar? —preguntó impaciente.

—Lo que encontremos —respondió Thora.

Acto seguido, colocó la olla sobre el trípode en el fuego, agarró la bolsa de agua y un puñado de cebada del bote y lo echó todo dentro. A continuación, con gran sorpresa de Oddo, cogió algunas ristras de algas que había en la playa, las enjuagó con agua de mar y las tiró también a la olla.

—Vamos —dijo dándole a Oddo la bolsa de agua—. Hemos de encontrar un río para llenarla otra vez.

Mientras buscaban un río, Thora andaba todo el rato agachada, observando plantas y flores. De vez en cuando arrancaba algunas hojas, que a su regreso a la playa añadió a la olla. Oddo echó más leña al fuego.

—¿Cuánto falta para comer? —preguntó.

—Bueno, si no te importa que la cebada esté un poco dura y correosa, podemos comer ya —respondió Thora.

Fue a la barca en busca de los cuencos y las cucharas y sirvió el guiso.

«Espero que no sea venenoso», pensó Oddo. Pero tenía demasiada hambre para preocuparse por eso. Cogió una cucharada, sopló un poco porque quemaba, y la engulló rápidamente. Al cabo de un rato comenzó a acostumbrarse al sabor. Aquello estaba caliente y llenaba mucho. Terminó de comer y lamió el cuenco hasta dejarlo limpio.

—¡Para qué lavarlo! —dijo.

Thora parecía complacida.

—Me alegro de que te haya gustado —dijo—. Ahora carguemos otra vez todo en la barca, y hagamos tu cambio de forma.

WFSFX

21. Una varita mágica y un camino



—Primero —dijo Thora—, necesitamos una varita para trazar el círculo mágico.

Se apresuró de nuevo hacia los árboles.

—¡Thora!

Oddo intentó hacerla volver, pero ella no le hizo caso. Pues muy bien; se sentó a esperarla. Pensó en la noche en que había estado buscando su piedra rúnica y al cambiar de forma se había convertido en un perrito. Lo había hecho sin varita mágica ni ningún conjuro estrafalario; sólo marcó un círculo con el pie y todo salió bien. El cambio de forma no era difícil.

Volvió a aparecer Thora, arrastrando una gran rama seca y sosteniendo un ramillete de fragantes flores blancas. Dejó caer la rama frente a él.

—Podías haber venido conmigo y ayudarme —le dijo—. Debes escoger tu propia varita. He tenido que arrastrar esta rama hasta aquí para que puedas cortar la ramita que vayas a utilizar en el hechizo.

—No necesito varita —objetó Oddo—. He intentado decírtelo, pero no me has escuchado. Una noche, en mi casa, hice un cambio de forma por mi cuenta y no usé ninguna varita. Tracé el círculo con el pie.

—¡Oddo! —dijo Thora, alzando la voz—. ¡Con la magia no se juega! No es ninguna broma. Puede ser muy peligrosa. Si haces un cambio de forma sin un círculo mágico, entonces no hay nada que proteja tu verdadero cuerpo mientras adoptas la forma nueva. No puedes ir nadando al mercado y dejar aquí tu cuerpo indefenso. ¡Podría pasarle cualquier cosa!

—Bueno. —Oddo examinó la rama y partió una ramita corta y recta—. ¿Servirá ésta? —preguntó.

—Sí, está bien. Ahora tienes que inventar un conjuro para que sea mágica.

Oddo puso los ojos en blanco.

—Es como el que hiciste para aquella herramienta con la que fabricaste la piedra rúnica. —Thora comenzó a separar las flores—. Son flores de serbal. Buenas para dar protección. Ponías en un círculo alrededor de la varita. A ver, ¿recuerdas los versos que hicimos para el buril?

«No lo hicimos nosotros —pensó Oddo—. Lo hice yo».

—Sí —respondió en voz alta, y se puso a recitar:

Magia del suelo, magia del viento,
¡toca este buril y dale tu aliento!

—De acuerdo —dijo Thora—. Deberías cambiarlo un poco para poder utilizarlo para la varita. —Frunció el ceño—. La verdad es que nos iría bien tener un pebetero, pero una ramita de enebro encendida ya servirá.

Arrancó una rama de un arbusto cercano y la prendió en la hoguera. Oddo cogió la rama con la mano y se concentró en la pequeña varita colocada en su anillo de flores de serbal. Una espesa nube de humo perfumado del enebro encendido flotaba hacia Thora, que se tapó la nariz y trató de alejar el humo con la mano. *Peluda* se acercó corriendo a ver qué pasaba. Agachó la cabeza para oler una flor de serbal, abrió la boca y la mordió antes de que Oddo pudiera detenerla.

—¡Maldita perra! —gritó Thora, que se puso a toser. Agarró a *Peluda* y la sujetó con fuerza—. Muy bien, empieza —dijo refunfuñando.

Oddo cantó enseguida:

Magia del suelo, magia del viento,
¡toca esta ramita y dale tu aliento!

Thora seguía tosiendo.

—¿Qué tal? —preguntó.

Thora asintió y lo miró con ojos llorosos. Oddo notó de pronto un agudo dolor en la mano. ¡La ramita ardiente se había consumido hasta llegar a las puntas de los dedos!

—¡Ay! —Oddo arrojó la varita al suelo, agitó la mano enérgicamente y se llevó los dedos a la boca.

—¡Cuidado! —chilló Thora, salvando la varita antes de que ardiera.

—¿Lo ves? —dijo Oddo—. ¡Siempre que intento hacer magia, algo sale mal!

—Bobadas —replicó Thora—. Haces tonterías y entonces le echas la culpa a la magia. —Le alargó la varita—. Ahora haz el cambio de forma. Pero aguarda a que me meta en la barca.

Oddo cogió de mala gana la varita y miró hacia *El Cormorán*. Por la noche había bajado la marea, y la barca estaba varada, seca, en la playa.

—Primero deberíamos empujarla hasta el borde del agua —dijo Oddo.

La dejaron en la orilla, con una cuerda colgando de la proa.

Thora y *Peluda* subieron a bordo y observaron cómo Oddo se agachaba para trazar un círculo en la arena mojada. De repente se paró.

—Un momento —dijo—. Si cambio de forma aquí, ¿cómo me convertiré en un chico cuando lleguemos al mercado? ¡Mi verdadero cuerpo estará aquí, en la arena!

Saltó al bote con Thora y *Peluda*.

—¡Tendré que hacerlo aquí! —añadió.

Thora retrocedió todo lo que pudo sujetando a *Peluda*. Oddo apoyó el extremo de la varita en el suelo. Se detuvo de nuevo.

—Pero esto va a arder —indicó, mirando preocupado a Thora—. ¿Se quemará la barca?

Thora meneó la cabeza.

—No pasará nada —contestó con firmeza—. Es un fuego mágico.

Oddo empezó a marcar un círculo pequeño. Cuando las llamas brotaron del suelo de *El Cormorán*, le invadió una sensación de poder. *Peluda* ladraba agitada. El calor fluyó por el brazo de Oddo e invadió su cuerpo, como si todo él estuviera ardiendo. Pero esta vez no hacía daño, ni olía a madera quemada.

—¿Funciona? —preguntó Thora.

Oddo alzó la vista, sorprendido. Había olvidado que Thora no podía ver las llamas mágicas. Asintió y le dirigió una amplia sonrisa.

Cuando el círculo estuvo terminado, Oddo dejó la varita en el suelo y se sentó en el centro, con la espalda apoyada en el arcón. Cerró los ojos un instante.

«Algo que nada», dijo para sus adentros.

A continuación abrió los ojos y miró expectante las llamas. Le sorprendió que no se elevaran como de costumbre. En realidad parecía que se consumían lentamente. Entonces descubrió la causa. Por la borda caía agua que mojaba el suelo. ¡Estaba apagando el fuego! ¡La magia no saldría bien!

El agua empezó a derramarse más deprisa. Oddo intentó ponerse en pie, avisar. Pero era incapaz de moverse o de gritar. Sólo podía mirar impotente cómo un enorme muro de agua se alzaba y se arqueaba sobre la embarcación. Oddo vislumbró asombrado por última vez a Thora, allí sentada, sonriendo y sin darse cuenta de nada, antes de que la ola cayera encima de él con gran estrépito. El agua se precipitó con tal violencia sobre su cabeza, que el remolino lo succionó de la barca. Incapaz de resistir, sin fuerza en las manos para agarrarse a nada, cayó por la borda al mar. Entrevió una foca destellando a través del agua verde oscura. Después notó que su cuerpo era cada vez más fuerte. Y empezó a deslizarse, a moverse con sus... aletas. Al ver pasar un pez, instintivamente abrió la boca y se lo tragó. Luego ascendió a la superficie para aspirar una bocanada de aire. Miró hacia la costa: la barca seguía en la playa.

«¡La magia ha funcionado de verdad! —pensó—. Me he convertido en una foca. Y allí están Thora y *Peluda* y *El Cormorán*, esperándome».

Volvió a sumergirse en el agua y observó alrededor, estupefacto. Había allí todo un mundo que no había visto antes. Tras las ramas de coral y las espesas algas vislumbró pequeños espadines plateados, estrellas de mar de brillo anaranjado, erizos cubiertos de púas y langostas de fuertes pinzas. Y latiendo contra sus oídos, los

sonidos que hacían todos al absorber y masticar su comida. Se moría de ganas de explorar, pero el recuerdo de la barca en la playa lo disuadió de ello, y de mala gana tomó la dirección de la orilla.

TF RNF NMT FMQR

22. Bajo las olas



Cuando Oddo tocó la arena, se sintió torpe y pesado. Al intentar avanzar, le pareció que sólo se balanceaba arriba y abajo. Finalmente, retorciéndose sobre su estómago y escarbando con sus patas delanteras comenzó a desplazarse de forma desmañada. Alcanzó la cuerda de remolque que colgaba de *El Cormorán*, la agarró con los dientes y regresó al agua.

Al meterse de nuevo en el mar se sintió invadido por una oleada de entusiasmo. ¡Se ponían en camino! Agitó la cola con alegría, giró para que la costa quedara a su izquierda y empezó a nadar.

Casi al instante notó una sacudida que casi le arrancó los dientes, y tuvo que pararse. ¡La cuerda estaba tirante, pero la embarcación no se movía!

Oddo sacó la cabeza del agua y miró hacia la playa. *Peluda* ladraba inquieta. Thora observaba el mar, con la expresión severa y los ojos entornados. De súbito agitó la mano alegremente sin fijarse en nada concreto y gritó:

—¡Vale, Oddo, estamos listas!

Oddo se volvió y lo intentó otra vez. Notaba que todos los músculos de su cuerpo se hinchaban por la tensión y que le dolían las mandíbulas. Pero *El Cormorán* seguía sin moverse.

Soltó la cuerda de la boca. Regresó a la playa y se arrastró, agotado y decepcionado, por la húmeda arena. *Peluda* le ladraba desesperada, las patas delanteras apoyadas en la borda. Thora seguía mirando al mar. Él le soltó un graznido, pero ella no se volvió; entonces Oddo reparó en que Thora no podía oírle ni verle. Abatido, se quedó tendido en la arena.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —gritaba Thora.

«Nada —pensaba Oddo—. Nada. No puedo hacerlo».

Cuando el borde de una ola lamió la arena, Oddo notó la suave espuma del agua. Instantes después, una ola entera lo mojó por completo. Se volvió sorprendido. ¡Se había olvidado de la marea! Miró hacia *El Cormorán*, que estaba rodeado por más agua. Quizá si lo intentaba nuevamente... Graznando entusiasmado, Oddo chapoteó hasta volver a agarrar la cuerda con los dientes y tiró con toda su fuerza. ¡Ahora sí!

Esta vez sintió que el peso de la barca se aligeraba y abandonaba la playa.

El ruido de *El Cormorán* liberado retumbaba y resonaba en el agua. ¡En el mar todo se oía con una fuerza atronadora! Se oía incluso el sonido de una medusa moviéndose zigzagueante.

Al principio era difícil mantener la cuerda sujeta. Las olas batían la barca y la cuerda se meneaba y retorció en la boca de Oddo. Pero poco a poco logró mantener un ritmo constante. Aprendió a ascender y descender conforme a la cadencia de las olas, y pronto la pequeña barca se deslizó tras él sin altibajos. Su magnífico y aerodinámico cuerpo surcaba el agua sin apenas prestar atención a la corriente que empujaba en la dirección contraria.

Se sorprendió a sí mismo nadando a través de un bosque de algas marrones ondulantes, con cientos de peces diminutos pasando por entre las hojas. ¡Menudo atracón se daría si abriera la boca! Pero la mantuvo totalmente cerrada, sujetando la cuerda.

Cada pocos minutos abandonaba su mundo verde azulado para subir a la superficie y aspirar una bocanada de aire. Al mediodía, la luz que daba en el agua casi lo cegaba, pero a medida que avanzaba el día, la superficie se volvía cada vez más mate y gris.

«Casi es de noche —pensó Oddo—. Thora esperará que vare la barca, pero no puedo. Si lo hiciera, a lo mejor sería incapaz de abandonar la arena».

Cayó en la cuenta de que tendría que nadar día y noche hasta llegar al mercado. Thora querría cocinar algo, tenderse en una playa y dormir cómodamente. Bueno. De todos modos tenía a bordo pesca salada y queso en abundancia. Al menos podría comer.

«¡En cambio yo no!», pensó Oddo afligido mientras observaba un banco de peces que pasaba ante sus narices.

Cuando anocheció, el agua se volvió verdinegra. Daba miedo. Oddo se puso a imaginar tiburones hambrientos que se le acercaban en la negrura. Alrededor todo eran sonidos de gorgoteos procedentes de criaturas invisibles. Largas hebras de sargazos temblaban contra su cara. Algunas esponjas exhibían su blanco resplandeciente en el fondo marino. Un enorme lucio surgió súbitamente de la penumbra y con sus prominentes mandíbulas se zampó un pez que pasaba por allí. Seres minúsculos emitían destellos de luz, como estrellas lejanas y hostiles.

Cada vez que subía a la superficie a respirar, Oddo echaba un vistazo a *El Cormorán*. Su casco corto y rechoncho, que se estrechaba en ambos extremos, tenía un aire familiar y reconfortante.

Poco a poco, el agua se fue haciendo más diáfana. Estaba amaneciendo. Oddo empezó a nadar más deprisa, impaciente por llegar al mercado lo antes posible. Se sorprendió deslizándose por un arrecife de coral rojo, entre cuyas ramas permanecían agazapadas estrellas de mar de extraño aspecto, atrapando diminutos camarones con sus brazos de araña. Unas anémonas agitaban blandos tentáculos rosas. Un alargado

pez en forma de anguila pasó como una exhalación, con una franja blanca en el costado como una pincelada de pintura.

«¡Te echo una carrera!», pensó Oddo.

Pero al cabo de un rato comenzó a notar la molesta sensación de que lo seguían. Volvió la cabeza para mirar atrás. No, no se veía nada. Sin embargo, por el rabillo del ojo vislumbró una sombra que se escabullía. Se volvió al otro lado, presa de inquietud. ¿Qué lo perseguía furtivamente? Aminoró la marcha y se dejó ir, trazando un círculo cauteloso para explorar el entorno. Allá abajo se movía una luz trémula. De repente, desde las aguas más oscuras y profundas, se hizo visible un enorme bulto gris. ¡Era un tiburón, y venía directo hacia él!

CFRMYM

23. Thora sola



Thora sabía que Oddo seguramente había cambiado de forma. El chico apoyado en el arcón tenía en el rostro una mirada fría y hueca, y en el fondo no se parecía a Oddo. Se sentía incómoda ante él. Se agachó en la proa de la embarcación, abrazada a *Peluda* y manteniéndose todo lo alejada posible de aquel anillo de fuego que no podía ver. Parecía que no pasaba nada. La barca seguía varada en la arena. Se arrodilló con cautela para mirar por la borda.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —gritó.

Thora acarició a la perra y observó la playa vacía. Suspiró. ¿Qué estaba haciendo Oddo? ¿Por qué tardaba tanto? De pronto notó que la barca temblaba. Miró hacia el mar, llena de inquietud. La cuerda estaba tensa, como si alguien estuviera tirando de ella, y la barca se movió lentamente. En unos instantes estuvieron de nuevo en el mar. Thora soltó una exclamación de júbilo.

Al principio, la barca se agitaba y serpenteaba, y no parecían avanzar demasiado, pero luego empezaron a deslizarse más rápido. Thora se puso en pie y se apoyó en la proa. Se echó a reír cuando la barca avanzó a toda velocidad. Se le deshicieron las trenzas, y el pelo ondeó al viento. Finas gotas le azotaban la cara y notó el sabor a sal en la boca.

Y siguieron adelante, los bosques de pinos y abedules dieron paso a árboles diferentes con vistosos frutos y hojas. *Peluda* se quedó dormida. Thora contemplaba la costa que iban dejando atrás y lamentó no poder bajar a tierra y explorar. Comenzó a aburrirse y a sentir hambre. El sol estaba bajo en el cielo. Probablemente, Oddo vararía pronto la barca para que ella pudiera descender y cocinar algo. Pero el cielo se volvía cada vez más oscuro y *El Cormorán* proseguía su marcha.

Hacía más frío. Thora se dejó caer pesadamente y se arropó con su capa. Era la capa roja que debía evitar que se ahogara. Sabía que en realidad eso no iba a ser así, pues el hechizo lo había hecho ella, pero al menos le daba calor.

Peluda se despertó, y después de desperezarse se dirigió a la parte posterior de la barca. Thora observó nerviosa mientras el animal cruzaba el círculo mágico; pero no sucedió nada. *Peluda* hurgó en sus provisiones de comida, y luego se volvió hacia Thora y soltó un ligero quejido. Thora se agarró las manos con fuerza. Al parecer, ella también debería atravesar el círculo mágico si querían comer. Se arrastró hacia delante con cuidado, procurando pasar lo más lejos posible de Oddo. *Peluda* la recibió entusiasmada, lamiéndole la cara y echándole las patas encima mientras ella

intentaba abrir el barrilete de pesca salada. Al no encontrar nada que sirviera de palanca para levantar la tapa, acabó dándose por vencida y pasó a los quesos, que estaban envueltos con trapos y fuertemente atados con cuerda. Al final logró sacar uno valiéndose de las uñas y los dientes. *Peluda* lo compartió entusiasmada y se puso a dormir de nuevo. Thora se apoyó en el cálido cuerpo del animal y echó una cabezada. Pero incluso en sus sueños fue consciente del balanceo de la embarcación y de la dureza del suelo de madera.

El frío y la incomodidad la despertaban una y otra vez. Echaba de menos los sonidos nocturnos de su familia: las divertidas respiraciones ruidosas, los ronquidos, la incesante agitación. Anhelaba incluso la sensación de que Astrid forcejeara con ella para tener más trozo de la colcha de piel. Le escocían las lágrimas en los ojos. Ya era hora de pensar en algo alegre.

—*Peluda*, ¿cómo crees que estarán mis plantas?

El animal enderezó las orejas pero no contestó.

—¿Crees que Ketil se va a acordar de regarlas cada día?

Y aunque se acordara de regarlas a diario, ¿sería capaz de mantener lo del huerto en secreto? Era muy pequeño, todavía no había cumplido cuatro años. Aún tenía la piel suave de un bebé. Ojalá estuviera con ella en la barca para darle un fuerte abrazo. ¿La echaría él de menos?

La luz rosada de primera hora de la mañana llenó el cielo por completo. Thora se dio por vencida y se resignó a no dormir. Tenía mal sabor de boca y la garganta seca. Estiró sus doloridos miembros y lo revolvió todo en busca de la bolsa de agua.

—Creo que para desayunar también hay queso —le dijo a *Peluda* mientras escogía otro—. Espero que lleguemos pronto al mercado, o no nos quedará nada para vender.

El Cormorán surcaba el agua a toda velocidad. Thora se inclinó por la borda y lamentó no ver qué criatura estaba tirando de ellos. De repente, la barca se detuvo con una sacudida. Giró a un lado y empezó a retroceder a la deriva empujada por el viento y las olas. Pasando por alto el círculo mágico, Thora se precipitó adelante y se colgó de la proa, donde advirtió consternada que la cuerda de remolque estaba suelta. ¿Qué le habría sucedido a Oddo? Thora miró las olas fijamente, forzando la vista, desesperada por averiguar qué pasaba. Una aleta asomó en el agua justo al lado de la barca. ¡Un tiburón!

Thora sintió que el corazón le daba un vuelco. Se agarró a la borda y miró impotente cómo la amenazadora silueta daba vueltas alrededor de ellos. A su mente acudieron aterradoras imágenes de una enorme boca abierta con dientes brillantes y afilados.

De pronto desapareció la aleta. El tiburón se sumergió en busca de algo.

Un instante después, el mar comenzó a agitarse y a formar remolinos.

Thora miraba paralizada por el horror. Acto seguido se dejó caer al suelo con las mejillas bañadas en lágrimas. Oddo había muerto. El tiburón lo había devorado. Y

ahora estaba sola, flotando en una barca diminuta en medio del mar.

MSTF

24. Oddo y el tiburón



Al ver el tiburón, Oddo alejó de su mente todo pensamiento sobre Thora y la barca. Soltó la cuerda de remolque y huyó para salvar la vida, nadando disparado, dando vueltas, sumergiéndose. Pero por deprisa que nadara, la siniestra forma gris iba tras él. Parecía deslizarse en el agua pausadamente, casi sin moverse, pero cada vez que creía haberla dejado atrás, aparecía de nuevo, un poco más cerca. Oddo se metió en una estrecha grieta del arrecife de implacable coral que le rozaba los costados, pero cuando salió por el otro extremo, allí estaba el tiburón, dando vueltas a su alrededor. Parecía que le tomaba el pelo, que aguardaba a que se cansara y se convirtiera en una presa fácil.

«¡Ojalá fuera más grande que un tiburón y no una simple foca!», pensó Oddo.

Durante unos instantes sintió un tremendo pavor mientras veía ante él las mandíbulas abiertas del tiburón y aquellos dientes espeluznantes que estaban a punto de despedazarlo.

Entonces ocurrió algo extraño. El tiburón empezó a hacerse pequeño. En cuestión de segundos, no fue mayor que un inofensivo arenque. También el coral, y las algas... de hecho, todo lo que miraba Oddo parecía haberse encogido. Eran sólo formas serpenteantes mucho más pequeñas que él.

Desconcertado y aliviado, Oddo ascendió a la superficie en busca de aire. Al llegar arriba, le sorprendió el enorme anillo de ondas de agua que se extendía a su alrededor. Sus pulmones se relajaron al soltar una especie de suspiro profundo, y después pareció que el cráneo se le abría de golpe y brotaba un chorro desde lo alto de su cabeza con un sonoro ruido de agua saliendo a presión. De pronto reparó en lo que pasaba.

«¡Me he convertido en una ballena por arte de magia! —pensó—. ¡Las otras cosas no son más pequeñas, sino que yo soy más grande!».

Durante un rato se puso a nadar de un lado a otro, deleitándose con su tamaño y su fortaleza. El empuje de la corriente apenas le hacía cosquillas al chocar contra su cuerpo imponente. Divisó una pequeña embarcación que se balanceaba en las olas y una muchacha que miraba inquieta por la borda. De súbito le vino a la mente el recuerdo de su vida real.

«Debería volver a ser una foca —pensó—. La cuerda no es lo bastante larga para la boca de una ballena».

Lanzó un suspiro, pensando que de lo alto de su cabeza brotaría otra vez el chorro

de agua, pero esta vez no ocurrió nada. ¡En cuanto hubo formulado el deseo, fue de nuevo una foca!

Miró hacia la barca y vio que pronto estaría fuera de su alcance. Tenía que apresurarse. Nadó con los ojos muy abiertos y el cuerpo en tensión, pendiente de cualquier señal del tiburón. Por fin alcanzó la cuerda, la agarró con la boca y empezó a tirar.

Por encima de su cabeza, Thora notó el súbito cambio de movimiento de la barca. Aún quedaba un pequeño atisbo de esperanza. Despacio, con el corazón golpeándole en el pecho, se levantó hasta ver la proa. Durante un largo instante, observó con ojos fijos e incrédulos la cuerda tirante frente a ella. Notó también que el viento secaba las lágrimas de sus mejillas y hacía ondear su cabello como una bandera.

—¡Oddo! —gritó.

Ojalá pudiera verlo. Pero al menos sabía que estaba sano y salvo. ¡Pese a todo, el tiburón no lo había devorado!

Oddo oyó bajo el agua que Thora lo llamaba. No parecía asustada, así que siguió tirando del bote, alerta ante posibles tiburones al acecho. Ahora que tenía tiempo para pensar, no estaba seguro de que un tiburón pudiera comerse a una foca mágica. ¡Pero no quería correr ningún riesgo!

Después de mucho nadar, se sentía cada vez más hambriento y cansado. Cuando subía a la superficie a tomar aire miraba esperanzado a la costa, pero no se apreciaba rastro alguno del mercado. No le gustó que volviera a oscurecer, y aguardó impaciente las primeras luces del alba. Por fin llegó la mañana, y la superficie del agua apareció cubierta de pequeños puntos plateados. Cuando salió de nuevo a la superficie, vio que Thora y *Peluda* estaban acurrucadas bajo la capa de ella. Oddo intentó decirle a la lluvia que se detuviera, pero los sonidos que soltaba la foca no podían hacer magia.

«Lo siento, Thora», pensó.

Bajo el agua, el mar rebosaba de peces. Con la boca muy abierta, brincaban y bailaban hacia la superficie.

«¡Parece que se estén bebiendo la lluvia!», pensó Oddo.

Cuando volvió a ascender para respirar, observó a lo lejos unas cuantas embarcaciones que iban en la misma dirección. ¡Seguro que ya estaban cerca del mercado!

Un carguero se colocó a la misma altura que *El Cormorán*, y Oddo alcanzó a ver los hinchados músculos de los remeros al levantar sus palas al unísono. Le sorprendió la extraña imagen de Thora, que no hacía nada mientras su barca avanzaba. Ya era hora de volver a ser un chico.

En cuanto le pasó la idea por la cabeza, Oddo notó que el mar se elevaba formando una columna de agua. Un instante después tenía de nuevo las piernas sobre la cubierta y la espalda apoyada contra el duro arcón de madera. El fuego mágico aún fue visible unos momentos y luego se apagó.

Lentamente y con cierta dificultad, Oddo movió los brazos y se palpó la ropa. Se llevó una gran sorpresa al comprobar que estaba totalmente seca. Desde el otro lado, Thora se precipitó hacia él y lo abrazó con fuerza. *Peluda* la siguió, ladrando enloquecida.

—Eh, me estás aplastando —dijo Oddo con voz entrecortada.

Thora se sentó sobre sus talones. Sonreía, pero le corrían lágrimas por las mejillas.

—¡Temí que el tiburón te hubiera devorado! —exclamó—. No me imaginaba que estuvieras otra vez tirando de la barca.

Oddo hizo una mueca burlona.

—No hay tiburón que se me resista —alardeó.

De repente oyeron una voz que los llamaba. El barco de carga se había colocado al lado y todos los remeros miraban fijamente la pequeña embarcación.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó alguien.

Oddo se dio cuenta de que la barca retrocedía otra vez a la deriva.

—Sí, todo bien —respondió.

Los dos amigos se sentaron al instante en el arcón y cogieron los remos.

—Espero que no falte mucho —dijo Oddo.

Sentía los brazos cansados y entonces recordó que no había comido desde hacía dos días. Pero al mirar a lo lejos vio un gran número de embarcaciones y un conjunto de edificios. ¡Mercado a la vista!

Unos minutos después pasaban por delante de un muelle de piedra donde estaban amarrados los cargueros. Cuando llegaron a la orilla, Oddo saltó para arrastrar a la arena su pequeña barca. Después volvió hacia atrás y observó maravillado las edificaciones que bordeaban la costa.

—¡Lo he conseguido! —susurró admirado—. ¡He logrado que llegáramos al mercado!

✶

25. Plata y especias



Thora jamás había visto tantas personas en su vida. Salían en tropel de los barcos y se dirigían al mercado; unas llevaban fardos y barriles, como Oddo y ella; otras iban cargadas con innumerables objetos de lo más raro, como colmillos de morsa, cornamentas de ciervo o barbas gigantes de ballena. Se intercambiaban a gritos saludos, palabrotas y direcciones. *Peluda* soltó un breve y excitado ladrido y fue engullida por la multitud.

—No te preocupes —dijo Oddo al captar la mirada inquieta de Thora—. Sabe cuidar de sí misma. Nos localizará antes de que partamos.

A medida que se acercaban a los edificios, se percibía en el aire un hedor insoportable. Thora miró a Oddo y se tapó la nariz.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Oddo apuntó con la barbilla a un cobertizo.

—Ahí dentro hay un agujero donde todo el mundo hace sus necesidades —explicó—. Dentro de un rato ya no notarás nada.

Thora hizo una mueca de asco y meneó la cabeza.

Pero Oddo tenía razón. En cuanto entraron en el mercado, Thora se olvidó de todo lo demás. Los innumerables colores, las telas de tenue brillo, el fulgor del oro y la plata, todo la deslumbraba. En sus oídos resonaba una cháchara de voces en lenguas que no entendía. Olores de especias, de vino derramado y de cuerpos sudorosos le obturaban las ventanas de la nariz. Dondequiera que fijara la atención, había algo nuevo que ver. Incluso el suelo que pisaba le parecía extraño. En vez de tierra habían colocado planchas de madera que sonaban con estrépito cuando la gente andaba por ellas, lo que se añadía a la mezcolanza de ruidos. Había hombres sin barba, como si fueran chicos, con la piel oscura, los ojos negros y el pelo como plumas de cuervo. Algunas personas lucían largas túnicas de telas suaves y brillantes bordadas con hilo de oro, y otras llevaban trapos enrollados sobre la cabeza.

Pero lo más asombroso de todo eran los puestos.

En uno había un artesano que con unas tenazas sacaba del fuego una gran olla de arcilla. Al inclinarla, salía algo parecido a fuego líquido.

—¿Qué es esto? —preguntó Thora.

—Bronce —contestó Oddo—. Para fabricar broches y cosas así. Lo funden y lo vierten en moldes. Mira, creo que ahora está haciendo broches.

El hombre vertió el bronce con cuidado en pequeñas formas huecas de arcilla que había en el suelo. Al ver que Thora le observaba, cogió un pedazo de arcilla de un banco de madera, lo sostuvo en alto y lo dejó caer después de trazar una espectacular curva con el brazo, estrellándolo contra el banco. Thora dio un brinco. Pero cuando se desprendió la aplastada arcilla, observó un destello de metal amarillento. El hombre lo sopló, lo frotó con su túnica y se lo tendió a Thora para que lo admirara.

—¡Tienes razón, es un broche! —exclamó Thora, volviéndose hacia Oddo—. Es como uno de los prendedores que lleva tu madre para sujetarse el delantal.

Pero Oddo ya estaba frente al siguiente puesto, donde unas cazuelas de comida borboteaban en el fuego despidiendo un humo especiado que a Thora le producía escozor en los ojos y la nariz. Observó con suspicacia cómo su amigo sacaba una cucharada para comérsela con un trozo de pan. ¡La mezcla era de un color amarillo brillante! Cuando él le pasó el cuenco, ella tomó un prudente bocado... y por poco se atraganta. Tosiendo y jadeando, con lágrimas bañándole los ojos, rechazó la escudilla y acto seguido se llenó la boca de pan corriente e inofensivo.

—No quiero más, gracias —dijo con un gruñido.

Oddo pagó la comida con algunas de sus plumas, y a continuación señaló otro puesto, donde un hombre estaba agitando un bastón en el aire. Por un momento, Thora creyó que era alguien que hacía hechizos y tenía en la mano una varita mágica, pero después advirtió que la vara era de hierro. En la punta brillaba algo. Cuando el hombre hizo girar la vara, la cosa cambió de color hasta parecer un trozo de hielo azul brillante.

—Está haciendo cuentas para un collar —le explicó Oddo.

Devolvió el cuenco vacío al puesto de comida, y ambos se acercaron más al hombre que confeccionaba abalorios, que hizo rodar rápidamente el hielo azul en el banco. Con gran asombro de Thora, el trocito adoptó una forma lisa y redondeada.

En ese momento Thora reparó en la gran cantidad de collares y brazaletes que colgaban por todo el puesto. Parecían centelleantes gotas de hielo de todos los colores del arco iris. Le sorprendió que no se fundieran al calor del fuego, pero Oddo le explicó que estaban hechos de un material duro llamado vidrio que procedía de tierras lejanas. Thora quiso tocar las cuentas, pero Oddo ya la estaba arrastrando hasta el tenderete siguiente.

—Aquí está el que hace los peines —dijo él—. Mi madre me dijo que comprara algunas cardas nuevas para la lana.

—Los hacen a partir de cuernos, ¿verdad? —señaló Thora, pensando en los extraños fardos que había visto descargar de los botes.

No se equivocaba. El hombre que confeccionaba peines y cardas estaba cortando una cornamenta de ciervo con un hacha corta. Colocaba un trozo fino entre dos piezas estrechas y más gruesas y lo unía todo con remaches de hierro.

—¿Esto es un peine? —preguntó Thora—. No tiene púas.

—Mira —le dijo Oddo.

Inmediatamente el hombre empezó a limar el trozo fino hasta conseguir púas afiladas, levantando un serrín que se le pegaba a la cara, la barba y la ropa.

Llegó un cliente muy excitado, haciendo sonar una bolsa en la mano extendida. Thora no entendía una palabra de lo que decía. Resultó evidente que el hombre que confeccionaba peines tampoco. Dejó lo que estaba haciendo y agitó impotente las manos hacia el recién llegado. Al moverse, soltó nubecillas de blanco serrín. El cliente habló más alto, levantó cinco dedos y señaló los peines. Luego abrió la bolsa y echó unos discos pequeños y redondos de plata en el banco del artesano. Éste cogió una balanza, puso en uno de los platillos un pequeño peso de hierro y unos cuantos discos del hombre en el otro. Mostró su conformidad con un gesto de cabeza, tomó los discos de plata y le dio al hombre los cinco peines.

—¿Qué son estas cosas de plata? —susurró Thora.

—A diferencia de nosotros, hay quien no tiene mercancías que intercambiar —le contestó Oddo en voz baja—, y entonces utiliza la plata.

Oddo ofreció al artesano uno de los quesos que llevaba. El hombre lo olió y le dio a cambio tres cardas.

Durante los dos días siguientes, Thora siguió a Oddo, medio aturdida. Él iba de puesto en puesto, trocando plumas, huevos y quesos por las cosas que necesitaba: un hacha reluciente, telas de seda más suaves que el plumón de un polluelo, especias de agradable aroma, nueces de cáscaras marrones, extraños frutos secos y jarras de miel.

En todos los puestos había algo nuevo y sorprendente: conchas marinas de playas lejanas, pieles de animales cuyo nombre ella ignoraba, esculturas en piedras desconocidas.

El último día, Thora vio algo que le resultó familiar. Una mujer que lucía una capa azul y una capucha de piel de gato que le enmarcaba la cara sostenía en las manos un cuenco de plata de la buenaventura.

—¡Una bruja! —gritó.

—Y el negocio le va bien —dijo Oddo, señalando con la cabeza la larga cola de clientes.

Cuando llegaron al puesto de la herborista, Thora contempló anhelante las desconocidas flores y hojas. Había flores de un gris azulado con pequeñas hojas puntiagudas de olor increíble. Observó con envidia cómo Oddo canjeaba sus últimos huevos por hierbas para su madre. ¡Qué maravillosos ungüentos y medicamentos podrían preparar ella y su abuelita con hierbas como aquéllas!

«Debería haber traído algo para intercambiar —pensó Thora con tristeza—. Algunas piedras rúnicas de padre. O algún paño mágico de la abuelita. O también

podría haber traído huevos y plumas».

Se les habían acabado las cosas con que comerciar. Cuando llegaron al siguiente puesto, donde vendían sacos de trigo, Oddo meneó la cabeza y pasó de largo.

—¿Qué es el trigo? —preguntó Thora.

—Es algo que se muele hasta convertirlo en harina, como el centeno y la cebada —explicó Oddo—. Con la harina de trigo se hace el mejor pan.

Mientras regresaban a la barca, Thora se quedó en silencio. Estaba pensando en la bruja del cuenco de la buenaventura. Si hubiera sabido hacer hechizos como los demás miembros de su familia, habría podido hacer magia para ganar plata y comprar todo lo que quisieran.

La playa estaba tranquila. Todo el mundo había acudido al mercado. Al dirigir sus pasos entre las barcas, Thora notó que despachurraba algo con el pie. Un chorro de líquido le manchó el vestido. Bajó la vista y advirtió que estaba caminando sobre restos de algas. En un instante dejó los bultos en el suelo y cogió un puñado de vainas. Antes de que Oddo cayera en la cuenta de qué sucedía, ella le apuntó con una y la estrujó. Un sustancioso chorro de líquido salió de la vaina y mojó la mejilla de Oddo, que soltó un grito y dejó caer todos sus fardos. Riendo y chillando, Thora lanzó otro chorro y echó a correr. Oddo miró alrededor con ojos desorbitados, se metió en el agua para coger una brazada de algas y fue tras ella.

Se precipitaron entre las barcas, entrando y saliendo, hasta que acordaron una tregua y se desplomaron en la húmeda playa, pegajosos y agotados. Al cabo de unos minutos, Oddo se levantó de nuevo y comenzó a recoger sus dispersos bultos. Thora se quedó tumbada en la arena, los ojos cerrados, recordando viejas batallas de algas con sus hermanos en la playa cercana a su casa. Aún le parecía oír los gritos acalorados y la enojada voz de la abuelita Hulda interrumpiendo sus juegos.

—¡Traed aquí estas vainas y no las desperdiciéis! Estas plantas son el mejor remedio contra el crujir de mis viejos huesos.

Thora se incorporó y clavó los ojos en la vaina que tenía en la mano. Miró a uno y otro lado todas las algas de la playa.

—Oddo —preguntó—, ¿la gente me pagaría por hacer remedios?

MSTF RNF

26. Thora la sanadora



La noche siguiente, cuando todos se reunieron en la playa para cantar y bailar, Thora se sentó sola frente a su pequeña fogata, acunando en sus brazos un preciado bulto. Ya estaba harta de multitudes. Sólo quería gozar de un momento de paz.

Inclinó la cabeza y olió el aroma de las flores gris azulado, que la herbolaria conocía como espliego. Luego destapó una esquina de su pequeño fardo para aspirar la canela... aquellos trozos de corteza marrón que no parecían ser nada especial, pero de olor tan exótico que seguro que tenían poderes maravillosos.

Unos ladridos irrumpieron entre el alboroto de la multitud, y apareció *Peluda* dando saltos. Se dejó caer pesadamente junto a Thora, resollando y moviendo la cola.

—*Peluda*, ¿qué has estado haciendo? —El pelo de la perra colgaba en matas enmarañadas y sucias, y se veía sangre en una de las orejas—. Necesitas un buen lavado y unas friegas calmantes —dijo Thora—. Has tenido suerte, has dado con la persona adecuada. ¡Ahora soy una sanadora profesional!

Thora sonrió orgullosa al recordar a las personas que aquella tarde la habían elogiado, y la plata que habían dejado en su mano. Cuando ella les había frotado los miembros doloridos con los jugos de las algas, habían clamado de sorpresa ante sus poderes curativos. Habían suspirado satisfechas al beber las infusiones sanadoras que ella había preparado con flores silvestres. Había congregado a un buen número de clientes, incluso a un vikingo recién llegado de una correría, aún vestido con el jubón de piel y el yelmo de metal, que cojeaba con una pierna sangrando.

—Un maldito campesino me dio un tajo con su guadaña cuando intenté robarle las ovejas —explicó.

«Te está bien empleado», pensó Thora, aunque no lo dijo en voz alta. Había hervido unas ortigas, tal como le había enseñado la abuelita, y con el líquido había empapado unos trapos con los que había envuelto la herida.

Antes de acabar el día había ganado un buen montón de plata, y luego había cerrado el negocio y se había precipitado a los puestos del mercado en busca de todas las hierbas y especias que pudiera conseguir.

También había comprado semillas de algunas hierbas. Al fin y al cabo, si el romero podía crecer en el huerto de Sigrid, algunas otras hierbas podrían florecer en el suyo, ¿no?

Sin embargo, no había encontrado semillas de especias.

—¿De dónde vienen? —había preguntado en el puesto de las especias.

—Del este, de una tierra muy lejana, donde nunca hace frío.

—¡En este caso, no les gustaría mi jardín! —había contestado Thora—. Allí la mitad del año es invierno.

La nariz fría y húmeda de *Peluda* interrumpió los recuerdos de Thora. La perra estaba olisqueando el espliego.

—¡Oh, no! —Thora puso su mano protectora sobre las flores—. *Peluda*, ni sueñes con comerte esto —le advirtió—. Son muy valiosas.

Thora volvió a inclinarse para aspirar el aroma y repetir para sus adentros las instrucciones de la mujer.

«Planta las semillas donde las flores se orienten al sur. Arráncalas en los días más calurosos del verano, cuando estén en plena floración. Aguarda al frío de la noche y evita el viento, pues éste se llevaría el aroma. Tras haberlas recolectado, escóndelas del sol. Protégelas del efecto destructor de la lluvia y el rocío».

Thora cerró los ojos y se imaginó un estante de la despensa con todas las nuevas hierbas bien colocadas. Según le había explicado la herborista, el espliego de olor fragante era bueno para aliviar los dolores de cabeza, las mordeduras de perro y las picaduras de serpiente. El eneldo, con sus hojas plumosas y sus frutos planos, servía para curar el hipo y los dolores de barriga. Pero la ruda, con su desagradable olor, era la más útil de todas.

«Quita el vértigo, cura la tos, protege la vista, elimina las pulgas, sana incluso a una vaca enferma. La ruda lo hace casi todo», había dicho la herborista.

Y desde luego también tenía especias. Los brotes aromáticos del clavo, las blancas raíces de jengibre que le quemaban la lengua, la frágil corteza de canela y las doradas lágrimas de una savia llamada mirra. Thora hervía de emoción e impaciencia. En cuanto llegara a casa se pondría a preparar infusiones y cataplasmas, polvos y pócimas. Iba a convertirse en la mejor sanadora sobre la faz de la Tierra.

Oddo regresó sin aliento de tanto bailar y se quedó en pie ante ella, sonriendo. Por primera vez, Thora advirtió lo andrajoso que iba. Su madre se quedaría horrorizada si lo viera. La túnica, que Sigrid lavaba y remendaba a conciencia, estaba hecha jirones. El cabello, en otro tiempo cuidadosamente peinado, lo tenía erizado como la cresta de un cormorán moñudo.

—¿Todo seguro en la barca? —preguntó.

Thora asintió.

—No ha venido nadie —dijo—. Sólo *Peluda*.

Señaló la perra, dormida en un hueco en la arena. *Peluda* enderezó las orejas al oír su nombre, pero estaba demasiado cansada y cómoda para abrir los ojos.

Oddo contempló orgulloso las mercancías amontonadas en la barca. Había incluso un saco de trigo, pues Thora le había dado parte de su plata.

—En pago por mi viaje hasta aquí —le había dicho—. Si no me hubieras traído, yo no habría ganado esta plata ni comprado las hierbas ni las especias.

La gente de su alrededor se dirigía a sus barcas y se preparaba para pasar la noche.

—Es hora de acostarse —dijo Oddo, desenrollando las mantas de piel.

En aquel preciso momento, Thora notó que le caía una fría gota de agua en la mano. Incluyó la cabeza para mirar al cielo, y otra gota le salpicó el ojo. Se oyeron murmullos de contrariedad cuando todos se dieron cuenta de que estaba empezando a llover. Thora atrajo la atención de Oddo, y él le dirigió una sonrisa jactanciosa.

—¡Vete, lluvia! —ordenó.

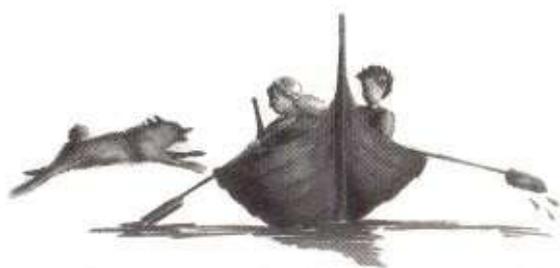
Thora sonrió satisfecha, y se tumbó en el suelo seco y cómodo. En su pequeño espacio no cayeron más gotas. Durante un rato escucharon divertidos las quejas de la gente, que se movía de un lado para otro tratando de cobijarse de la lluvia.

—Oddo —susurró Thora—, eres el mejor.

Pero no hubo respuesta. Un instante después, Thora también se quedó profundamente dormida.

RMBMIF

27. Camino de casa



—Para llevarnos a casa, ¿tendrás que volver a cambiar de forma? —preguntó Thora.

Oddo negó con la cabeza.

—No. El viaje de vuelta sera fácil. Cuando venía con mis padres, incluso me dejaban remar un poco. Hay vientos y corrientes fuertes que nos llevan al norte. ¡Por eso es tan difícil ir al sur!

Habían envuelto cuidadosamente todas sus compras y estaban terminando de colocarlas en la barca.

—¡Un momento! —gritó Thora—. No puedes regresar a tu casa con este aspecto. A tu madre le dará un ataque. —Revolvió entre los paquetes y al final sacó la mano agitando uno de los peines—. Ven aquí. A ver si al menos podemos arreglar un poco este pelo.

—¡No me trates como a un niño! —dijo Oddo, apartándola a un lado—. A mi cabello no le pasa nada.

La verdad es que estaba bastante orgulloso de su aspecto desaliñado. Cada desgarrón, cada mancha, daban fe de alguna aventura o hazaña.

La marea estaba alta y era hora de partir. Los dos amigos arrastraron la barca por la arena hasta el agua. Thora saltó a bordo, se sentó en el arcón y cogió un remo. Pero Oddo permanecía en la playa, mirando hacia el mercado.

—¿Dónde está *Peluda*? —preguntó.

Thora, sorprendida, miró alrededor.

—Hace un momento estaba aquí —contestó.

La pequeña barca empezó a flotar, balanceándose.

—¡Oddo! —Thora parecía nerviosa.

Él chapoteó por el agua, trepó por la borda y agarró su remo.

En aquel preciso momento, un bulto salió disparado a toda velocidad del mercado, cruzó la playa como un rayo y dio un salto tremendo desde la arena a la barca. Luego sacudió el cuerpo con brío.

—¡Para ya, *Peluda*!

Thora se puso el brazo delante del rostro para protegerse de las salpicaduras de arena y agua.

—Te dije que antes de partir nos encontraría —le recordó Oddo.

Oddo y Thora se quedaron en silencio mientras remaban con cuidado entre las

cargadas embarcaciones que había cerca de la orilla. Pronto estuvieron en mar abierto e iniciaron el camino de regreso.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó Thora.

—Un par de días.

—Tus padres no creerán que lo hayamos conseguido.

—¡Lo sé! —Oddo sonrió con orgullo.

—¿Les vas a contar que cambiaste de forma?

—Será mejor que no —respondió Oddo—. Mi padre ya considera que soy un bicho raro porque le digo a la lluvia qué ha de hacer. ¡Imagínate su reacción si descubriera que puedo transformarme en un animal!

—Pues yo sí le contaré a mi familia que vendí remedios en el mercado —dijo Thora.

Pero Oddo no estaba escuchando. Se acordaba de su padre tendido en la cama, quieto y callado. Quizá Bolverk sería incapaz de decirle algo a su hijo cuando hubieran regresado.

—¿Crees que mi padre estará mejor? —preguntó Oddo, y volvió hacia Thora un rostro preocupado—. ¿Y si no deshice bien el hechizo? ¿Qué pasará? ¿Servirán de algo las runas de tu padre?

Thora no lo sabía.

En cuanto esa noche vararon la barca, Oddo quiso cenar cuanto antes y dormir mucho. Pero Thora insistió en ir a explorar tan pronto como acabaron de comer.

—Quiero echar un vistazo a aquellos árboles y flores —explicó—. Durante la ida no tuve ocasión de hacerlo porque no nos detuvimos.

Oddo la siguió un rato. Había flores por todas partes, rosas y amarillas, moradas y blancas. Y árboles dispersos con hojas grandes y tersas, distintas de las hojas pequeñas de casi todos los de su tierra. Un árbol perfumaba el aire con sus fragantes flores amarillas. En otro crecían racimos de diminutas bayas rojas.

—Me pregunto cómo saben las bayas —dijo Oddo, alargando la mano para coger algunas.

—¡Cuidado! —avisó Thora al advertir pequeños pinchos en las hojas verde oscuro.

Pero fue demasiado tarde. Oddo retiró la mano de golpe y se chupó el pulgar, víctima de la punzada.

—Me voy a dormir —dijo.

Regresó renqueante al bote, extendió su manta de piel en el suelo y se tumbó.

Thora siguió enfrascada en lo suyo, recogiendo plantas y echándolas en el caldero.

—Pero ¿qué estás haciendo? —gruñó Oddo—. ¡Acuéstate ya!

—Preparo cataplasmas —respondió Thora, dándose tono—. Venga, súbete las

mangas.

Se le acercó con las hojas calientes y goteantes y le envolvió los brazos con ellas.

—Ay, están demasiado calientes.

—Impedirán que mañana tengas los músculos doloridos.

—Lo que tendré serán quemaduras.

—No seas tan protestón. Venga, enséñame las manos. A ver si tienes ampollas.

Oddo suspiró con fastidio. ¡Sólo quería dormir!

No obstante, por la mañana se alegró al comprobar que podía mover los brazos sin sentir punzadas y que parecían haberse curado todas las ampollas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Thora mientras se quitaba las hojas de sus propios brazos y manos.

—He de admitir que lo hiciste muy bien —dijo.

Ese día hacía bastante viento. Al principio les hizo gracia que la pequeña barca avanzara balanceándose.

—¡Vamos, viento! —gritaba Oddo, esperanzado—. ¡Llévanos a casa!

Sin embargo, a medida que el viento soplaba más fuerte también se volvió más frío y se levantaron olas más altas. *El Cormorán* descendía de golpe y se sumergía, y Oddo y Thora tenían que aferrarse a la borda por miedo a caerse. Empezó a llover, cada vez con más intensidad, hasta que no parecía haber diferencia entre la cortina de agua que caía del cielo y las olas que surgían del mar. *Peluda* aullaba entre el bramido del viento, y de pronto Thora ya no aguantó más.

—¡Oddo! —chilló—. ¡Haz que esto pare!

Oddo inclinó la cabeza hacia atrás para ver el cielo y la lluvia le cegó los ojos.

—¡Muy bien, calma! —gritó.

El estruendo de la tormenta apenas le dejó oír su propio grito. Pero al cabo de unos instantes cesó la lluvia y amainó el viento. Thora exhaló un suspiro de alivio y trató de secarse la cara con su capa calada.

—¿Qué tal un poco de sol? —dijo Oddo, contemplando divertido el semblante de Thora mientras se dispersaban las nubes y se derramaban los primeros rayos del sol.

Pronto las flores y los árboles cargados de bayas a lo largo de la orilla dieron paso a bosques de pinos que ya les resultaron familiares. Ahora veían muchos acantilados rocosos y aves marinas. Oddo y Thora acercaron un poco la barca a la orilla, a la espera de ver la entrada del fiordo.

—¿Es ése el acantilado donde buscamos los huevos y las plumas? —preguntó Thora con impaciencia.

Oddo frunció el entrecejo.

—Creo que no.

Pero pocos minutos después, ambos gritaron al unísono:

—¡Allí!

Estaban casi en casa. Faltaba sólo un corto trecho hasta el río. Thora observó con frustración que era la parte más dura pues tenían que remar contra la corriente.

—¿Por qué no bajamos y vamos andando? —refunfuñó, mirando el agua que circulaba impetuosa por los lados hacia el mar.

—Pronto llegaremos —dijo Oddo con tono tranquilizador.

Al pensar en su casa, el corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Qué haría si su padre seguía enfermo en cama?

Los dos se sentían cansados. Habían estado remando durante horas. *El Cormorán* avanzaba dando bandazos de una orilla a otra mientras ellos se esforzaban por seguir cada uno el ritmo del otro.

Por fin Oddo oyó un bramido lejano.

—¡Es una de nuestras vacas! —exclamó.

Se pusieron a remar con todas sus fuerzas. Ahora que ya veían el final, se sentían mucho más animados.

Oyeron un grito y pisadas que corrían. Oddo miró hacia atrás y vio a su madre que descendía la colina hacia ellos, seguida de un hombre corpulento de espesa cabellera y barba suelta.

—¡Padre! —chilló Oddo—. ¡Ha despertado!

Instantes después, *El Cormorán* se arrastraba por la orilla. Oddo arrojó la cuerda a tierra para que la cogiera Sigrid. Saltó de la barca y de súbito sintió el fiero abrazo de un oso. La barba lo asfixiaba. La profunda voz de Bolverk le retumbó en el oído:

—Oddo, pensábamos que te habíamos perdido. Tu madre me contó que te habías ido para varios días.

—¿Qué ha pasado, Oddo? —preguntó Sigrid con voz emocionada—. ¿Os visteis arrastrados mar adentro? ¿Cómo habéis regresado? Deja que te mire.

Lo arrancó de los brazos de Bolverk, acariciándole los hombros y la cabeza, como para asegurarse de que era real. Oddo no le respondió. No podía apartar los ojos de su padre. Bolverk parecía tan grande y lleno de vida como si jamás hubiera sido hechizado.

Sigrid se volvió hacia Thora y le tendió la mano.

—¡Qué alegría que hayáis regresado sanos y salvos!

Bolverk miró a la chica y soltó un gruñido.

—¡Y además, mira, Oddo! —gritó Sigrid—. Tu padre vuelve a estar perfectamente bien. ¡Pese a todo, podrá llevar las cosas al mercado!

Oddo y Thora se miraron sorprendidos.

—Pues precisamente venimos del mercado —dijo Oddo—. Y he traído a casa todas las cosas que me pediste.

Sus padres se quedaron boquiabiertos.

—¿Has ido al mercado y has vuelto? —preguntó Sigrid por fin.

—¡Pues claro! —exclamó Oddo—. ¡Te dije que lo haría!

< X S F S

28. Voces en el huerto



—Creo que la runa del amor sí funcionó —susurró Oddo cuando Thora se agachó para coger su fardo.

—Yo creo que te ha querido siempre —dijo ella—. Lo que pasa es que se pone de mal humor cuando haces las cosas mal. ¿Por qué no le explicas lo de la magia? Entonces lo entenderá todo.

—¡Pero qué dices! ¡Qué va a entender! ¡Él no cree en runas ni en la gente menuda ni en nada que tenga que ver con la magia! Creería que estoy buscando excusas.

Thora meneó la cabeza y se puso en camino hacia el bosque con su carga. Al aproximarse al zarzal donde estaba escondido su huerto secreto, apresuró el paso y el corazón empezó a latirle con fuerza. Lo primero que descubrió fue un agujero visible en la tierra. ¡La entrada al túnel secreto estaba al descubierto! ¡Y se oían voces en el huerto! Soltó una exclamación de dolor y se metió en el hoyo.

La imagen que se ofreció a sus ojos fue peor de lo que cabía imaginar. Todo el jardín estaba lleno de gente, y Astrid y Edith sentadas en el centro, riendo. Thora no pudo contener su rabia.

—¡Fuera! —chilló—. ¡Largo! ¡Fuera de mi huerto! ¡Vamos!

Arremetió contra todos, agarrándolos de la ropa y los cabellos y empujándolos hacia el túnel.

Cuando por fin estuvieron todos fuera, se dejó caer pesadamente en el suelo, hundió la cara entre las manos y comenzó a sollozar. Era el fin de todos sus planes y sus sueños. Habían descubierto su secreto y ahora se lo contarían a su padre. Runolf se enfadaría y le prohibiría volver a cavar la tierra. Las preciosas semillas que había conseguido en el mercado jamás se convertirían en plantas. Nunca crearía remedios nuevos. Nunca llegaría a ser una magnífica y famosa sanadora. Seguiría siendo una inútil, alguien que no sabía hacer hechizos, que siempre causaba problemas cuando intentaba hacer las cosas que le enseñaba la abuelita.

Al cabo de un rato, notó una mano pequeña en el hombro.

—No pasa nada, Thora —dijo Ketil—. No pasa nada. Padre sabe lo del huerto, Astrid me espió y se lo contó, pero no está enfadado. Al menos ya no. La abuelita

vino y miró el huerto y dijo: «Runolf, si la gente menuda le deja hacer esto, ¿quién eres tú para armar todo este escándalo?». ¡Le llamó «cabeza de espadín»!

Ketil sofocó una risita. ¡Sólo la abuelita se atrevía a llamar a Runolf «cabeza de espadín»!

Thora se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Pero todo el mundo cree que este huerto es una cosa ridícula —dijo sorbiéndose las lágrimas—. Se estaban riendo. Los oí.

—No se reían del huerto, sino porque estaban contentos. A todos les encanta tu huerto. Es bonito. Siempre quieren venir aquí.

Thora miró a su alrededor por primera vez. Observó con asombro que los pequeños vástagos que había dejado al partir se estaban convirtiendo en verdaderas plantas. Algunas incluso tenían flores, pero otras estaban rotas y pisadas.

«Seguramente lo he hecho yo cuando he montado en cólera», pensó. Cogió una pequeña planta de judía que tenía rotas las pequeñas raíces, y al dejarla de nuevo en la tierra se le encogió el alma de pesar.

Entretanto, de nuevo en la barca, Oddo estaba enseñando las cosas que había comprado en el mercado, sin dejar de mirar con inquietud el rostro de Bolverk. Éste cogió uno de los peines de cuerno.

—¿Qué diste por esto? —preguntó.

—Un queso por tres peines —respondió Oddo cauteloso.

—Umm.

Bolverk examinó el peine con atención y luego abrió el saco de trigo. Pasó los dedos entre los granos, se agachó para olerlos y se metió uno en la boca.

Lo masticó con aire pensativo.

—Buen trabajo —dijo, y a continuación hizo un gesto dirigido a las mercancías amontonadas en la orilla y meneó la cabeza perplejo—. ¡Aún me cuesta creer que hayas sido capaz de conseguir todo esto!

Con una sonrisa de oreja a oreja, Oddo se echó el saco de trigo a la espalda, agarró bajo el brazo una jarra de miel y, orgulloso de sí mismo, emprendió la subida de la colina. Al llegar a la cima vio el campo de cebada que había plantado con Thora. Todas las semillas se habían convertido en minúsculas plantas verdes.

—¡También puedes sentirte satisfecho de esto! —dijo Bolverk, que llegaba por detrás—. Es el campo más maravilloso que he visto jamás. —Le dio una palmadita rápida y torpe en la espalda—. Después de todo, quizás haya algo en todo este asunto de la magia. Tu madre me explicó que Thora te ayudó a sembrar ese campo. ¡Seguramente pronunció un conjuro para alejar a los pájaros!

Oddo se volvió hacia Bolverk.

—Fue mi magia, padre. Les dije a los pájaros que no se acercaran, y así lo hicieron.

Aguardó el estallido de Bolverk, pero éste se limitó a fruncir el ceño.

—¿Tu magia? ¿Qué significa esto? —preguntó.

Las palabras de Oddo salieron en tropel.

—Hago que la lluvia venga y se vaya, ¿lo sabes, no? Bueno, pues esto es sólo una parte de lo que puedo hacer.

Bolverk lo miraba fijamente.

—¿Es así como lograste llegar al mercado? ¿Haciendo magia?

Oddo asintió.

—Bueno, esto lo explica todo —dijo Bolverk, agitando un dedo frente a su hijo—. Pero ten cuidado no sea que esto de la magia se te suba a la cabeza —le advirtió—. Lo que se necesita en la granja es músculo. Con la magia no es posible labrar los campos, ordeñar las vacas o esquila las ovejas. ¿O sí?

Oddo miró al suelo y dio un puntapié a un pedazo de tierra seca.

—Verás, es que a la gente menuda... no le gusta...

Bolverk se puso las manos en las caderas y observó enojado a Oddo, con su postura de siempre.

—Esposo —rogó Sigrid, tocándole la manga—, hoy no te enfades.

Con gran asombro de Oddo, Bolverk interrumpió el gesto ceñudo y relajó los brazos.

—Tienes razón —dijo—. ¡Hemos de hacer una fiesta! —Se volvió hacia Sigrid—. Mujer, ¿qué tal un pequeño festín? Estoy seguro de que este muchacho no le haría ascos a una comida decente. ¡Y tampoco a un baño! —añadió mientras se fijaba en la ropa andrajosa de su hijo.

—Padre —señaló Oddo impaciente—. Sobre mi magia... ¡Si me dejas hacerla, puedo hacer toda clase de cosas para la granja! Que llueva cuando haga falta agua. O decir a los animales qué deben hacer; me entienden y me obedecen porque tengo poderes. ¡Por eso conseguí esquila las ovejas aunque no podía levantarlas del suelo! —Oddo hablaba con voz más fuerte y segura—. La magia no es un motivo de vergüenza para nadie sino algo útil, de lo que uno debe sentirse orgulloso.

Bolverk se quedó con la mirada fija en su hijo y hubo un largo silencio.

—¿Puedes conseguir que llueva en ese campo ahora mismo? —preguntó por fin, señalando el campo donde brotaba la cebada.

—Yo... sí.

—Me conformo con un poco de agua —aclaró Bolverk—. A ver qué sabes hacer.

Oddo dio unos pasos hacia el campo y alzó los ojos al cielo. Estaba azul y sin nubes. Inspiró tembloroso.

—Lluvia, ¿puedes venir y regar mi cebada? —susurró.

Un instante después tuvo que alejarse corriendo del campo mientras llovía a cántaros desde el cielo despejado. Sigrid y Bolverk seguían de pie donde él los había dejado. De repente, su padre estalló en una sonora carcajada y empezó a batir palmas.

—¡Ja! —exclamó sofocando la risa—. ¿Qué te parece? ¡Un campesino que puede

mandar sobre el tiempo y hablar con los animales! ¿Qué opinas, Sigrid?

Sigrid estaba rebotante de alegría. Oddo se había quedado tan aliviado que era incapaz de hablar.

—Tienes razón —prosiguió Bolverk—. Cualquiera puede cavar. Pero hacer que llueva... ¡esto es algo especial! Y hablar con los animales... —Bolverk se palmeó los muslos—. ¡Con mis músculos y tu magia —gritó pavoneándose— tendremos la mejor granja de la región!



29. Víspera del solsticio de verano



La casa de la colina estaba como Thora la había dejado. La cortina de la puerta seguía en el suelo, dificultando la entrada. Thora pasó por encima y entró en la sala oscura y llena de humo. El suelo se hallaba igual de sucio y pegajoso, y en el hogar se apreciaba el mismo montón de calderos tiznados y sin lavar. Runolf estaba grabando una piedra rúnica y Finnhilda daba de mamar al bebé.

—¡Mirad quién está aquí! —chilló Ketil, trotando detrás de Thora.

De la silueta borrosa del rincón llegó un sonoro repiqueteo.

—¡Ratones saltarines! —graznó la abuelita—. ¡Thora ha vuelto!

Finnhilda alzó la vista, y una radiante sonrisa de bienvenida le iluminó el rostro.

—¡Thora!

—Le aseguré a Sigrid —dijo Runolf—, que tu capa mágica y el hechizo de la barca os protegerían de cualquier daño.

La abuelita se acercó a toda prisa con una salva de crujidos y escrutó con curiosidad el fardo de Thora.

—Compré cosas en el mercado —dijo Thora orgullosa—. ¡Mira! —Dejó el fardo sobre la mesa y empezó a desenvolver las hierbas y las especias—. Gané mucha plata preparando remedios. ¡La gente hacía cola para que la curara, abuelita! ¡Imagínate!

—¡Ya era hora de que hicieras bien algún hechizo! —intervino Astrid entrando en la habitación a grandes pasos.

Fue directamente a la mesa y acercó la mano para coger una raíz de jengibre, pero la abuelita le dio una manotada en los dedos, con gran sorpresa de Thora.

—¿Quién te ha dado permiso para tocar nada? —la regañó—. Son las hierbas y especias de Thora. Thora las ha traído del mercado. Sólo ella puede usarlas.

—¡Bah! —replicó Astrid, con displicencia—. Entonces seguro que son hierbas de desecho.

Thora fingió no haber oído.

—Ésta cura los dolores de muelas y de barriga —explicó—, y esta otra es para restañar la sangre de las heridas, y ésta para la fiebre y ésta...

—Mmm... —La abuelita metía la nariz en los paquetes e inspiraba con fuerza—. No sé si son buenas o no, pero la gente las querrá aunque sólo sea por su espléndido

olor.

—Sí son buenas —aclaró Thora—. Y voy a cultivarlas en mi huerto para así tenerlas en abundancia.

Dirigió la mirada a Runolf y notó que el corazón le latía acelerado. ¿Qué diría del huerto? Runolf sopló el polvo de su piedra rúnica y cogió otra. Luego miró a Thora, el mentón hacia dentro y las cejas enarcadas.

—¡Parece que has hechizado a la gente menuda! —dijo, y reanudó su labor—. ¿Había alguien en el mercado que vendiera piedras rúnicas? —preguntó.

Thora negó cautelosamente con la cabeza.

—La próxima vez que vayas, llévate algunas para hacer trueques.

¡No se iba a quejar del huerto!

—Creo que trasladaré el huerto más cerca de la casa para que sea más fácil acceder a él —dijo Thora, hablando pausadamente y con prudencia.

—Muy atinado —comentó la abuelita.

Thora sintió un arrebato de alivio y felicidad.

—¡Ahora tengo que hacer una cosa! —anunció.

Con la mayor naturalidad, echó hojas en unos calderos, añadió especias, olió y removiò. Luego fue en busca de un montón de tarros vacíos de esteatita y empezó a llenarlos. Ketil se acercó y se sentó a su lado.

—¿Tienes alguna herida o te duele algo? —preguntó Thora, que se moría de ganas por saber si alguna de las pócimas era eficaz.

Ketil negó con la cabeza.

—¿Y si te pincho el dedo y hago que sangre un poquito? —sugirió Thora.

En ese preciso instante, a Erik le resbaló el cincel en su piedra rúnica.

—¡Ay! —exclamó.

Thora se precipitó a su lado y descubrió una gota de sangre en la mano de Erik.

—¡Qué bien!

Volvió rápidamente a la mesa, donde había desplegado toda su colección de tarros de esteatita, eligió uno después de olerlo y lo llevó a su paciente.

—Creo que éste va a ir bien —dijo.

Erik puso los ojos en blanco y tendió la mano.

—Me parece que era mejor cuando no sabías hacer magia —dijo haciendo una mueca cuando Thora aplicó algo oscuro y pegajoso en el corte.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

Al abrir los ojos de nuevo, Erik parecía sorprendido.

—¡La verdad es que funciona! —gritó—. ¡Eh, escuchad todos! ¡Thora ha inventado un remedio realmente bueno!

Al cabo de un momento, todos los miembros de la familia presentaban dedos magullados o con rasguños, y se amontonaron en torno a Thora insistiendo en probar su mejunje.

—¡Frota un poco los huesos de la abuelita, a ver si dejan de crujir! —apremiaba

Finnhilda.

—¿Y yo qué? —chillaba Harald—. ¡Tengo una herida en el dedo!

En mitad del alboroto, Runolf alzó la vista y miró a través de las cabezas de su familia, hacia la puerta abierta.

—Parece que están empezando a hacer la hoguera —observó.

—¡Sí! —gritó Edith.

La familia se disolvió al instante. La abuelita empezó a ir de una parte a otra de la habitación, refunfuñando y metiendo cosas en una cesta. Finnhilda sacó su capa de fiesta hecha de plumas y se la echó a los hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó Thora.

—¿No lo sabes? —dijo Astrid, echándose esencia de angélica por el cabello y la ropa—. Esta noche es la víspera del solsticio de verano.

Arni se precipitó a través de la hoguera, agarró una gran estaca y empezó a quitar la leña como un loco, rompiéndola en pedazos y sofocando las llamas.

—¿Qué haces? —chilló Ketil.

—Está apagando el fuego —explicó Finnhilda, tomándolo de la mano—. Esta noche traeremos a casa uno nuevo de la hoguera del solsticio de verano.

Fuera ya estaba bastante oscuro, y Thora vio a campesinos con sus vacas que acudían de todas partes a congregarse en el valle. A lo lejos ardía la enorme hoguera y toda la gente de la región parecía dirigirse hacia ella. ¿Todos? Thora buscó una gran sonrisa con los dientes al descubierto y el cabello bronceado, pero en vano.

La multitud se apartó para permitir que Runolf y su familia pudieran llegar al fuego. A medida que se acercaban, Thora iba notando cada vez más las ráfagas de calor de las llamas danzadoras. Era la hoguera más grande que había visto jamás. Miró alrededor del círculo a los campesinos que intentaban tranquilizar a las vacas inquietas, a los niños excitados, a los bebés llorones...

—¿Dónde está Oddo? —preguntó Ketil.

Thora se encogió de hombros.

—Bolverk no cree en esta clase de celebraciones. No vendrán.

La abuelita sacaba cosas de la cesta y las arrojaba al fuego, diciendo conjuros. La gente comenzó a proferir vivas y gritos.

—¡Más alto, más alto! —rugían.

Todos empezaron a tirar cosas a las llamas. Cuanto más alto fuera el fuego, más abundantes serían las cosechas.

Algunos empezaron a cantar, y todo el gentío siguió la melodía. Extendieron los brazos para tomarse de las manos formando círculos que giraban y bailaban alrededor del fuego.

Edith llegó corriendo y tendió las manos a Thora.

Unos instantes después, todos los integrantes de la familia estaban juntos, danzando en un corro. La abuelita parloteaba y se movía. Runolf se pavoneaba solemnemente, su alargada cara arriba y abajo. Thora se agarraba con fuerza, y

sonreía satisfecha contemplando a los suyos.

De pronto, un hombre se inclinó hacia el fuego y sacó una rama ardiendo. La sostuvo en alto y la agitó sobre la cabeza de su asustada vaca.

—¿Para qué hace esto? —preguntó Ketil.

—Para curar a su vaca —contestó Finnhilda—. Es un fuego mágico.

La celebración tocaba a su fin. El baile había terminado y todos se acercaban al fuego para coger ramas encendidas.

—Estoy cansado —dijo Ketil.

Extendió los brazos y Thora lo cogió.

De pronto él le dio una palmadita en la mejilla.

—¡Mira! —gritó.

Thora se volvió en la dirección del dedo de Ketil. Allí estaba Oddo, abriéndose paso entre la multitud y haciendo señas alocadamente con la mano. De pronto, se encontró frente a aquella sonrisa resplandeciente que tan bien conocía.

—¿Tu padre te ha dejado venir? —preguntó sorprendida.

—Ha sido precisamente él quien me ha dicho que viniera —respondió Oddo—. Ha llegado a la conclusión de que la magia no puede ser tan mala, y ha pensado que yo podía aprender algo útil.

Miró alrededor con avidez para ver qué hacía la gente.

—Has de coger una rama del fuego —le explicó Thora.

Antes de que pudiera añadir nada más, Ketil se le agarró al cuello hasta que ambas caras estuvieron pegadas una a otra.

—Vamos —suplicó—. Los demás nos están esperando.

Edith apareció corriendo y tomó la mano de Thora.

—Vamos —dijo.

Thora se fue con su familia y volvió la cabeza para mirar a Oddo, que estaba inclinado sobre el fuego, buscando con cuidado una rama encendida.

—Llévala a tu casa y agítala sobre las vacas —le gritó Thora—. ¡Para que estén sanas! Después enciende con ella el fuego para cocinar. ¡Te traerá suerte!

Oddo hizo ondear su rama encendida y los siguió colina arriba. El fuego iluminaba su semblante orgulloso.

En lo alto de la colina aguardaba un hombre cruzado de brazos.

Era Bolverk. Esperaba a su hijo.



El futhark

Para leer o escribir palabras escritas en runas, hay que guiarse por su sonido. Los sonidos son los siguientes:

ƒ	f	ǰ	æ a/e
u	u	ƿ	ƿ
th	th	z	z
a	a	s	s
r	r	t	t
k	k	b	b
g	g	e	e
w	w	m	m
h	h	l	l
n	n	ng	ng
i	i	d	d
j	j	o	o

¿Entiendes por qué el alfabeto se llama *futhark*?

Si escribes tu nombre en runas, tendrás poderes mágicos.



Anna Ciddor (Melbourne, Australia, 1957).

Es autora e ilustradora de libros infantiles. Empezó como profesora de matemáticas de la escuela superior, pero cuando se casó y tuvo hijos decidió intentar tener un libro publicado. Desde entonces ha escrito e ilustrado cincuenta y cinco libros sobre temas tan diversos como los vikingos, druidas irlandeses, la historia de Australia, viajes, etc..

Notas

[1] Barco vikingo. (N. de la T.) <<